

**UN LECTOR
AGRADECIDO**

NARRATIVA CHIAPANECA CONTEMPORÁNEA



Dr. Carlos F. Natarén Nandayapa
RECTOR

Dra. María Eugenia Culebro Mandujano
SECRETARIA GENERAL

Dr. Oel García Estrada
SECRETARÍO DE IDENTIDAD Y RESPONSABILIDAD
SOCIAL UNIVERSITARIA

Mtro. Gabriel Velázquez Toledo
DIRECTOR EDITORIAL

UN LECTOR AGRADECIDO

NARRATIVA CHIAPANECA CONTEMPORÁNEA

SARELLY MARTÍNEZ MENDOZA

COLECCIÓN

VOCES QUE CUENTAN

1

Un lector agradecido. Narrativa chiapaneca contemporánea,
de Sarely Martínez Mendoza, es una obra editada e impresa
por la Universidad Autónoma de Chiapas.

Dirección editorial: Mtro. Gabriel Velázquez Toledo

Corrección de estilo: Yolanda Palacios Gama

Cubierta: Bernardo O. R. De León

Diseño de interiores y cuidado: José Urióstegui

ISBN (Voces que cuentan): 978-607-561-197-6

ISBN (volumen): 978-607-561-198-3

1ª. edición 2024



D.R. © UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CHIAPAS
Boulevard Belisario Domínguez km 1081, sin número,
Terán, C. P. 29050, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial,
número de afiliación 3932

El diseño, la composición de interiores y de cubierta de esta
obra son propiedad de la Universidad Autónoma de Chiapas
Editada e impresa en México / *Edited and printed in Mexico*

UN LECTOR AGRADECIDO

NARRATIVA CHIAPANECA CONTEMPORÁNEA

SARELLY MARTÍNEZ MENDOZA



CONTENIDO

Palabras preliminares

Sarely Martínez Mendoza	1
<i>El heredero y el miedo</i> , el libro que inspiró Juan Sabines.	3
Dos libros	7
Gabriel García Márquez.	9
Los libros que deberíamos leer los chiapanecos	11
Complicidades corruptas.	14
Qué triste no ser el hombre araña	16
Fray Pedro Lorenzo de la Nada	18
<i>Tríptico de aldea</i>	21
Javier Espinosa Mandujano o la memoria recuperada.	24
La hamacaterapia de Jorge Moreno, “El Piña”.	27
Los amores de sor Juana	31
<i>La puta de Babilonia</i>	35
Luciano Villarreal Rodas y su <i>Vuelo 213</i>	38
Joaquín Vásquez Aguilar, el poeta del “Quincho” de agosto	41
<i>Travesuras de la niña mala</i>	46
La otra guerra secreta.	48
Miguel Lisboa y los chinos en Chiapas	51
<i>Celebraciones del escriba</i> , Jorge Eliécer Rothschild.	55

<i>Los mapaches</i> , de Héctor Cortés Mandujano	58
Tiburcio Fernández Ruiz, por Valente Molina	61
Sabines, entre <i>Los Corruptores</i> , de Zepeda Patterson	65
<i>Memorias de la penitenciaría</i> , o el asesinato	
de Belisario Domínguez.....	67
A todas las que aman el fútbol	70
<i>Tangu yú</i> , de Luis Antonio Vásquez Henestrosa	73
Sobre la tierra.....	75
<i>Kayum mapache</i> , de Luis Antonio Rincón García	79
El cuarto poder.....	82
<i>Todos los hombres del presidente</i>	85
El factor persuasivo en la comunicación audiovisual	87
En busca de Volpi	90
Las ilusiones perdidas	92
Paz o el mundo nace cuando dos se besan	95
Viajes al desierto de la Lacandonia	98
Con el agua hasta los aparejos	101
El poder sobrenatural de María Esther Hermitte	104
El rock de fin de siglo	108
Clamar en el verde desierto	112
<i>Fuimos los héroes que nadie nunca quiso</i>	115
<i>Antiquimera</i>	119
La vida rial, de Marco Antonio Besares Escobar	123
“La Perseverancia”, el pueblo que quedó bajo el agua.....	128
Los enemigos de Dios	132
<i>La divinidad del monstruo</i>	135
<i>La muerte abre los ojos</i>	138
Mis tres novelas sobre pandemias.....	141
<i>El camino del fuego</i> , La obra magistral sobre la caída	
de Tenochtitlan	145

La vida en el archivo	148
Juventudes e interculturalidad	151
El fiscal de hierro en sus propias palabras	155
Los europeos	160
Rossana Reguillo, <i>Cuando morir no es suficiente</i>	164
Luis Antonio Rincón, el escritor pródigo	167
Florentino Pérez, el caminante de las palabras	
en <i>El mundo herido</i>	170
<i>Pungarabato</i> , de Fátima Soto	173
La revuelta de “los pollinos”	176
<i>Origamis para vos</i>	179
<i>Tiempos recios</i> , de Vargas Llosa	182
En defensa de la libertad de expresión	185
El ballet violento	189
<i>Parque México</i> , de Saúl López de la Torre	192
Crónica de un feminicidio	196
Los cuatro rostros	200

PALABRAS PRELIMINARES

Este libro está formado por textos que he publicado sobre todo en Chiapas Paralelo, un proyecto periodístico que fundamos Sandra de los Santos Chandomí, Isaín Mandujano Camacho y Ángeles Mariscal Pioquinto, en 2013. "Desde el principio mi responsabilidad en el portal informativo fue congregar a mis amigos, dedicados a la academia, para que escribieran sobre la caprichosa cotidianidad, sobre sus gustos y aversiones. En mi caso, decidí publicar temas relacionados sobre medios de difusión y periodistas en una columna titulada "El fin es el medio". Aquel espacio cambió pronto de interés; se me impuso, por circunstancias temporales, el tema político. Empecé entonces a escribir sobre coyunturas electorales y personajes públicos.

No olvidé, sin embargo, que los comentarios políticos se desvanecen al cabo de unas horas. Envejecen demasiado pronto. Son polvo y testimonio del momento. Importantes quizá para el instante porque generan, a veces, reacciones inesperadas y acaloradas. Después, se pierden, se olvidan; ese es su mérito y destino, colocarse rápidamente en la penumbra para dar paso a nuevos acontecimientos iguales de volátiles y perdedizos. Y qué bueno que sea así, que esos sucesos y esos personajes se conviertan pronto en pasado y olvido.

Los otros temas, sin embargo, permanecen. No me desdigo de los comentarios que me han provocado la lectura de libros; al

contrario, escribo sobre lo que me gusta y me apasiona, sobre textos que me han dejado alguna marca, algún goce o ilusión. Escribo sobre libros de temáticas variadas, incluso la poesía no me es indiferente. Aunque no sea un versado en estos temas, escribo cuando algún verso toca el borde de mi corazón. Los análisis serios pertenecen a los especialistas. Lo que escribo está en la esfera de las aficiones del lector común que quiere compartir sus gustos con otros lectores. Mis lecturas gravitan sobre Chiapas y sus cercanías; pero tampoco me he impuesto límites. También escribo sobre escritores consagrados y libros publicados en otras regiones de México o del mundo.

El periodismo me ha permitido, y a veces exigido, contar con una mirada puesta en diferentes paisajes. Aquí presento sólo el resumen de mis principales aficiones e intereses como un testimonio de lo que me conmueve, me alegra y llena de significado mi vida. He dejado fuera muchos textos. He seleccionado los que más me han satisfecho y los que aún pueden decir algo al lector, no obstante la circunstancia coyuntural en la que fueron escritos, pensados para la fugacidad del instante. Espero que este libro, pese a que es testimonio del pasado inmediato, siga teniendo sentido y que mis amigos se animen a abrir sus páginas y a seguirme en esta ruta de pasiones y digresiones constantes.

Sarely Martínez Mendoza

EL HEREDERO Y EL MIEDO, EL LIBRO QUE INSPIRÓ JUAN SABINES

A Juan Sabines le debemos no sólo el primer lugar nacional de endeudamiento per cápita para Chiapas, sino también el haber provocado el renacimiento de la novela política en México. *El heredero y el miedo* (SINAPSIS EDICIONES, 2013), obra escrita por Alfredo Palacios Espinosa, recupera a ese personaje oscuro, maléfico y terriblemente medroso que gobernó la entidad de 2006 a 2012. La novela combina ligeros elementos de ficción, en proporción casi insignificante, con una cargada e insoslayable realidad, espantosa y perversa.

A Alfredo Palacios se reprochará el haberse inspirado en Sabines para construir el personaje de Pedro Cedrales Custodio; se le dirá que no tiene autoridad moral por haber colaborado con el exgobernador y también por haber sido su rehén en el Amate. Para un creador, con un largo andar en las letras, esos reproches no pueden escucharse sino como censuras solapadas por seguir manteniendo el largo silencio en torno a la administración más corrupta y represiva de Chiapas. Alfredo Palacios, novelista como es, encontró en Sabines a un personaje literario, con manías, desdoblamientos, aprehensiones, afición a la droga y al saqueo del erario. Lo conoció de cerca. Con certeza, lo ha de haber fascinado.

Otro descubrimiento, igual de atractivo y deslumbrante, ha de haber sido la madre de aquel: María de los Ángeles Guerrero, verdadera artífice de la llegada al poder del segundo Juan Sabines. En esa mujer-madre-matrona centra Alfredo Palacios toda la astucia política. Conoce a su hijo a la perfección: sabe de sus vicios, de su inmadurez, de su soledad y de sus miedos terribles; pero también reconoce en él la cualidad del encantamiento y de la zalamería borbotante: fue capaz de ganarse a Pablo Salazar y de entrar en el ánimo de Felipe Calderón; dos hombres inteligentes, que sucumbieron a los halagos y a la frase estudiada del más impuntual e irresponsable de los gobernadores.

En la oscuridad, doña Dolores (María de los Ángeles Guerrero) dirige a los personajes. Los hace aparecer y desaparecer. Les enseña a actuar. A su nuera, la pobre engañada, necesitada y ultrajada Ana Italia (Isabel Aguilera de Sabines), le ordena que asuma su papel de primera dama y que recoja los frutos económicos de lo que comercialice: tejidos, desayunos escolares, cualquier campaña social; pero no de la contratación de artistas o de obras públicas. Que recoja las migajas, y que no se meta en las tajadas grandes, en donde sólo tienen patente de general los Custodio-Guerrero.

Alfredo Palacios no necesita alterar el escenario en que desarrolló Sabines su reinado perverso de 2 190 días. No le hacía falta. Los personajes fueron escogidos para cumplir su papel maléfico de novela.

Hay pocos cambios. Lo que sabíamos, por rumor o por fuente directa, se confirma: entonces no hubo otro interés en Palacio que acabar con Chiapas y castigar a los ciudadanos honrados. Sabines odiaba y odia a los chiapanecos porque ve

en ellos a los verdaderos Sabines, a los parientes de su padre, siempre indiferentes, distantes y hoscos. A esos los trató de eliminar, les tenía cuentas pendientes; por eso el día a día de su gobierno fue la crónica del pisoteo de ciudadanos con caras de poeta. No se podría entender el gobierno de Sabines sin la participación activa de los medios de difusión. Alfredo Palacio rescata y redimensiona, con toda justicia, la labor de Isaín Mandujano, corresponsal de *Proceso*, y de su esposa, Ángeles Mariscal, excorresponsal de *La Jornada*.

En la novela los hacen con otros nombres (Virgilio Nampulá y María Engracia) y de otro destino (la tragedia); pero se conserva su labor profesional en el periodismo, de activistas y de personas dedicadas con celo a la labor de investigación en torno a las figuras públicas. Sabines, incapaz de entender la crítica profesional, convirtió a los periodistas en enemigos de su régimen. Incluso, trató de encarcelar a Isaín a través de la imputación de un comunicador oficial fantoche. De las campañas de difamación no se salvaron, y no se salvan aún porque muchos de ellos sobreviven como garrapatas pegadas al erario.

Ningún exgobernador en Chiapas había generado contra sí mismo una respuesta tan generalizada de rechazo, descrédito y hasta de odio como Juan Sabines Guerrero. No es para menos: su gestión fue una ofensa constante a los ciudadanos chiapanecos. Se apropió del erario, dilapidó los recursos y enriqueció a sus amigos, con patologías psicológicas iguales a las suyas. Fue un gobernante enfermo, malvado, con necesidad de drogas o de divanes.

Esta novela se inserta en los memoriales de los agravios, es una piedra de toque para que no vuelva a existir en

la entidad ningún Sabines ni otro mandatario cuyos enemigos sean los propios ciudadanos chiapanecos.

Chiapas Paralelo

22 DE JULIO DE 2013

DOS LIBROS

Acabo de leer dos textos extraordinarios de excelentes amigos. El primero está firmado por Karla Jeanette Chacón Reynosa, profesora de tiempo completo de la UNACH, y el segundo, por Arcadio Acevedo Martínez, pintor, escritor, monero y locutor. En “Yo, ustedes... nosotros”, capítulo que forma parte del libro colectivo *Espacios autobiográficos e identidades académicas* (UNACH, 2011), Karla escribe con alegría y con un lenguaje fresco, de relato literario, sobre su vocación docente.

Uno comprende, a través de esas páginas, por qué es ahora una brillante profesora, admirada y querida por sus “alumnitos”. La vocación la traía ahí, de siempre, con su lápiz rojo y un diccionario chiapacorceño, que escribió en su niñez. No me extrañaría que Karla Chacón haya escrito o esté por escribir un cuento para niños. Tiene humor y una capacidad de asombro deslumbrante. Me recuerda a Mercé Rodoreda, la simpática autora catalana de *La plaza del diamante*.

Arcadio es, por su parte, un malabarista con muchas bolas mágicas en las manos. Unas las lanza al aire; acaricia otras, las mantiene quietas o les ordena que salten, que provoquen, que sonrían... Este malabarista le dice al pincel que pinte, y obediente el pincel pinta un Quijote colorido, como el que tengo en mi sala, o un pez de ojos amarillos y saltones, como el que regalé a mi sobrina Ana Cárcamo en su cum-

pleaños hace unos días. Al lápiz le ordena que trace unos monos. Y esclavo el lápiz traza unas bolitas acá, y un *Corneta Ilustrada* por allá.

El maestro *Rius*, michoacano igual que Arcadio, se entera del lapicito ese, e incluye al malabarista en *Los moneros de México* (PENGUIN RANDOM HOUSE, 2012). Y gracias a la *Corneta Ilustrada*, el libro, editado por Debolsillo, es un best seller. Nada raro, si viene de las manos mágicas de este genial creador que ha hecho de Tuxtla su casa, su lugar de trabajo y de inspiración. A un malabarista así no sé en dónde ponerlo; me entusiasma cómo escribe, sus pinturas me resultan irresistibles y sus puntillosos *monos* me desarman y divierten. Si se reconociera el verdadero talento en nuestras tierras, este hombre, dedicado a la creación compulsivamente original, debería haber sido ya Premio Chiapas. No pierdo las esperanzas de que algún día lo sea.

Chiapas Paralelo

13 DE SEPTIEMBRE DE 2013

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Los poetas de la Espiga Amotinada, después de leer *El coronel no tiene quien le escriba*, pensaron que su autor era chiapaneco y decidieron indagar sobre su paradero.

Eran mediados de los años 1960. Gabriel García Márquez no era conocido en México, no había escrito *Cien años de soledad*, no había inaugurado oficialmente el realismo mágico y vivía en Nueva York más bien en el anonimato de la corresponsalía de *Prensa Latina*. Eraclio Zepeda Ramos, nuestro cuentero mayor, relató en varias ocasiones el impacto que les causó a los Amotinados la lectura de *El coronel*, pues lo sintieron tan cerca, tan chiapaneco, que pensaron que su autor era un escritor nacido en la exuberancia del Soconusco. Supieron, tiempo después, que era colombiano, periodista y que ya había publicado algunas obritas (*La hojarasca* y *La mala hora*), que habían sido ignoradas por la crítica.

La sensación de cercanía de *El coronel*, como de todas las obras de García Márquez, fue una constante en los lectores latinos. Para un chileno, *Crónica de una muerte anunciada* era lo que había sucedido en incontables pueblos de su patria, y lo mismo pasaba con *El amor en los tiempos del cólera* o la monumental obra *Cien años de soledad* para un mexicano, venezolano o guatemalteco.

Gabo conoció Chiapas, incluso planeó, según se comentó en su momento, escribir sobre José María Melo Ortiz, expresidente colombiano, asesinado en La Trinitaria. Melo merece en sí su propia novela de su estadía en nuestra entidad, de cómo se enroló en el ejército de Ángel Albino Corzo, por defender los ideales de Reforma y de cómo fue derrotado cuando dirigía una fuerza de caballería de cien jinetes para atacar al general conservador Juan Ortega.

A finales de la década de 1980, García Márquez emprendió su propia investigación para dar con los restos de su compatriota muerto en tierras chiapanecas. Para no pasar por ignorante, al ser entrevistado Jorge Obrador Capellini, delegado de la Reforma Agraria, sobre las actividades del escritor, dijo que no estaba ajeno y que él mismo era un admirador de “los versos” del colombiano. Aunque era cierto que el premio Nobel había escrito poemas cuando estudiaba el bachillerato, una vez convertido en novelista renegó de esa etapa de poeta. Era conocido por sus obras en prosa, pero eso lo ignoraba Obrador Capellini.

El proyecto sobre el general Melo quedó inconcluso, de lo contrario tendríamos una novela en donde figuraría Chiapas como un lugar de referencia en la narrativa de García Márquez.

Chiapas Paralelo

21 DE ABRIL DE 2014

LOS LIBROS QUE DEBERÍAMOS LEER LOS CHIAPANECOS

Paco Nazar lanzó, a propósito del Día del Libro, la sugerente pregunta sobre qué libros deberíamos leer quienes vivimos en Chiapas.

Propuse los siguientes textos: *Historia verdadera de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo; *Cuarto Poder*, de Emilio Rabasa; *María Candelaria*, de Juan Pedro Viqueira; *Benzulul*, de Eraclio Zepeda; *Estado de sitio*, de Óscar Oliva; *Ojo de jaguar*, de Efraín Bartolomé; *Balún Canán*, de Rosario Castellanos; *Diccionario de la Rial Academia de la Lengua Fraileskana*; *Historia del Teatro Emilio Rabasa*, de Fernando Castañón; *En memoria de nadie*, de Óscar Palacios; *Playa a la vista*, de Santiago Serrano; *Mar en movimiento*, de Héctor Cortés Mandujano; *Morir de periodismo*, de Marco Aurelio Carballo; *Resistencia y utopía*, de Antonio García de León; *Fray Pedro Lorenzo de la Nada*, de Jan de Vos; *Los arrieros del agua*, de Carlos Navarrete; *Recuerdos de un primerizo*, de José Casahonda Castillo, y *¿Te gusta el látex, cielo?*, de Nadia Villafuerte.

Dejé fuera, sin quererlo, a Jaime Sabines, que aun cuando quedamos saturados de su apellido, es nuestro poeta mayor; un gran poeta que no debe ser olvidado.

Otro escritor que me ha alegrado es B. Traven. *La carretera* es una novela que nos transporta a Chiapas de finales del siglo XIX y a sus cientos, miles de carretas, que levantaban polvo hasta en los pueblos más inhóspitos.

La crónica de Bernal Díaz del Castillo sobre su llegada a Chiapa es estupenda, divertida, entretenida, ilustrativa. Dice que se le podía llamar ciudad, de más de cuatro mil vecinos, hábiles nadadores y grandes guerreros. Escribe, además, que había “muy buenas ciruelas (jocotes, pues), porque como era Cuaresma y en aqueste tiempo las hay maduras y en aquella poblazón son las muy buenas”.

Con *Cuarto Poder* Emilio Rabasa no sólo retrata al periodismo de su tiempo (de mediados del siglo XIX) sino al de la actualidad, con sus dos diferentes concepciones: oficialistas e independientes; los unos para defender el gobierno y los otros para transparentarlo (y por qué no, criticarlo). En *María Candelaria*, Juan Pedro Viqueira logra sintetizar el levantamiento armado de 1722 en Chiapas. No altera ningún dato, aun cuando leamos el libro como si fuera una novela.

Enuncio pocos libros de poesía, *Estado de sitio*, de Óscar Oliva; *Playa a la vista*, de Santiago Serrano, y *Ojo de jaguar*, de Efraín Bartolomé. Pero habría que agregar los de Jaime Sabines y, por supuesto, los de Joaquín Vásquez Aguilar, sobre todo la estupenda edición coordinada por el doctor José Martínez Torres, *En el pico de la garza más blanca*. Por cierto, hay que enriquecer la lista con *La isla en el lago*, de José Martínez Torres.

Hay otros libros que no son de ficción, pero que igual son entretenidos y nos permiten entender nuestra historia:

Historia del Teatro Emilio Rabasa, de Fernando Castañón; *Resistencia y utopía*, de Antonio García de León; *Fray Pedro Lorenzo de la Nada*, de Jan de Vos; *Los arrieros del agua*, de Carlos Navarrete. Habría que agregar aquí *Tierra rica, pueblo pobre*, de Thomas Benjamin.

Los arrieros del agua es un libro maravilloso, sobre todo por ese relato en que los Ruiz presencian, desde sus caballos, una película acerca de la pasión de Cristo en El Parral. En el momento en el que va a ser crucificado el nazareno, un jinete dispara en contra de los romanos, al tiempo que grita que un Ruiz no permitirá la muerte de Jesucristo. Tampoco incluí a Rafael Arles quien escribió *B. S. Tamila*, una novela sobre la fundación de la colonia Bienestar Social. El único problema es que es un texto escaso, aunque sí se consigue. Y *Ojalá te mueras*, también de su autoría. De Héctor Cortés Mandujano mencioné sólo *Mar en movimiento*; sin embargo, toda su obra es valiosa y abundante. Por algo es nuestro más grande escritor actual.

Sólo incluí a dos mujeres, Rosario Castellanos y Nadia Villafuerte; pero ambas tienen obras sin desperdicio. La lista podría ampliarse, pero estos son los libros que refieren a Chiapas o han sido escritos por chiapanecos y con los que más me he divertido, y no dudaría en volver a leerlos.

Chiapas Paralelo

25 DE ABRIL DE 2014

COMPLICIDADES CORRUPTAS

¿Por qué nos alarmamos del nivel de lectura de los legisladores chiapanecos? ¿Por qué hemos criticado sin piedad a la diputada que atribuyó la autoría de la “excelsa y magnífica” obra *Juventud en éxtasis* a Gabriel García Márquez? Sin duda porque hemos perdido la brújula, porque no queremos reconocer que rara vez los políticos reúnen cualidades deseables de buen ciudadano, entre ellas la de ser hombres y mujeres que disfrutan de las obras artísticas de calidad. Nuestros políticos se hacen en la ramplonería y el amiguismo, en la obediencia servil y la indolencia nefanda, en la traición y la chabacanería, y en la corrupción desmedida y el oportunismo.

¿Para qué leer, entonces, *La fiesta del chivo*, *El otoño del patriarca*, *Yo, el supremo* o *El señor presidente*? Ni siquiera para aprender las mañas de los hombres del poder retratados en esas obras, porque el *vademecum* está en casa, aquí tenemos la enseñanza, legada generación tras generación del desmadre y del compadrazgo. Una buena obra, y aquí me atengo a Mario Vargas Llosa. No es sólo divertimento, sino también la posibilidad de abrir una compuerta para ser mejor ciudadano. Por supuesto que hay obras que abren también la compuerta de la maldad, pero son las menos.

Hace algunos años los defensores del divertimento marcaron su línea de separación de los creyentes en la lite-

ratura comprometida, la que tenía como premisa contribuir a la creación del hombre nuevo. Hoy, esos compartimentos estancos no existen. La literatura, como toda disciplina artística, es puro esparcimiento, pura alegría; pero también agujijonea, y a veces lo logra, para convertirnos en mejores hombres y mujeres, comprometidos con el pedazo de tierra en que nos tocó vivir.

Por eso el escándalo mediático sobre el nivel de lectura de nuestros diputados. Para lo que fueron electos nuestros legisladores no hace falta leer, porque leer una buena obra es sumamente peligroso: provoca pensamientos innovadores, y hasta críticos y revolucionarios, y lo que les requiere a ellos es la complicidad corrupta y la aprobación de leyes *fast track* (sin lectura y sin análisis, desde luego), sólo para complacer al gobernador.

“¿Leer? ¿Para qué?”, puede preguntarse un joven preparatoriano, y responderse rápidamente: “si yo lo que quiero es ser diputado”.

Chiapas Paralelo

28 DE ABRIL DE 2014

QUÉ TRISTE NO SER EL HOMBRE ARAÑA

Luis Daniel Pulido Aguilar escribe poemas como si contara chistes y uno lo sigue fascinado. Mezcla por acá a Zweig y a Michaux, por allá al Piporro, a Mazinger Z, a Pamela Anderson y al Hombre Araña.

Uno intenta comprenderlo y comulgar con él y se lamenta no ser, en este pueblo agujereado, el Hombre Araña o ya de perdís un zombi mutante. Para eso está Pulidín City. Más real que la Tuxtla inundada por los aguaceros. Por la Tuxtla destruida, partida, demolida, una y otra vez horadada, descuartizada por estos políticos que mienten con mucha credibilidad.

Que este país se va a la mierda y aún así sigue vivo
y fervoroso; y acuso: demasiado mariachi,
narcocorrido,
concurso de cantantes, tv abierta
yo no quiero hablar de este país,
repetir lo que se escribe,
volverme ese archivito de evidencias
en el que navegas.

Prefiero, por eso, a Pulidín City, y su fábrica de palabras y sus poemas, y a Gina, con sus cervezas Heineken y Corona, sobrevivientes del naufragio.

Yo no sé si la poesía sea útil, urgente, necesaria. Igual se dice “bisonte, veintitrés, Mazinger Z, pelotas”. Igual no.

El apetito de los ciegos (PUBLI PERVERT, 2013) es el apetito de Luis Daniel Pulido por reírse, por tirar traspies a la seriedad del mundo.

Bah, iba a decir “leer a los clásicos”; nada más tonto: Se necesita ir a ver a otras mujeres, mentirles sobre el alto valor agregado del amor verdadero, firmarle en una de sus nalgas —o en ambas— dedicatorias

Como las que escribo en mis libros, y luego volver a soñar que se tiene un ejército de dragones o simplemente que sí, es triste no ser el Hombre Araña.

Definitivamente, qué triste es no ser el Hombre Araña.

Chiapas Paralelo

23 DE MAYO DE 2014

FRAY PEDRO LORENZO DE LA NADA

A Jan de Vos debemos haber rescatado del olvido a fray Pedro Lorenzo de la Nada, el monje dominico evangelizador, pacificador y fundador de los pueblos de Tila, Yajalón, Bachajón y Palenque.

Por este historiador sabemos que fray Pedro Lorenzo estudió en el convento de San Esteban, en Salamanca, hacia 1550 y que en ese lugar se nutrió de los valores que habría de poner en práctica en Chiapas: la búsqueda por la igualdad entre los hombres, la libertad de los pueblos y la evangelización pacífica. Jan de Vos observa la diferencia entre fray Pedro Lorenzo y fray Bartolomé de Las Casas: “Lo que fray Bartolomé propagó por escrito y clamó a voces desde el púlpito, fray Pedro lo hizo de verdad, sin gastar muchas palabras”.

La vida pastoral de fray Pedro Lorenzo, que se caracterizó por la defensa de los indios, fue de veinte años. En ese tiempo aprendió tsotsil, tseltal, chol y chontal. Pensó que para llevar una evangelización exitosa era necesario congrega a los indios en pueblos, por eso gran parte de su energía la dedicó en recorrer parajes y caseríos. Tenía tal capacidad de persuasión que jefes belicosos aceptaban su propuesta de reunirse en nuevos centros poblacionales.

Para crear pueblos, dice Jan de Vos, fray Pedro Lorenzo seguía cuatro pasos: 1) elección del sitio; 2) siembra de maíz; 3) construcción de las casas, mientras maduraba el

grano, y 4) traslado al nuevo poblado, con una fiesta para la primera cosecha.

Eligió, para su labor pastoral, la zona de los zendales, en la Selva. Ahí aprendió chol, del cual se enamoró “por su sonoridad”, y en esa lengua evangelizó y pacificó. Se reunió, con peligro de que lo mataran, con jefes rebeldes de las lagunas de Pochutla y Lacantún para hacerles un llamado a la concordia. Pese a estar “solo e inerme” salió victorioso: los indios aceptaron su propuesta de paz.

Sus logros, sin embargo, no fueron bien vistos en Ciudad Real. Sus superiores lo llamaron para que regresara a la ciudad; pero él se sentía más a gusto entre los choles, con quienes ya había emprendido la fundación del pueblo más importante y más querido para él: Palenque.

Fray Pedro Lorenzo fue un talentoso fundador de pueblos y un valiente defensor de los indios. Creía que reunidos en lugares poblacionales sería más fácil evangelizarlos, educarlos y cuidarlos del atropello de los españoles. No ignoraba que otros males llegan a la par: los impuestos. Consideraba, sin embargo, que eran más las ventajas que las desventajas. Por eso, con dedicación trazaba las calles y ubicaba iglesias, parques y cárceles comunales.

Su apellido, De la Nada, lo conquistó cuando prohibió a los españoles de Tabasco arrebatar mujeres indígenas para su servicio: “mando a todas y cualesquier personas que no saquen de este pueblo india, viuda ni huérfana contra su voluntad o por fuerza, so pena de excomuniación mayor”. La respuesta de uno de los aludidos fue contundente: “¿Quién es Pedro Lorenzo para prohibir semejante cosa? Fray Pedro no es nada, su oficio es decir misa y predicar y casar y allí se

acaba”. A partir de entonces, fray Pedro Lorenzo llevó con gusto el apellido De la Nada. Transformó “el insulto en título de honor”, y así fue conocido entre sus feligreses.

Posible víctima de paludismo, fray Pedro Lorenzo murió en Palenque hacia 1580, veinte años después de su llegada a Chiapas. Aunque desapareció de la memoria de los dominicos se mantuvo en el recuerdo de los indios. Para ellos era un hacedor de milagros, capaz de officiar misa en tres pueblos diferentes ubicados a veintiocho leguas de distancia, de no mojarse en los aguaceros, de transformar una piedra en puente o en manantial y de acabar con las plagas de zanates para siempre.

Fray Pedro Lorenzo de la Nada, retratado por Jan de Vos, no está libre de defectos. Seguramente el historiador se identificó plenamente con su biografiado, porque ambos amaban la selva y buscaron mejores condiciones para sus habitantes.

Chiapas Paralelo

27 DE JUNIO DE 2014

TRÍPTICO DE ALDEA

*¿Para qué escribir? Para explicarme,
para que las palabras pasen
por mi inteligencia, por mi corazón,
por mi verdad...*

HÉCTOR CORTÉS MANDUJANO

Me recuerdo en una finca: “La Nueva Era”. Un lugar polvoriento, lleno de vacas, gallinas, caballos y una burra, la “Torcaza”. Era un lugar con el tiempo almacenado, que movía su reloj sólo con las muchachas “huidas” y los muertos predecibles. El camión azul de don Panchón, que pasaba cuatro veces frente a mi casa, era parte de la cotidianidad. Lo veíamos bajar de “El Sombrerito”, una finca vecina, y acercarse con su nube de polvo y su ruido de matraca desviada. Se perdía después, en su caminar a Tuxtla, en una curva que llevaba a Narciso Mendoza. Aquel camión azul, viejo y destartado, aceleró una vez los relojes de la finca: fue cuando mataron a don Ezequiel, de dos balazos en el pecho. Quedó reclinado en el asiento número 7 de pasajeros, donde encontró su des-

tino. Los hombres, con pistola en mano, huyeron rumbo al río. Los asesinados se quedaban en nuestras palabras por un mes, dos meses, hasta que un pleito, unos balazos al aire, hacían correr nuevamente los días. Los años se marcaban por los hombres navajeados y las mujeres casadas.

Me acuerdo de esa finca por el libro *Tríptico de aldea* (UNACH, 2004), de Héctor Cortés Mandujano. Lo leí este fin de semana, y no pude emplear mejor el tiempo que conociendo su aldea, que es la mía, que es de todos. El Premio Novela Breve Rosario Castellanos universaliza su espacio y nos muestra ese mundo de angustia, en donde se vive para ser hombre, para dormir con el corazón despierto, para tener hijos y esparcirlos sobre la tierra. El hombre se construye en la duda y en el miedo; pero la angustia es el gran tema de Héctor Cortés. La angustia onírica del niño que se alimenta de palabras de la abuela en “Demonios puntuales”, la angustia del hombre por la muerte y el destino en “Beber del espejo”, y la angustia de la mujer callada, doliente, violada, en “Derumbe de plumas”.

Tríptico de aldea reúne tres novelas breves; tres novelas de angustia. Las tres tienen su espacio en una aldea sin mapa identificable, pero que está en todos los lugares posibles y en todos los rincones del pasado. Si las tres novelas tienen como lugar común la aldea, ¿por qué no escribió Héctor Cortés Mandujano un solo libro? Supongo que porque cada historia reclama su propio espacio, y porque seguramente cada una de ellas apareció en su imaginación en diferentes tiempos. Ahora, sin embargo, las vemos reunidas, y podemos leerlas como una sola novela: la novela de la angustia, como me gusta llamarla.

Un libro más que leí del mismo autor fue *La misma hora en nuestros relojes*, un texto que reúne once relatos, escritos también en diferentes tiempos y algunos de ellos ya publicados. En *La misma hora...* Héctor es elegante y sencillo; complicado y comprensible. Es el hombre deseoso por contar y compartir su imaginación. Sabe entretener y sabe nombrar las cosas, como lo hacen los maestros. Héctor es un maestro condenado a trascender y llevar el nombre de su aldea, de su Chiapas, a otros lugares de la imaginación.

Tríptico de aldea y *La misma hora en nuestros relojes*, si no conoce al ganador del Premio Emilio Rabasa, serían un buen inicio para platicar con un escritor de una imaginación fértil, disciplinado y tremendamente trabajador.

Chiapas Paralelo

3 DE JULIO DE 2014

JAVIER ESPINOSA MANDUJANO O LA MEMORIA RECUPERADA

Hay autores de un solo libro. No necesitan más para demostrar su talento, su sabiduría y el manejo magistral de la palabra y de los personajes. Javier Espinosa Mandujano, con la novela *Soledad que viene* (LEÓN DE LA ROSA EDITORES, 2006), podría pertenecer a ese club exclusivo. Pero ya tiene dos obras publicadas. Debe contar con mucho material escondido detrás de su escritorio notarial, de lo contrario no se explicaría la palabra precisa, la frase cincelada y novedosa; producto sólo del trabajo largo y concienzudo.

Soledad que viene me permitió recuperar las palabras de las cosas ya idas que aprendí en la niñez, en la finca “La Nueva Era”. Hacía mucho tiempo (¿cincuenta años quizá?), que no había vuelto a escuchar del *arnero*, mucho menos de *majar maíz*, que eran actividades de final de año entre mis parientes. El *arnero*, que era un marco de madera con malla de mecate grueso, permitía que mis tíos majaran las mazorcas con un palo sólido para así recoger en el fondo el maíz sin olote. Era un trabajo que requería fuerza y constancia. La llegada de las desgranadoras mecánicas lo jubiló, primero de las cosechas, y después de mi memoria. Espinosa Mandujano vino a hablarme nuevamente de esas historias ya perdidas y de un Chiapas parsimonioso, recién despertado al siglo xx.

El autor, no en balde es notario público, realiza un registro meticuloso de hombres y nombres ya también olvidados: Chabel Espinosa, Eleuterio, Rafa Tacuachi, Procopio Camacho, Arsenia Escarpulli, José Cucuyuchi, Chinto Salazar, Lampo Castellanos, Juan Vicente “La Chentona”, Eglantina, Fausto Cerda, Baudilio Galdámez, Galación, Severo Santos, Noro de la Cruz, Eufrasio Salinas, Eustorgio Zárate, Lucerindo Ramos y Liborio Peña.

Está el registro notarial de nombres de árboles, yo no sé si desaparecidos hoy físicamente, pero sí de la plática diaria: madrecacao, higoamate, sauce, guayabillo, quebracho, gulabere, piñones, guanacastes, canelos, guachipilines, mulatos, guapinoles, primavera blancas, cupapés amarillos, cachos de toro, huitumbillos, coyoles, nambimbos, chircas... La novela, que relata la odisea de hombres de a caballo, presenta frases maravillosas y enmarcables: “Seguía flotando en el alma de aquella gente la estima que le producían los acontecimientos de gente conocida y a veces desconocida que les dejaba el extraño placer de sentir que no estaban solos en este mundo” (p. 111). “Se quedó solo con el aliento cercano de toronjil tierno de aquella mujer” (p. 200). “Ni se pidieron ni se dieron prendas, sólo fueron quietamente hasta la cama con el respaldar de incrustaciones blancas y allí iniciaron dos secuestrados por la soledad una nueva vida, amparados por el viento que viene y por la lluvia que ahora corría sonando sus cascabeles en la tierra” (p. 211).

Leer a Javier Espinosa Mandujano es transportarse hacia otros tiempos, donde la palabra recobra su realeza y su sentido verdadero. Sus descripciones de caballos y de la co-

municación entre jinete y caballo son de antología, y un terreno inexplorado aún para muchos escritores.

Las dos historias que intercala el autor en *Soledad que viene*, la del viejo Aquilino y la de la Santísima Virgen del Rosario, cumplen funciones diferentes. La primera permite ubicar a los hombres de finca en su dimensión humana: el viejo Aquilino aprovecha un viaje de su mujer para resucitar sus pasiones juveniles al lado de una muchacha de amplias caderas a quien embaraza... La segunda, la historia de la Santísima Virgen del Rosario, rompe con la acción de la novela, no obstante el interesante relato del mulato Santa Fe. Es una narración diferente y merece su propio espacio.

Fuera de esta observación y del título que, según mi parecer, no refleja la fuerza narrativa de Javier Espinosa Mandujano, tenemos una obra magistral, producto de toda una vida dedicada a la observación y al ejercicio sabio de mirar a los hombres y adentrarse al fondo de sus pasiones, tristezas, alegrías y ambiciones.

Chiapas Paralelo

11 DE JULIO DE 2014

LA HAMACATERAPIA DE JORGE MORENO, “EL PIÑA”

Jorge Moreno Pereyra, “El Piña”, conoce todas las historias de Villaflores y las sabe contar con gracia, humor e ingenio. No es un escritor y seguramente no lo ha deseado ser jamás. Por eso el mérito de su libro, *Recuentos de un domador de hamacas* (RIAL EDICIONES, 2014), es que ha sabido conservar su don de narrador oral por encima del de tecleador de páginas.

Producto de la oralidad —su texto debe leerse en voz alta— y para que se acomoden bien las palabras y las frases, debe ser en una hamaca y con varios caballitos de mistela, carraca de puerco y caldo de *shuti*. En su boca hasta la muerte es alegre y traviesa. Bien lo sabía, tío Conra, goloso pa'l trago, quien en la larga procesión que lleva el cuerpo de su mujer al panteón, se lamenta: “¿Quién va a salí' a bebe' conmigo 'ora que te juiste?, ¿quién te quería y te besaba tu pitío cuando estaba yo de goma? Yo, Conrado Coutiño, tu marido que ya no vale nada porque te juiste. ¡Dios mío, qué ingrata es la vida” (p. 28).

Uno de los dolientes se le acerca a tío Conra para decirle que el cuerpo de su mujer va adelante, que ese es otro muerto, que se ha confundido por entrar a una tienda a com-

prar cañita. Sorprendido, responde: “¿Qué? —dijo tío Conra levantando su cara del suelo y dándose cuenta que era pura gente desconocida. Inmediatamente voltió pa’ ambos lados y dijo antes de salí’ corriendo— ¡Putá madre, lloré dos cuadra de vicio” (p. 29).

Las frases de “El Piña” son ingeniosas, lapidarias y muy nuestras: “Tío Chelo, fundador de la dinastía de más prosapia pa’ echa’ mentira” (p. 21); “Además de culito sin juicio era amachada” (p. 31); “Era de gente humilde pero guapa, eso sí, arrechita y pitío alegre” (p. 38); “¡Qué cohetes ni que nada!, ¡es bala!... al tiempo que buscaba con ojo de radar pa’ onde salí’ corriendo” (p. 44); “Antes, cuando el villaflorense de ese tiempo todavía tenía vergüenza, las cosas en este pueblo lo hacíamos los mismos ciudadanos; si era una escuela o el empedrado de una calle, la encalada del mercado, en fin, cualquier mejora que fuera, era entre todos”; “Hace tiempo, pero mucho tiempo, cuando Villaflores se empezaba a llena’ de andariegos” (p. 66), y “Esta calle es famosa porque allí viven los Pancheños, aguerrida familia de apellido Gutiérrez, muy buenos para agarrar entre todos” (p. 75).

En lugar de novelistas o de cuentistas, Jorge Moreno tuvo como maestros de la crónica a sus tíos, de quienes aprendió a condimentar los relatos. Recuerda que uno de ellos hablaba de la “docena trágica”.

“—Es decena tío— le dije. “—Ve hijo—, cuando hables de algo aumentale, no le quites, porque si no qué chiste tiene” (p. 78).

“El Piña” habla de chocos con malas mañas, de mujeres enamoradizas y valientes, de hombres pepenagargajos

y desesperados por encontrar amores y curas a su mal; de juegos de niños: tenta, chutas ponedoras, ronrones voladores, chibolonas, encantados y escuende la faja; de curaciones milagrosas entre rameadas con matarratón, tecitos de alcanfor, rajitas de ocote y gotas de petróleo; de árboles extrañados: nambimbos, anonas, nanguipos y sauz; de enfermedades olvidadas: turicuchi y niguas prendidas en el carcañal; de frutas desplazadas: zapote caca de niño, caimitos, pomarrosas, cajinicuil, caco y cinco negrito, y de puterías y buenas mujeres, de El Piquete que regenteaba un bule de categoría donde “llegaba la gente lavadita del pueblo” y que le decían la zona forestal, “por los palos que allí se tiraban” (p. 39).

Relata la aventuras de Matías Grajales, boxeador frailescano de la Época de Oro; de regalos de jabón Palmolive; de las aventuras inconclusas de Tarzán de los monos; de restauranteros francos, “¡si quiere’sté come’ sabroso, vaya’sté a come’ en su casa!” (p. 190); de su viaje a Cuba y de sus viajes mensuales por su beca Amanecer, o no sé cómo se llame ahora. Villaflores es su motivo: el tancón “la única obra de arte mudenco que ha existido y lo jodió el paso del progreso” (p. 29); el puente, la escuela, los ríos Pando y Los Amates, el parque central y su fuente sin agua, las cantinas de don Moxel y su cantinero, Tavo Cara Cagada; de los adoptados por el pueblo y de la cultura de la cabeza horneada y de los mapachis, con “el más grande de toda América” (p. 83), el generalísimo Tiburcio Fernández.

Desde la hamaca, “El Piña” recuerda a peluqueros que necesitaban medio litro de trago para que no les temblaran las manos; de telefonistas mandones (“por favor no

te metás Cárdenas ¿viste?)” (p. 101); de solterones apocados y de viejitos que podían romper la piñata “pero no agarran’ nada” porque ya no se podían “agachá” (p. 123).

No es que no sucedan tragedias en Villaflores, hay también muertas y asesinados; pero la crónica en voz alta de “El Piña” busca la otra mirada para levantar el ánimo, para decir que en medio de la tristeza siempre hay motivos para alzar el caballito de tequila y brindar por la arrechura y el ingenio que dan sentido al vaivén de la hamaca, de su hamaca voladora y multicolor.

Chiapas Paralelo

18 DE JULIO DE 2014

LOS AMORES DE SOR JUANA

No es raro que el libro de Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe* (FCE, 1994), haya sido quemado por la inquisición de la Iglesia Católica. Su pecado: haber descubierto dos aspectos fundamentales en la vida de la Décima Musa: su amor por una mujer, la joven virreina y duquesa María Luisa Manrique de Lara, y su falsa conversión, al final de sus años, a la vida religiosa. Sor Juana es, en el libro de Paz, una religiosa dedicada a la vida intelectual y amorosa; pero ajena a las oraciones y a su comunidad de San Jerónimo. Se enamora de la virreina, y le dedica encendidos poemas eróticos: “El amor, escribe el autor de *El laberinto de la soledad*, no es exclusivamente la unión entre un hombre y una mujer. Si el amor verdadero —indistinguible de la caridad y de la amistad— es amor recíproco y, esencialmente, amor a Dios, ‘no sólo un hombre y una mujer pero también dos hombres o dos mujeres pueden unirse en ese sentimiento de amor’” (p. 280).

Según Paz, el deseo libidinal de sor Juana no podía ser un objeto del sexo contrario: “Había que sustituirlo por otro objeto: una amiga. Transposición y sublimación: la amistad amorosa entre sor Juana y la condesa fue la transposición; la sublimación se realizó gracias y a través de la concepción platónica del amor” (p. 286).

Estos son muestra de esos versos amorosos de sor Juana hacia la duquesa.

Ser mujer, ni estar ausente,
no es de amarte impedimento;
pues sabes tú, que las almas
distancia ignoran y sexo.

Sor Juana, como se desprende de los poemas, fue correspondida por María Luisa Manrique, y la poeta sufría su ausencia, en especial en las cuaresmas.

...pobre de mí,
que ha tanto que no te veo,
que tengo, de tu carencia, cuaresmados los deseos,
la voluntad traspasada,
ayuno el entendimiento,
mano sobre mano el gusto
y los ojos sin objeto.
De veras, mi dulce amor;
cierto que no lo encarezco:
que sin ti, hasta mis discursos
parece que son ajenos.

Hay endechas, dirigidas a María Luisa Manrique, en donde no se puede leer otra cosa sino manifestación erótica.

Así, cuando yo mía
te llamo, no pretendo

que juzguen que eres mía,
sino solo que yo ser tuya quiero.

El rumor de que sor Juana estaba enamorada de la duquesa Manrique provocó un escándalo en el seno de la Iglesia Católica, sobre todo porque provenían de una poeta, catalogada como narcisista, orgullosa, vanidosa, hábil política y cortesana. “En una ocasión una superiora —dice Paz— se quejó de la altanería de sor Juana y la acusó de haber replicado a una observación suya en estos términos descomedidos: ‘Calle, madre, que es tonta’. El arzobispo escribió al margen de la queja: ‘Pruebe lo contrario y se le hará justicia...’” (p. 190).

Asimismo, sor Juana se divirtió con cientos de epigramas que se hicieron famosos en la Nueva España de finales de 1600, como aquel que escribió a una fea presumida, a la que dice que por su cara “no te darán el premio a la hermosura pero con ella ganarás el de la virginidad”. Casi todos sus epigramas son crueles y son el reverso de su sátira contra los hombres: no zahieren costumbres ni opiniones, sino a personas. Otro aspecto que no podía pasar inadvertido para la Iglesia, son las afirmaciones de Paz en el sentido de que la conversión de sor Juana no fue tan sincera. Más bien el miedo, sobre todo a la Santa Inquisición, hizo que la Décima Musa renunciara al ejercicio de las letras profanas y se desprendiera, no sin tristeza, de su biblioteca. De esa manera pudo salvar su vida, ante un arzobispo que odiaba a las mujeres, Aguiar y Seijas, y un confesor, Antonio Núñez de Miranda, calificador del Santo Oficio.

La sor Juana de Paz es una hábil política que busca siempre la protección del palacio virreinal para dedicarse

con libertad a su quehacer literario, ante el asedio constante de los clérigos mexicanos. Cree que se le persigue y prohíbe el ejercicio de las letras profanas, no por ser religiosa, sino por ser mujer. Su lucha contra los jesuitas se prolonga por veinte años; pero al final pierde, y tiene que doblegarse ante los príncipes de la Iglesia. “La fe y las creencias de sor Juana fueron cómplices de su derrota. Regaló sus libros a su persecutor, castigó su cuerpo, humilló su inteligencia y renunció a su don más suyo: la palabra. El sacrificio en el altar de Cristo fue un acto de sumisión ante preladados soberbios”, escribe Octavio Paz, al final del libro.

Sor Juana no escogió el convento por auténtica vocación, sino por profesión: “el convento no era escala hacia Dios, sino refugio de una mujer que estaba sola en el mundo. Se encerró en un convento no para rezar y cantar con sus hermanas sino para vivir a solas con ella misma”. Dice Paz que estuvo sola pero no solitaria, sor Juana vivió en su mundo y con su mundo. En las seiscientos setenta y tres páginas de *Las trampas de la fe*, Paz manifiesta su admiración por la más grande poeta mexicana, por su inteligencia y su rebeldía al luchar contra la iglesia para ejercer su derecho, pero también reconoce flaquezas, de las que nadie está exento, incluso el alma de sor Juana.

Chiapas Paralelo

25 DE JULIO DE 2014

LA PUTA DE BABILONIA

En *La puta de Babilonia* (PLANETA, 2007), Fernando Vallejo se encarga de destruir la imagen santurrón de la Iglesia Católica. Es una diatriba, bien escrita y ampliamente documentada, sobre los pasos perdidos y malvados de papas, arzobispos, teólogos, curas, párrocos, monjas y pastores hipócritas. Nadie queda libre de la lezna vengadora del colombiano. Ni Fox, ni Salinas, ni Echeverría; mucho menos Carlos Hank o su amiguito panzón y repelente, Onésimo Zepeda.

En este ensayo de trescientas diecisiete páginas, Vallejo muestra lo que siempre hemos imaginado, pero no hemos querido constatar: el enorme negocio del papado, montado sobre el fraude y la ignominia. El monstruo diabólico del catolicismo ha construido su trono con sumisiones y bendiciones a sanguinarios de nuestra historia, de los que Hitler y Mussolini son una pequeña muestra esperpéntica.

No tiene piedad de papas, ángeles, arcángeles, fundadores de sectas, dirigentes del Opus o de los Legionarios de Cristo. Todos son culpables por ególatras, por malvados; pero también por pedófilos y violadores, que a los hombres de sotana se les dan muy bien los placeres de la carne y más si es de niños recién desemplumados. Sobre eso habría que preguntarle al acariciador de carne púber, Marcial Maciel, que el diablo se lo llevó sin redimir sus pecados.

La puta de Babilonia es un rosario de las atrocidades purpuradas, bendecidas desde el trono del Vaticano por hombres perversos, diabólicos, misóginos y homofóbicos.

No tiene compasión ni siquiera de Juan XXIII, llamado el “Papa bueno”: “Nadie que haya subido por esa jerarquía de ignominia que va de cura a obispo, de obispo a arzobispo, de arzobispo a cardenal y de cardenal a papa puede ser bueno. De escalón en escalón se ha tenido que ir manchando para que sus compinches de mafia lo hayan dejado seguir el ascenso”. Fernando Vallejo sigue siendo, a sus 71 años, un provocador nato, que desenfunda la pistola, cargada de maldiciones, al menor insulto. Da gusto cómo reparte balas, una tras otra; sin indulgencia. Basta leer el primer párrafo de su ensayo: “La puta, la gran puta, la grandísima puta, la santurrona, la simoníaca, la inquisidora, la torturadora, la falsificadora, la asesina, la fea, la loca, la mala; la del Santo Oficio y el Índice de Libros Prohibidos; la de las Cruzadas y la noche de San Bartolomé; la que saqueó Constantinopla y bañó de sangre Jerusalén; la que exterminó a los albigenses y a los veinte mil habitantes de Béziers; la que arrasó con las culturas indígenas de América; la que quemó a Segarelli en Parma, a Juan Hus en Constanza y a Giordano Bruno en Roma; la detractora de la ciencia, la enemiga de la verdad, la adulteradora de la Historia; la perseguidora de judíos, la encendedora de hogueras, la quemadora de herejes y brujas [...] la pérfida, la falaz, la rapaz, la felona; la aberrante, la inconsecuente, la incoherente, la absurda; la cretina, la estulta, la imbécil, la estúpida; la travestida, la mamarracha, la maricon; la autocrática, la despótica, la tiránica; la católica,

la apostólica, la romana; la jesuita, la dominica, la del Opus Dei; la concubina de Constantino, de Justiniano, de Carlomagno; la solapadora de Mussolini y de Hitler; la ramera de las ramera, la meretriz de las meretrices, la puta de Babilonia, la impune bimilenaria tiene cuentas pendientes conmigo desde mi infancia y aquí se las voy a cobrar” (p. 5).

Aun cuando *La puta de Babilonia* es un ensayo entretenido y gustoso, elijo las novelas de Vallejo, y *La virgen de los sicarios*, mi preferida.

Chiapas Paralelo

1 DE AGOSTO DE 2014

LUCIANO VILLARREAL RODAS Y SU *VUELO 213*

Cuando compartíamos cubículo, con otros quince profesores en la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma de Chiapas, escuchaba a Luciano Villarreal Rodas leer sus poemas, cuentos o crónicas, las cuales finalizaba con una risotada franca y alegre. Se burlaba y criticaba lo que había escrito. Veía a su auditorio y corregía. Convocaba pareceres y mejoraba sus trabajos. Una parte de esos escritos, leídos en voz alta, los reunió en *Vuelo 213* (SPAUNACH, 2013), un libro que lleva sus genes y su carácter irreverente. Sus poemas se leen con gozo, y aunque el título evoca desgracias, más con la foto en la portada de un avión destruido (el inexistente 213, de coordenadas perdidas), lo que encontramos son poemas que celebran la vida con ironía, inteligencia y arrechura.

Hijo del mar (nació en Mazatán, por eso dice que lo persiguen las gaviotas, la brisa salobre y el manglar), Luciano es un bohemio que no discrimina el vodka, la cerveza o el tequila, es, además, un melómano que disfruta de Pink Floyd, The Beatles, The Rolling Stone, U2, Queen, Hendrix, Janis Joplin, Elvis, B. B. King, Ray Charles, Joaquín Sabina, José Alfredo y Chabela Vargas. Pertenece al Círculo Semió-

tico de Terán, una cofradía igual de irreverente, que sesiona a veces bajo la sombra de un mango ataúlfo, en la cafetería de doña Adelita o en los nuevos cubículos de maestros de Humanidades. Estudió psicología en la UNAM, después Letras Latinoamericanas; pero lo suyo es convivir, leer textos con sus alumnos y escribir.

Vuelo 213 está dividido en cuatro partes: “Paquete de poemas cursis”, “Decálogo de fracasos”, “Esquelas y nostalgia” y “Manual de vuelo”.

En “Paquete de poemas cursis” aparecen textos que fueron escritos en diferentes épocas porque traslucen influencias variadas, desde Bécquer hasta Efraín Huerta, pasando por Cavafis, Uvel Vázquez, Eduardo Lizalde, César Vallejo y “Quincho” Vásquez Aguilar. Los poemas buscan el final sorpresivo y agradable:

El amor es como la ichi-van
del transporte colectivo:
abundan las paradas continuas.

Los poemas de “Decálogo de fracasos” pareciera que fueron escritos de manera continua y disciplinada. Son los más amargos, los más oscuros y amorosos.

Violemos la frontera de los días,
las reglas de los sueños.
Vayamos alto/seamos animales,
huesos/polvo,
nada.

En “Manual de vuelo”, dedicada a Gabriela, “la azafata de los senos aéreos”, Luciano Villarreal continúa sumergido en el dolor, la angustia y el desamor: “Me siento inmensamente abandonado, inmensamente feliz de que así sea”.

“Esquelas y nostalgia”, la tercera parte del libro, parlotea con la muerte con guiños constantes a la vida desafortunada. Esta sección es la que más me gusta del libro por el nivel que alcanza la poesía de Luciano: “La noche más difícil para un muerto es la primera, me lo dijo mi padre: debe buscar cómo acomodar su costal de huesos en un pequeño espacio. Tiene que aprender a caminar nuevamente, a platicar con extraños y en un lenguaje nuevo. Deberá inventar otros juegos de azar, otras trampas, otras mentiras para que no le ganen y se quede sin dinero, porque con tanto tiempo disponible, ¡Dios mío!, quizás pueda enloquecer y romper todos los cristales del camposanto” (p. 82).

En la prosa poética y el verso libre de *Vuelo 213* conocemos la mirada de Luciano Villarreal sobre la muerte, el amor y la vida. El autor lo hace con elegancia, con originalidad; y aunque diga, burlándose de sí mismo, que no es un plagiarlo, sino más que bien todo lo que escribe “es una calca” de sus “autores preferidos”, esto no es así. Tiene una voz propia que debería conocerse más. Su libro no sólo debería ser leído por los estudiantes de literatura, quienes lo hacen con alegría juvenil y fervor, sino también por muchos otros lectores amantes de las buenas letras chiapanecas.

Chiapas Paralelo

8 DE AGOSTO DE 2014

JOAQUÍN VÁSQUEZ AGUILAR, EL POETA DEL “QUINCHO” DE AGOSTO

Nació un *Quincho* de agosto. Era Joaquín Vásquez Aguilar y era poeta. Un poeta grande a quien debieron dar mejores altavoces, mejores premios y mejores ediciones de su obra. Lo del *Quincho de agosto* era de él. Lo repetía y lo festejaba entre cervezas. Así el 15 se transformó en *Quincho* y el *Quincho* en montones de amigos y poemas y anécdotas y recuerdos.

Andrés Fábregas Puig, generoso siempre, le dio cobijo en el Instituto Chiapaneco de Cultura, y lo proveyó de amigos y compañeros que lo cuidaban y escuchaban. Le pagó un restaurant en donde podía comer cuando se quedaba sin quincena. Se perdía, a veces, en el alcohol. Desaparecía. Volvía algunas veces alegre; otras triste, desesperado; pero siempre con un libro bajo el brazo. Una vez regresó golpeado. Dijo que unos policías lo habían asaltado y le habían quitado su sueldo.

Recuerdo a Joaquín Vásquez Aguilar cuando colaboraba para *Ámbar Semanal*, una publicación fresca que dio cabida a poetas, narradores, opinadores y recolectores de información, como yo. A las oficinas de esa publicación llegaba dos o tres veces por semana. Llevaba unas hojas escritas a máquina que luego eran capturadas en una de las dos novedosas com-

putadoras Apple desde donde Enrique Alfaro formaba el semanario. Ahí, en la casa de *Ámbar*, ubicada en aquellos años en la Tercera poniente entre Avenida central y Primera sur, en Tuxtla Gutiérrez, platicué varias veces con Joaquín. No fui su amigo, desgraciadamente; sólo un conocido, pero supe de su valía. Sus colaboraciones las leía yo, como todos quienes lo admirábamos, como un espacio más de su obra. Los temas políticos no le interesaron. Era un colaborador que escribía sobre literatura. Nada más. Para mi disgusto, Joaquín Vásquez Aguilar no fue un periodista. Fue un poeta que empleó el periódico para expresar sus vivencias y experiencias.

En el espacio de *Ámbar Semanal* Joaquín abordó diferentes temáticas, pero la principal fue él y sus amigos, él y sus vivencias literarias, de su mundo y por eso lo leíamos con agrado. En los escritos de Joaquín, sin embargo, es muy difícil diferenciar lo que es periodismo o literatura, al presentarse como un entrecruzamiento inseparable de ambos géneros. La columna que escribió en *Ámbar* se tituló “De poetas”; pero con un agregado que cambiaba, dependiendo de los temas abordados. Así leemos “De poetas, calores y desempleos”, “De poetas, bohemias y ética policial”, “Amores y transa poética”, “Depresiones y rancheras”, “Corridos y pantanos”, “Golpes de remo”, “Libros y afinidades”, “De poetas y sin embargos”. La periodicidad de su columna en *Ámbar* fue quincenal.

El columnista personal, de los que Chiapas siempre ha tenido pocos, debe ser un confidente para el lector. Joaquín Vásquez Aguilar habla de su vida cotidiana: Lo encontré en la calle central, frente al parque, en un estado depresivo tal

que me inquietó. Al principio pensé que estaba borracho o drogado, por su modo cansino de andar y ese dejo del cabizbajo que está fuera de la realidad concreta. Pero cuando me le acerqué y trabamos conversación caí en la cuenta de que la cosa era más seria de lo que suponía “[...] Yo siempre he sido solidario con los amigos poetas cuando me requieren, sobre todo en estos casos —litro de tequila aparte”.

El autor de “De poetas” no se trata con solemnidad, sino con humor, y hasta con una pretendida desconfianza en sus propias capacidades, con lo que logra atraer la atención del lector, y al mismo tiempo su comprensión. Joaquín habla de sus miedos, vicios, triunfos, fracasos, aventuras. Habla de sus amigos, de sus libros preferidos, de las personas que creyeron en su capacidad poética, de sus fantasmas y de sus fantasías.

Los policías, que una noche lo golpearon y le hurtaron parte de su quincena, eran personajes que debían cumplir con su destino. “No, no los perdones Señor, escribió Joaquín, porque estos cabrones sí saben lo que hacen”. En sus colaboraciones periodísticas hay humor. De Fidel Escobar, su amigo de infancia, pescador y compositor de corridos, narra cómo, por cazar patos con dos o tres caguamas adentro, cayó en una poza. “Y como venía bien bolo, pues cómo iba a poder salir. Unos carreteros que venían de cortar leña lo vieron, pero lo confundieron con un animal y casi lo dejan, hasta que alguien dijo: “parece que es gente”. Al acercarse se dieron cuenta que estaba enterrado hasta el pecho, con la cabeza semihundida y manoteando. Lo rescataron a tiempo y, como lo reconocieron, lo llevaron a su casa. “Esa es la

historia de lo que le pasó hoy a su compadre espiritual”, me dijo Hilda y se tiró la carcajada. “Ya que despierte y se bañe y se recupere le dice que componga el corrido de lo que le pasó, pa’ que se vuelva famoso” —le dije a su mujer, quien se ríe con más ganas.

Otro de sus amigos poetas, deprimido, desea tirarse delante de un carro, pero después de tomarse un litro de tequila, leer a Lezama Lima, Juan Bañuelos y Octavio Paz, el poeta suicida se pone en un tono más aferrado a la alegría de vivir. En “De poetas, amores y transa poética”, vuelve a tocar el tema que le apasiona: sus vivencias. Escribe de Raúl Garduño, su amigo, cuando a finales de los setenta le entrega un soneto, de puño y letra a una joven actriz.

Ella emocionada se lo presume a *Quincho*. “Al momento, dice, me di cuenta de la travesura de Raúl y al seguir leyendo me ganó francamente la risa.

—De qué te ríes —inquirió mi amiga.

—Amiga mía, este poema no lo escribió Raúl Garduño, quiero decir que él no es el autor sino otro poeta de Chiapas ya fallecido, Daniel Robles Sasso [...] Raúl no es un plagiaro, seguramente no le dio tiempo de escribirte nada antes de tu partida y echó mano de este poema muy conocido por él para no quedarte mal. ¿Me entiendes? Además Raúl siempre ha sido un niño travieso. Así es él.

— ¡Pinche Raúl! ¡Pinche Raúl! Me las va a pagar.

Pero ya no se las pagó, porque el poeta vivía de nuevo en Chiapas.

Joaquín Vásquez Aguilar encontró en las páginas del periódico un espacio para expresar sus vivencias literarias y

cotidianas, en ese particularísimo género que es la columna personal, donde lo más importante es la expresión franca del trajín diario. Pero como él fue un poeta, un gran poeta, termino hoy con “Soneto pluvial”, el que incluyó en su libro *Erguido a penas*.

Lluvia anunciándose. Lluvia con sonido
de lluvia que se acerca como denso
panal bullente. Lluvia con extenso
oleaje de un mar cayendo con ruido
de dioses, con atronador zumbido
de río colosal, de saurio tenso
lluvia mayor, lluvia del más intenso
y más salvaje y más feroz rugido
torrencial. Lluvia que trae más lluvia
y más agua y más mares y más lluvia
violenta lluvia, ronca, lluvia tal
que su furor lluvioso hartado de lluvia
rompe el último cerco de la lluvia
más sorda y más atroz, lluvia total.

Chiapas Paralelo

15 DE AGOSTO DE 2014

TRAVESURAS DE LA NIÑA MALA

*En este país
ya no es posible trabajar
si uno no está conchabado
con el gobierno.*

MARIO VARGAS LLOSA

Gracias a Marco Antonio Besares Escobar, notario número 87, leí *Travesuras de la niña mala* (ALFAGUARA, 2006), de Mario Vargas Llosa. Decidí leer unas cincuenta páginas; pero la historia de la niña mala, una niña camaleónica, capaz de nacer peruanita, de convertirse en chilena; de ser guerrillera cubana, diplomática, amante de carreras de caballos, traficante, mujer abandonada, navegante de extremos: hoy rica, mañana pobre; hoy saludable, mañana enferma, cadáver y fantasma, te atrapa.

El primer capítulo es deslumbrante. Tiene la redondez de un cuento: la historia de una peruanita arribista, capaz de inventarse una vida, de creerse chilena, hasta que la desenmascara una conocedora de la patria de Neruda. Ricardo, quien no ha tenido más sueño que vivir en Francia, se enamora de Lily, y desde ese infausto día en que se le cayó el

tinglado a la peruanita, no la había vuelto a ver. Se va a París y allí la reencuentra, en un encuentro fugaz e intenso, cuando la falsa chilena marcha a su destino, no deseado: Cuba.

La mitad del texto parece de telenovela, mejor, de folletín del siglo XIX. Después de esos pequeños traspiés, se alza majestuosa una historia de amor que deja su rastro por París, Londres, Japón y Madrid. El libro, de trescientas setenta y cinco páginas, no lo pude dejar a un lado desde que mi amigo, el notario Marco Antonio Besares Escobar lo puso entre mis manos.

Chiapas Paralelo

5 DE SEPTIEMBRE DE 2014

LA OTRA GUERRA SECRETA

En *La otra guerra secreta* (DEBATE, 2007), Jacinto Rodríguez Munguía refiere la relación compleja y nada transparente de los medios de comunicación y el poder. Si bien se hablaba de las componendas y de los tratos perversos entre el gobierno y los medios, había pocos documentos, casi nada, que probaran estos tratos y maltratos. El mérito del texto es documentar con fechas, tarjetas y referencias exactas esa relación. Por sus páginas desfilan personajes de remota y oscura memoria, como Carlos Denegri, que fue un temible columnista de *Excélsior*, con un poder capaz de provocar la renuncia de funcionarios, y de desbaratar honras, que fue asesinado, paradójicamente, por su propia esposa.

Hay personajes complejos y difíciles de encuadrar: Mario Menéndez, creador de la revista *¿Por qué?*, la cual en una mezcla de periodismo sensacionalista y de izquierda progresista, daba cabida a los movimientos guerrilleros de América Latina. Se lo vinculó con la CIA, pero después de ser detenido por la policía fue canjeado por los guerrilleros y llevado a Cuba, en donde vivió una vida tranquila. Al paso del tiempo regresó a México y creó en Yucatán el periódico *Por Esto*.

Jacinto Rodríguez encuentra documentos en donde pocos periodistas quedan bien parados. Imagínense, eran los

años de complacencia con el poder, con los funcionarios y sobre todo con el presidente de la República. ¿Quién era capaz de criticar al poder? Prácticamente nadie. No sólo era el silencio cómplice de los medios, sino también de la sociedad. El sistema político priista aprovechó esta situación para incorporar a grandes contingentes de obreros, campesinos, comerciantes y de periodistas, a una revolución institucionalizada. El PRI se convirtió en el gran aglutinante acrítico del sistema político. El papel asignado a la prensa dentro de esa maquinaria política fue la de estructurar la armazón de la llamada “unidad nacional”.

Se vivió en el país un mercado de compraventa de obediencia y buena voluntad. Desde su cúspide, el poder otorgaba publicidad, subvenciones, contratos especiales y prebendas a quien ofertara obediencia ciega y halagos. Los periódicos no cumplieron, desde luego, con el servicio social de informar con veracidad. En realidad informaban poco y mal, diría Enrique Krauze al referirse al papel de la prensa en esos años. El sometimiento de la prensa a los príncipes del poder, sin embargo, era visto como normal, porque no sólo el periodista dependía del gobierno, sino también comerciantes, profesores, obreros, trabajadores sindicalizados, campesinos. Era difícil escapar de ese monstruo gigantesco del gobierno que controlaba todo. Era el gran comprador y el gran vendedor.

Aun cuando se ha comentado de esta relación oscura y perversa, no existían documentos que lo probaran. Fue con la consulta del Archivo General de la Nación, cuando se empezaron a exponer estos raros acuerdos. Si bien el material

estaba ahí a la vista de todos, pocos vislumbraron que se podían encontrar cosas importantes para explicar el papel de la prensa. Jacinto Rodríguez Munguía tuvo la perspicacia y el olfato de entrever que en aquellas cajas había algo valioso. Ha investigado durante varios años en el Archivo General de la Nación y obtenido resultados estupendos en *La otra guerra secreta*, un libro del cual ya se han vendido quince mil ejemplares.

CHIAPAS PARALELO

10 DE OCTUBRE DE 2014

MIGUEL LISBONA Y LOS CHINOS EN CHIAPAS

Desde su llegada a estas tierras, proveniente de Cataluña, Miguel Lisbona Guillén se ha dedicado a estudiar a los zoques y el periodo de la Revolución Mexicana en Chiapas. A él se le debe una de las propuestas más atrevidas y a un tiempo innovadoras: afirmar que a nuestra entidad sí llegó la Revolución, con lo que cuestionó la vieja tesis que tanto ha alimentado nuestro egocentrismo: que aquí no llegó revolución alguna, si acaso unos forajidos carrancistas, unas leyes ajenas y un gobierno emergido de los propios finqueros.

Lisbona no se ha detenido esta vez en los zoques, tampoco en la Revolución, sino que ha volteado su mirada a una población escurridiza y pocas veces visibilizada en los estudios académicos y en los medios: los chinos en Chiapas. El libro *Allí donde lleguen las olas del mar... Pasado y presente de los chinos en Chiapas* (UNAM-CONACULTA, 2014) inicia con el telón actual de los chinos y su herencia en nuestra entidad. Lo primero que plantea es que, a diferencia de otros lugares en que los chinos siguen estando bajo sospecha o son excluidos, incluso expulsados, aquí se los ha adoptado, a tal grado que no se podría comprender Tapachula sin la presencia de los orientales. La comida china es parte

ya de la identidad de los tapachultecos. Es una condición de “distintivo identitario”, dice el autor. Descubre que los secretos de la cocina se heredan de forma patrilineal. Son los hombres que toman las sartenes e instruyen a sus hijos a seguir con la tradición de los guisos: “Mi papá me enseñó a cocinar el arroz, a partir el pollo, a partir la carne”, dice un descendiente chino” (p. 57).

Pero los chinos no sólo están presentes en la gastronomía sino también en la forma de ser, de ver el mundo y revivir el pasado. La danza del dragón, por ejemplo, también se volvió huacalera. A mediados del siglo pasado, chinos emigrados y mestizos construyeron como les fue posible un dragón de cartón, lo pintaron y pusieron cascabeles. Hoy los tapachultecos ven esta danza como propia. Miguel Lisbona, aparte de ubicarnos en el microcosmos de la cultura china en Chiapas, con su gastronomía y sus bailes, inicia en la segunda parte del libro un trazo histórico de estos emigrantes afincados en la Costa, el Soconusco y la Sierra. Describe que aquellos primeros chinos varados en estas tierras, vivieron en condiciones de esclavitud. Aquí se quedaron y aquí sufrieron el ostracismo, después la persecución y, finalmente, la asimilación.

El periodo negro para los chinos en América Latina fue en los años veinte y parte de los treinta. Chiapas se vio envuelto en un odio incomprensible propalado por racistas, demagogos y “oportunistas políticos de toda laya”. Los chiapanecos no se excluyeron de ejercer su odio particular a los chinos. En Tapachula se creó la Liga Antichina, pero la virulencia mayor se vivió en Pueblo Nuevo (Villa Comaltitlán), con la muerte de varios chinos y su expulsión definitiva del pueblo, tanto que hasta la fecha ahí no existen descendien-

tes de orientales. “La raza amarilla, la raza china, muy especialmente —decía el diputado por Baja California en 1931, José María Dávila—, está tan distante de la indolatina en civilización, en costumbres, en religión y en idealidades políticas y morales que los chinos parecen entre nosotros seres llegados de otro mundo. Luego, pues, desde los puntos de vista somático y etnográfico, la mestización de estas dos razas es un fracaso (p. 249).

Esta tesis se creó en Estados Unidos, pero se difundió por toda América Latina. Aquí hilamos nuestro discurso propio de odio hacia el chino. En una carta dirigida a Santiago Serrano, director del periódico *Evolución*, de acuerdo con Lisboa, se señala: “Tapachula está ya plagada de niños y niñas de ojos oblicuos y faz inexpresiva, que jamás serán ciudadanos mexicanos, en primer lugar porque son raquíuticos y de sangre viciada, y en segundo lugar porque no defenderían jamás al país en que nacen y al cual, como sus padres, detestan en el fondo de sus almas” (p. 206). Después de esta experiencia, literalmente lapidaria, chinos y chiapanecos se encontraron, se unieron y aprendieron a vivir en el mismo territorio, “para dar paso a un mestizaje plenamente constructivo”.

Al final de este magnífico texto, Miguel Lisboa invoca que esta flexibilidad cultural mostrada en el Soconusco continúe, que no se caiga en cárceles culturales: “Si se evitó la ‘raza cárcel’ en tiempos complicados es posible lidiar con las tentaciones de la cultura prisión” (p. 263). Esperamos que esa convivencia se fortalezca, que podamos comer pan de frijol en Cacahoatán con don Gonzalo Chang y que Josefina, como

dice Marco Aurelio Carballo en *soconusquense*, siga viajando a China dos veces al año para traernos nuevos platillos del Oriente.

Chiapas Paralelo

24 DE OCTUBRE DE 2014

CELEBRACIONES DEL ESCRIBA, JORGE ELIÉCER ROTHSCHUH

Las palabras, celebraciones del escriba (SPAUNACH, 2014), de Jorge Eliécer Rothschuh Villanueva, es justamente eso: el agradecimiento de un lector-escritor por las palabras prohibidas, ocultas, maltratadas, maldichas y hasta maldecidas. A partir de *güevo*, *culo* y *pedo*, el poeta, transitando esta vez a ensayista, celebra la riqueza del lenguaje, y más que vertebrar sus propias apreciaciones, nos hace partícipes de sus goces como lector. No se limita. Invoca a Borges, Cortázar, Grijelmo, García Cuéllar, Ledo Ivo, Umberto Eco, Carlos Fuentes, a la Chica Dorada y no deja fuera en esta memorable celebración a los autores anónimos de Wikipedia, Taringa, Wikiquote, Wordreference, puntodigital.net y tubabel.com.

Es un libro alegre, de esos que reímos y recordamos, porque las palabras suscitan comunión y pasión: “Cualquier palabra se vuelve agresiva si la provocas. Cualquier palabra pesa bastante. La más humilde, virtual, simple o sencilla es geoméricamente visible, lacerante, explosiva” (p. 25). Las palabras unen o separan, dice Jorge Rothschuh, provocan alianzas o confrontaciones, contienen sabiduría o brutalidad, reclaman paternidad del universo, estimulan o pertur-

ban la bondad del espíritu, forman el rostro del malvado o del bienaventurado, testifican, entierran, desaparecen en sílabas, se desastillan en letras, explotan en partículas para volver a reconstruir el silencio. En su erudita disertación aparece primero la palabra *güevo* y sus sinónimos aguatecates, alforjas, bolas, cojones, compañeros, coyoles, semillones y verga. Pero el *güevo*, como decía Mayuco Macías, “no tiene parentela” (p. 39) y la hormona, lo sabían bien los románticos franceses, “mata neurona”. “Testículos”, nos recuerda Roths Schuh, da origen a “testigo”. El hombre afirmaba su palabra, su verdad, tomándose los coyoles. Y el *habemus Papam* venía precedido del toqueteo en los genitales masculinos. Pero al papa Francisco lo salvó su apellido de hombre mundano: Bergoglio.

Médico, poeta y sabio, Roths Schuh afirma con verdad científica que el coyol de agua engendra sólo hijas, el coyol de bola reproduce puros muchachitos, pero el coyolón hereda sin discriminar a una prole de todos los sexos. El *güevón* no sobrevive al mundo de las redes virtuales si acaso el *weon*, el *wüevon* o *wevon*. A *webo.com*. Y el que no es “*güevón* es capón. Verdadero nini: ni trabaja ni cumple sexualmente” (p. 52). Por eso el mexicano desgraciado compensa su ser “con gritar a todo el mundo que tiene muchos huevos” (p. 48). En Chiapa de Corzo que tienen mucha verga. “¿Cómo salimos profesor: en fila o al vergazo?”. Lo más cercano al *güevo* es el culo, de ahí que Jorge se detenga a celebrar esta palabra igualmente marginada de las conversaciones respetables, quizá porque está en un lugar que no vemos: “Por más que mires por arriba, por abajo, por la iz-

quierda o por la derecha, el culo siempre te queda atrás”, según el Filósofo de Güemes, también citado por el celebrador de las palabras.

Culo, culazo, enculado, culón, culona mantecosa, culatazo, culero, culopinto. Frases pueblerinas: “Culo pones, culo saco”, del as de la fotografía villaflorense. “Culo veo, culo quiero”, “¿qué tiene que ver el culo con las tóporas?”, “decía mi abuelita con mucha sabiduría: El que es pendejo ni de su culo goza” (p. 113). “Hay que mojarse el culo para comer pescado”. “Sana, sana, culo de rana, tres pedos hoy y tres para mañana”. Frases literarias: “Quede, pues, dicho, que esta aldea no sufre de peor maldad que la distancia, aquí es culo del mundo”, José Saramago (p. 108). “Pedro Lamebel es de los pocos que buscan la respetabilidad (esa respetabilidad por la que los escritores chilenos pierden el culo) si no la libertad”, Roberto Bolaño (p. 109). De Eduardo Galeano: “Susana Contreras, que así se llamaba la tía de Dámaso Murúa, tuvo en sus buenos tiempos el culo más incendiario de cuantos se hayan visto llamear en el pueblo de Esquinapa y en todas las comarcas del Golfo de California” (p. 11).

Las palabras, celebraciones del escriba, prologado por Sergio Ramírez, amigo del autor, es un libro gozosamente imprescindible que recoge la sabiduría en donde la haya y la cuenta sin remilgos, como lo debe hacer todo amante de las palabras “buenas” y “malas”.

Chiapas Paralelo

31 DE OCTUBRE DE 2014

LOS MAPACHES,
DE HÉCTOR CORTÉS MANDUJANO

Surgieron de la noche, de las fincas frailescanas casi todos; pelearon contra los invasores del norte y armaron su propia revolución, una revolución singular que limitó la presencia y la fuerza de los carrancistas en Chiapas. Sobre estos hombres, comandados por Tiburcio Fernández Ruiz, escribe Héctor Cortés Mandujano en un libro de bella edición, extraordinariamente narrado y ampliamente documentado que lleva por título *Mapaches: campos de maíz, campos de guerra* (CONECULTA, 2014). Paradójicamente, el iniciador del mapachismo no es Tiburcio, el joven estudiante de leyes y combatiente en las filas de Villa, sino Jesús Agustín Castro, también joven y militar, pero carrancista, que arriba a Chiapas al frente de la División 21 para gobernar esta entidad apartada de la Revolución que se vivía en el centro y norte del país.

La llegada de las tropas carrancistas trastoca la vida de los chiapanecos y más de la “familia chiapaneca” porque los militares del norte implantaron las costumbres de la Revolución con sus secuelas de robo, muerte y expolio de cualquier patrimonio. Los gobernadores anteriores, enviados desde el centro por Madero, Huerta y Carranza, no habían causado conmoción en la entidad, porque venían sólo como

administradores; pero Jesús Agustín Castro deseaba, a decir de Santiago Serrano, alterar la vida local y que los chiapanecos “experimentaran también los horrores de la guerra”.

Aparte de los problemas generados por las tropas carrancistas, otro elemento de agresión, en especial para la “familia chiapaneca”, fue la publicación de la Ley de Obreros o Ley de Liberación de Mozos, la cual estableció la cancelación de deudas de los mozos, el pago de salarios en metálico a los obreros, la desaparición de las tiendas de raya, el respeto a una jornada laboral máxima de diez horas y la prohibición de cualquier tipo de servidumbre. En respuesta, Tiburcio Fernández Ruiz, con la anuencia de Francisco Villa, organizó un batallón para luchar en contra de “los bárbaros del norte”. El 2 de diciembre, dos meses y medio después del arribo de la División 21, se firmó en la finca “Verapaz” de la Ribera de Canguí el acta con la que deciden levantarse en armas en contra del “odioso grupo armado que ha invadido el pueblo”.

Inician así los enfrentamientos constantes entre carrancistas y estos defensores de los intereses locales, a quienes por comer maíz crudo, son bautizados como “mapaches”, “mapachis” o “mapachada”. Un personaje de novela que rescata el autor de *Mapaches* es Santana Córdova, conocido como *Santa Hueso* —un hombre de ingrata memoria que inició sus tropelías con el asesinato del poeta José Emilio Grajales, autor del *Himno a Chiapas*—, y que desplegó después su crueldad con ciudadanos indefensos o prisioneros de guerra, incluso con su propio hijo a quien ahorcó por enrolarse en las filas mapaches. Héctor Cortés Mandujano narra el final de Santana Córdova —flaquísimo, todo huesos—: muerto a pe-

dradas después de pedir comida cuando huía hacia la Costa. El autor deja claro, por supuesto, que los rebeldes de Chiapas no procedían sólo de Villaflores y pueblos cercanos; pero que sí fueron los más tercos, protagónicos y los que marcaron el constante batallar de esos días de revuelta, resistencia y caos.

Mapaches: campos de maíz, campos de guerra es un libro que esclarece el capítulo de nuestra historia en donde los hombres se rebelaron en contra de una Revolución distante, ajena y agresiva. Cada generación llena de nuevos sentidos el pasado, descubre documentos, hace hallazgos, cuenta su propia historia y su propia memoria de los acontecimientos. Héctor Cortés Mandujano, a partir de un coro de voces, ordena, interpreta y presenta magistralmente a los personajes de esa urdimbre rara de centauros frailescanos involucrados en la guerra contra los norteros.

Chiapas Paralelo

20 DE FEBRERO DE 2015

TIBURCIO FERNÁNDEZ RUIZ,
POR VALENTE MOLINA

Tiburcio, el primogénito de Tomás Fernández y de Elodia Ruiz; el estudiante de Derecho, el fugaz combatiente en las filas de Villa y del Batallón Hijos de Tuxtla, el *mapachi* mayor, el gobernador “contrarrevolucionario”, el senador aplacado y el ranchero manso de sus últimos años, es retratado con verdadera elegancia y dominio de las herramientas del historiador y del escritor que posee Valente Molina. A través de una biografía cronológica —narrativa, como las escritas por Paco Ignacio Taibo II— en las que abundan los datos minuciosos rescatados de conversaciones y de fondos documentales que abarcan la Universidad de Tulane, el Archivo General de la Nación y la Hemeroteca Nacional, entre muchos acervos, el autor plasma la compleja vida de Tío Bucho, un personaje al que se había aplazado y se le debía un trabajo de este tipo.

Valente Molina logra con su investigación presentarnos los rasgos de un hombre terco, empecinado y rebelde; pero de escasas palabras, quien encabezó una lucha regional muy singular; como los muchos levantamientos que se suscitaron en el México revolucionario. El movimiento de los *mapaches* en Chiapas —de defensa de la “familia chia-

paneca”, de la “contrarrevolución” o del “levantamiento rebelde— no podría entenderse sin la participación de Tiburcio Fernández Ruiz. Fue el centro, el catalizador de un número importante de personas que se sintió agraviada por la incursión de carranclanes venidos del norte con la intención de traer la Revolución a un estado austral y fronterizo.

Antes de esos acontecimientos que catapultaran a Tío Bucho, conocemos a través de esta biografía los orígenes del jefe rebelde frailescano, su nacimiento en la finca “La Experiencia”, sus antecedentes sevillanos, su “parentada” villaflorense, sus años de estudiante en Chiapa de Corzo, San Cristóbal y el Distrito Federal, y como culmen, aquella famosa conversación con Villa para pedirle su anuencia para combatir en Chiapas y armarse con los rifles que pueda quitarle al enemigo. El *mapachi* mayor tiene entonces veintiseis años. Promulga el Acta de Canguí. Se rebela contra los carrancistas. Pelea. Reúne primero a un centenar de combatientes. Después a dos mil. Lo acechan. Logra triunfos. También sufre derrotas. Incursiona dos veces en Tuxtla. Es temido. Gasta cinco años de su vida en incordiar y en atacar a los gobiernos y al ejército enviado del centro.

La derrota de Carranza es su triunfo. El generalato alcanzado entre los *mapaches* se transmuta en general de división del Ejército Mexicano, y los años de lucha armada en capital político que lo lleva a la gubernatura y, después, a dos periodos seguidos como senador de la república. A los treinta y nueve, dice Valente Molina, regresa a la universidad para concluir la carrera de leyes que había dejado inconclusa para unirse a la División del Norte y formar después ese grupo de centauros chiapanecos, devoradores de maíz

crudo, que provenían casi todos de la frailesca o de fincas del centro de Chiapas. Con la licenciatura concluida, Tío Bucho decide instalarse en Tuxtla y alejarse de las actividades políticas. Lo suyo será, desde entonces hasta su muerte, el rancho: cultiva maíz, cría ganado, vende reses, quesos, leche y mantequilla lavada. Ida Langman, esa enamorada de Chiapas, cuenta que en su excursión a Cerro Brujo, en 1948, se hospedó en la casa grande del general, allá en Coita: “Para mí, el rancho era una nueva experiencia. Los animales menores del corral se paseaban libremente por todas las piezas de la casa. En el cuarto donde pasé la noche, dormía también una gallina en su nido. Durante la noche, arriba en el techo, caminaba algún animal que, a cada paso, desprendía pedacitos de tierra, que caían encima de mi cama. No supe qué animal sería pero me cubrí con la cobija y dormí bastante tranquila. En la mañana, me dijeron que se trataba de tlacuaches que dormían durante el día, y en la noche se despertaban para buscar alimento”.

Ya retirado, Tiburcio Fernández aparece de cuando en cuando en algún acto político y desfila, a veces, con su traje de general de división los días 16 de septiembre por las calles de San Cristóbal. Le da tiempo para enamorarse y procrear hijos, hijas. Sufre también las ausencias. La muerte de un hijo de veinticuatro años y de dos esposas. En 1950, después de una operación de vesícula muere a la edad de sesenta y dos años. Había nacido en 1887 y la Revolución lo había encontrado joven y dispuesto para estos combates. A su funeral acuden el gobernador Francisco Grajales y un

contingente importante de viejos *mapaches* montados en sus caballos. Centauros al fin.

Francisco Grajales era su viejo conocido, su amigo. Cuando mataron al padre del gobernador, Emilio Grajales, el poeta y autor del *Himno a Chiapas*, se cuenta que Tiburcio Fernández se acercó al huérfano para invitarlo a combatir con los *mapaches*: “Vamos a vengar la muerte de tu padre”, le dijo. El joven aquel, casi niño, se decidió por el camino de las armas hasta convertirse en general y después en gobernador. *Tiburcio Fernández Ruiz* (LEÓN DE LA ROSA EDITORES, 2014) es el mayor esfuerzo de investigación en torno a este hombre parco y terco, decisivo en su momento, olvidado después, y gracias al trabajo de Valente Molina podemos conocerlo y comprender sus acciones en una etapa fundamental en la historia de México y de Chiapas.

Chiapas Paralelo

26 DE FEBRERO DE 2015

SABINES, ENTRE *LOS CORRUPTORES*, DE ZEPEDA PATTERSON

En *Los corruptores*, el maravilloso y premiado *thriller* político de Jorge Zepeda Patterson (PREMIO PLANETA, 2014), aparece el mofletudo exgobernador de Chiapas, Juan Sabines Guerrero, rodeado de otros genios del enriquecimiento ilícito: senadores, secretarios de gobernación, expresidentes, líderes sindicales y comerciantes vividores del erario. En el ejercicio inútil, pero morboso y vengativo, de armar el *top ten* de los políticos más corruptos de este país, *los protagonistas* hablan del ladrón mayor de esta entidad, como de los que “salieron forrados” al concluir su etapa caciquil. El problema, dice uno de ellos, es que los exgobernadores están obligados a repartir de manera piramidal.

Así repartió Sabines, en cascada, para comprar a todo aquel que se quisiera vender: líderes campesinos y magisteriales, periodistas, dirigentes de partidos políticos y diputados; aunque estos no cuentan, porque siempre andan subastando su dedo. Ese reparto piramidal explica el saqueo impune que sufrió el erario local por 42 mil 200 millones de pesos, que bien repartidos, a cada familia que vive en Chiapas le habría tocado unos treinta y cinco mil pesos.

En *Los corruptores*, los políticos no dejan rastros en su acumulación de riquezas porque prefieren otorgar concesiones a sus amigos para quedarse con un buen porcentaje de las acciones. Sólo los brutos, dicen, defalcan treinta millones de dólares, “el riesgo y la exposición son inmensos”, y la cascada de compra de voluntades tiene que ser mayor. El verdadero negocio, aclaran los corruptores, está en las concesiones, esas que se otorgan por veinte años para manejar aeropuertos, casetas de cobro, espectaculares y contratación de servicio. Con eso, dice Patterson en boca de su personaje Lemus, “ordeñan fortunas a lo largo de varios años”.

Esto último tampoco lo descuidó Sabines: protegió a sus colaboradores y amigos con diversas concesiones a perpetuidad.

Chiapas Paralelo

4 DE MAYO DE 2015

MEMORIAS DE LA PENITENCIARÍA, O EL ASESINATO DE BELISARIO DOMÍNGUEZ

En los días aciagos del asesinato de Belisario Domínguez y la disolución del Congreso de la Unión, en octubre de 1913, el diputado sancristobalense Jesús Martínez Rojas, armó una crónica con sus vivencias, recortes de periódicos, diario de los debates del Senado, actas de las sesiones legislativas y transcripciones de diálogos con diversos protagonistas de la colonia chiapaneca de la ciudad de México. A través de un relato apresurado, por la presión del instante, se pueden revivir los momentos angustiosos provocados por la desaparición del senador y su posterior asesinato, así como la toma de postura, por la búsqueda de la verdad y la inseguridad o por el conformismo y la protección de Victoriano Huerta.

José Martínez Torres y Antonio Durán Ruiz, con el apoyo de Fabio Alexis de Ganges López, acaban de editar ese documento valioso escrito en 1913 con el título de *Memorias de la penitenciaría* (INAP, CHIAPAS Y AFÍNITA EDITORIAL, 2014). Para unos reaccionario, para otros liberal, en lo que no hay duda es que Jesús Martínez Rojas era un hombre valiente y de convicciones. Como diputado no votó por la admisión de las renuncias de Francisco I. Madero y de José María Pino Suárez.

Al conocer la desaparición de Belisario Domínguez interpeló al ministro de Gobernación sobre este hecho, y encabezó la comisión investigadora de la Cámara de Diputados para esclarecer el crimen contra el prócer comiteco. Por estos hechos fue encarcelado. A su salida de la penitenciaría se trasladó a Veracruz, debido a que no podía regresar a Chiapas por “la tiranía militar de Palafox”. El relato inicia con el famoso discurso que Belisario Domínguez pensaba pronunciar en el Senado en el que exigía la renuncia de Victoriano Huerta por ser “un soldado sanguinario y feroz, que asesina sin vacilación y escrúpulo a todo aquel que le sirva de obstáculo”. Martínez Rojas recupera hechos muy conocidos: la detención del senador en el Hotel Jardín, entre las once de la noche y una de la mañana, su asesinato en Coyoacán, la identificación del cráneo con un “casquillo de oro” en la dentadura, y los restos de ropa quemada en donde aún se conservaban las iniciales B. D.

El relato del diputado sancristobalense abunda en detalles menos conocidos: “Los sepultureros que cavaron la fosa en que descansaban los restos de la víctima, fueron pagados con el mismo dinero que el Senador Domínguez llevaba en uno de los bolsillos de su traje”. Transcribe, además, sus últimas palabras: “No, querido paisanito, no tengo miedo, pues al contrario, le debo un favor a este traidor [refiriéndose a Huerta], el que no me haya quitado la vida todavía”. Critica la actitud vergonzosa de otros diputados chiapanecos que no firmaron ningún documento para esclarecer el asesinato de Belisario Domínguez, como fue el caso de Rómulo Farrera, quien se ocultó y se marchó de

vacaciones a Estados Unidos o de Emilio Rabasa y Virgilio Figueroa (hermano del poeta Rodolfo) quienes no se manifestaron para no enfurecer a Huerta; de Querido Moheno, ministro de Relaciones Exteriores entonces, del que dice que era un “desagradecido” pues pese a deberle la diputación a Madero, lo traicionó e hizo lo mismo al pueblo de México al comunicar la disolución de la Cámara de Diputados.

En este festejo del Día Mundial de la Libertad de Prensa bien vale la pena revisar este documento que resalta la hombría del prócer comiteco en un escrito redactado apenas unos días después del 7 de octubre de 1913, fecha del asesinato del senador por Chiapas.

Chiapas Paralelo

11 DE MAYO DE 2015

A TODAS LAS QUE AMAN EL FÚTBOL

Elvira Hernández Carballido, recién electa presidenta de la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación (AMIC), reunió en *Las que aman el fútbol y otras que no tanto* (CREATIVA INDEPENDIENTE, 2014), diferentes miradas, análisis, pasiones y gustos de académicas por este deporte, calificado con dislate mayor por Ángel Fernández, como “el juego del hombre”. Es cierto que los hombres reciben los reflectores, que Messi y Ronaldo son conocidos aquí y en Timbuktú, que la Copa América acapara las pantallas, y que poco sabemos de la Copa Mundial Femenina de Fútbol que se desarrolla en Canadá y de las veinticuatro selecciones participantes. *Las que aman el futbol*, recorre, en voz de las veintisiete autoras reunidas por Elvira Hernández, su particular historia de encuentros y desencuentros con los balones, tacos, árbitros, porras, jugadores y jugadoras. El balón fue en un principio para las mujeres, según se desprende de la lectura de Hortensia Moreno, un advenedizo que agredía el cuerpo frágil de las niñas, hechas en la “cultura de la recámara” en oposición desconcertante con la “cultura de la

cancha” de los niños; pero después comenzaron a dominarlo con elegancia y maestría.

La FIFA —la corrupta FIFA, dirigida por hombres— empequeñece el fútbol de mujeres, lo caricaturiza y hasta lo ridiculiza, escribe la académica citada, y agrega: “La rama femenil de cada deporte es una versión encogida, atrofiada, del original masculino. Las canchas son más chicas, los balones no pesan igual, los rounds duran menos. A las mujeres se les inventan pruebas ínfimas —como la de metros de nado libre—, porque durante el largo siglo en que se instituyó el deporte y se les dejó integrarse al campo lenta pero reticentemente, la construcción del imaginario sobre el cuerpo femenino se llenó de mitos que se comprobaban a sí mismos”.

El hombre —parecen decirnos los dirigentes deportivos, las *playstations*, los xbox, los teléfonos y todos los *gadgets*— ha venido a este mundo a jugar. Juega con los balones, con los mandos a distancia, con las teclas de las computadoras y con los botones de los celulares. Juega hasta con el poder. La mujer, en cambio, ha sido espectadora perpetua o excluida por siglos de los estadios por su “impureza”.

Los griegos prohibían a las mujeres ingresar a sus justas deportivas. Se dice que después de que una madre se disfrazó de hombre para ver a su hijo jugar, se dispuso que todos debían asistir desnudos a las competencias. Por siglos fue así. La mujer estaba hecha para la delicadeza de la casa, para el piano, la declamación y el bordado, si había tenido la suerte de casarse con un hombre rico y provenir de una familia de buen linaje, de lo contrario, la esperaban las

labores ingratas y repetitivas de la sobrevivencia, hechas para las mujeres “rudadas”.

De pronto irrumpieron las mujeres en los campos de juego, tarde nos dicen las autoras, para apropiarse marginalmente del balón, pero no de la escena. Hoy en día, aunque pueden jugar prácticamente todos los deportes “varoniles”, sus partidos no registran entradas mayores en los estadios ni alcanzan altas cuotas de rating. ¿Alguien sabe el nombre de las tres futbolistas más importantes de este país? ¿Alguien ve por televisión un partido de fútbol protagonizado por mujeres? ¿Alguien conoce cuáles son las selecciones que están en los cuartos de final en el Mundial de Fútbol Femenil?

El fútbol tan denostado, tan criticado, tan comercializado, tan ensalzado, pocas veces ha sido estudiado desde la mirada de académicas, desde sus recuerdos, sus gustos y pasiones. Este libro magnífico lo hace y su lectura nos deja con el regusto de las anécdotas, pero también con la reflexión de la agenda pendiente en este deporte de las patadas.

Chiapas Paralelo

26 DE JUNIO DE 2015

TANGU YÚ,
DE LUIS ANTONIO VÁSQUEZ HENESTROSA

En *Tangu Yú* (PROFOCIE-UNACH, 2015) Antonio Henestrosa (Luis Antonio Vásquez Henestrosa) descubre su voz de poeta. Una voz sin fracturas, definida, como si hubiese escrito los versos de un tirón y no a lo largo de muchos y pacientes años. En *Tangu Yú* se canta a sí mismo, celebra encontrarse en este mundo y descubrirse hombre del pecado y para el pecado, hombre del dolor y del desamor. Arranca con la angustia gorostiziana por la vida, del ser expulsado del paraíso sin nada auestas, como no sean la desnudez y el llanto, y la esperanza del morral repleto de palabras. Antonio Henestrosa se sabe no sólo expulsado del paraíso bíblico, sino también de la casa paterna:

Mi madre parió siete hijos
Yo no figuro en la lista de los familiares y los vecinos.

Su niñez, “corriente que se arremansa junto al sauce”, la pasó con su abuela Na’Cata, la pariente de Andrés Henestrosa, el autor de *Los hombres que dispersó la danza*, y con ella aprendió a venerar el zapoteco, y el canto melancólico del *Tangu Yú*, del muñeco de barro:

Nací en enero
Con la primera luna del año
Con la primera llovizna dormitando
[en el patio de la casa.

No hay en *Tangu Yú* palabrotas para sentirse modernos. Apenas se escapa un ¡hija de puta!, melancólico. No le hace falta, ni siquiera por humor, vestirse con esos ropajes. Lo suyo es, en este libro, ese lamento quedo del ser destrozado y perdido en el ruido de este mundo. Sus influencias, más que visibles, son confesables: Vallejo y Joaquín Vázquez Aguilar, a quien dedicó su tesis de licenciatura. El poema “Casa”, remite, por la temática, al poeta de Cabeza de Toro, también de magresales y palabras salobres como el mar.

mi casa no tiene paredes
ni techo
ni piso de concreto sobre el que descanso en los días
[de verano
mi casa es la tribu que somos
la aldea.

Eso define a Luis Antonio Vásquez Henestrosa, su generosidad, su casa amplia, su libro abierto a todos los lectores que quieran asomarse a sus palabras de amigo y de poeta.

Chiapas Paralelo

18 DE NOVIEMBRE DE 2015

SOBRE LA TIERRA

Hace algunos años compré el libro *Soledad que viene* (CONECULTA, 2014), de Javier Espinosa Mandujano, más con la intención de juzgarlo que de disfrutarlo. Quedé encantado y, como me sucede cuando algo me gusta, escribí un pequeño texto para un periódico local. Hablé entonces de la frase cincelada, del trabajo largo y concienzudo del novelista Javier Espinosa Mandujano, de cómo había traído a mi memoria palabras ya olvidadas, como “arnero”, que no había vuelto a escuchar, y “majar maíz”, que era una actividad de final de año entre mis parientes.

El arnero, que era un marco de madera con malla de mecate grueso, permitía que mis tíos “majaran” las mazorcas con un palo sólido para así recoger en el fondo el maíz sin olote. Era un trabajo que requería fuerza y constancia. La llegada de las desgranadoras mecánicas jubiló al arnero, primero de las cosechas, y después de mi memoria. Desde entonces me hice amigo de don Javier y me convertí en un lector agradecido de sus obras, y hasta resulté presentador de sus libros. Anoche lo acompañé para dar la bienvenida a *Sobre la tierra* (CONECULTA CHIAPAS, 2016), su novela más reciente, en donde vuelve a colocar la palabra como personaje principal.

En Javier Espinosa Mandujano hay arraigo con la tierra, con los paisajes, y en especial con las palabras. Su estilo viene de esa tradición, larga pero ignorada, de la plática añejada en las plazas de los pueblos y en los corredores en “la fresca de la tarde”. Su voz recuerda el hablar alegre y, a veces ceremonioso, de los personajes de los pueblos de Chiapas. En su escritura no hay vacilaciones, violencias ni balbuceos, sino la certeza de lo sabido, vivido y de lo explorado. No hay inocencia pueblerina, sino el alma recreada de un pueblo, hecho en las desventuras y en los afanes cotidianos. Lo suyo no es realismo mágico, sino magia y realismo. No hay sacerdotes levitadores, sino hombres y mujeres que viven su vida sin mayores pretensiones que de construirse todos los días en habitantes de San Pedro Xiquipila.

Por ser la palabra la protagonista principal, las acciones son consecuencia de ese hilar coloquial y cotidiano. Por eso no esperemos en la obra clímax y desenlaces rebuscados, sino el gusto por disfrutar a alguien que sabe contar y recrear a un pueblo y a sus personajes. Los tiempos narrados son lejanos pero no ajenos. En el microcosmos de San Pedro Xiquipila están todos los hombres y todas las mujeres y hasta todos los chuchos y todos los desbarajustes y todas las alegrías de los pueblos de Chiapas. Es un universo al que alguna vez pertenecieron también los demás pueblos, los de hombres sabios, metiches, bolos y enamorados, y de las mujeres trabajadoras, chismosas, atrabancadas y mágicas.

Con su oído fino, don Javier recupera palabras que se han diluido en el tiempo. ¿Quién habla hoy de biznagas, borcelanas, laborear, embocadura de freno de caballo,

pumpas de chicha, zapoteprietos, nambimbos, horchata de pepita o de agua zarca? No se trata sólo de inventariar, sino de combinar esas palabras, para que den como resultado un trabajo poético como lo es *Sobre la tierra*. Recupera también nombres de los protagonistas del pueblo. Están los latinos y los del santoral; hombres que debían ser enemigos pero sus nombres viven en el mismo barrio, nombres de emperadores romanos se convierten en uno más del pueblo y, acaso, un soldado simple es un personaje de gran presencia en Xiquipila.

Todo se mueve alrededor de la tierra, sus lluvias, sus siembras y sus catástrofes, pero también alrededor de las mujeres. Sin ellas no hay marcha y no hay camino. Sin María Domitila, doña Porfirina, doña Águeda, Filiberta o sin Ceferina no habría historia. Pero tampoco sin Presciliano, *La Musha*, Nicéforo, el mecánico de relojes y de escopetas, Eustorgio Zárate, el rapsoda, Criseldo Colmenares, el yerbero, o sin Celerino López, *El Gallo*, por su oficio de ladrón de niñas viejas de 40 años. Atraviesa San Pedro Xiquipila una calle real, la arteria que la une al mundo, con don Chusito, el Coletto, quien año con año lleva al pueblo cajetas, confites, espejitos de colores, trompos, baleros y sabrosuras de conservas de Ciudad Real.

Es un pueblo conectado por los recuerdos, por la buena plática y los libros que aparecen de cuando en cuando. Hasta ahí llegan Dickens, Dumas, Rodó, Cervantes y Garcilaso de la Vega. *Sobre la tierra* es la celebración de la palabra de este *joven novelista*. Tomo esto prestado para este gran escritor que es Javier Espinosa Mandujano, de la obra

Confesiones de un joven novelista, de Umberto Eco, escrita a sus ochenta años, y aunque ya tenía muchos años de escribir, pues llevaba nada más algunos como novelista.

Chiapas Paralelo

28 DE ABRIL DE 2016

KAYUM MAPACHE,
DE LUIS ANTONIO RINCÓN GARCÍA

Con *Kayum mapache* (CELALI, 2010), que acabo de leer, recuperaré mi infancia divertida y mágica. Su autor, Luis Antonio Rincón García, está acostumbrado a perderse por esas avenidas del pasado y a traernos un montón de historias sorprendentes. No es extraño, por eso, que tenga tantos premios nacionales de creación, no de esos que se intercambian para el ego en la cofradía local.

La historia es sencilla, y hasta inocente dirán, es sobre la comunión de un niño y los mapaches que se proponen salvar a la Selva Lacandona. El problema de la literatura no son las historias, sino cómo se arma la mentira para hacernos creer que un lacandón es capaz de soliviantar a un ejército de mapaches ante la presencia destructora de madereros. Pero Luis Antonio Rincón García conoce bien su caja de herramientas y la aplica con éxito en una llamada de atención más para ese manchón de árboles y nicho de animales que sólo podrán sobrevivir si los protegemos.

Kayum mapache es de esas lecturas que deben hacerse en voz alta ante un grupo menudito de niños y mujeres con almas de niñas. No hay palabras rebuscadas, sólo

el reto directo y sencillo: “Los animales y las plantas nos dan alimento, medicina, sombra y refugio. Por eso debemos cuidarlos y nunca tomar más de lo que necesitamos. Podemos cazar para comer o para defendernos, pero no por diversión. Cuando vamos a cortar árboles, primero debemos pedirles perdón por el daño que les causaremos y luego explicarles que nos ayudarán a construir una canoa o a levantar las paredes y los techos de nuestra casa, y que no los cortaremos por el placer de destruir. Recuerda lo que dice Chan Kin viejo: “Fue Hachakium, dios de todos los dioses, quien creó el cielo y la selva, y todo tiene una misma raíz, por eso cada vez que cae un árbol, también cae una estrella” (p. 35).

Es Chambor, quien con estas palabras, instruye a su hijo Kayum sobre el respeto que se debe tener a todos los seres vivos de su casa, la selva, que vive bajo la amenaza de madereros, de nuevos pobladores y de turistas que, no contentos con gastar suelas en el asfalto, se disponen a vivir con emoción los retos de la Lacandonia.

No conozco personalmente a Luis Antonio Rincón García, pero me congratulo de que haya un creador como él en Chiapas, disciplinado y trabajador quien nos sorprende con nuevos trabajos. Hace algún tiempo leí de él un texto académico, el cual también llamó mucho mi atención, titulado *Comunicación y cultura en Zinacantán* (CONECULTA CHIAPAS, 2007), en donde estudió los procesos de comunicación en mujeres y jóvenes y en el ámbito político de esa comunidad.

En *Kayum mapache* hablan el mundo del lacandón y sus angustias, no sólo cotidianas, sino esas que deberían preocuparnos a todos: la preservación de la selva, porque debe ser cierto que cuando cae un árbol, cae una estrella.

Chiapas Paralelo

4 DE MAYO DE 2016

EL CUARTO PODER

En el mundo periodístico todo se puede: chantajes, mentiras, traspies... Así es como Richard Armstrong y Keith Townsend construyen sus imperios periodísticos, tienden sus tentáculos por Europa, Australia y Estados Unidos. Jeffrey Archer, escritor del best seller, retrata esta vez a dos empresarios de los medios de difusión, que sólo buscan el poder a cualquier precio, derribando en su frenética carrera, amores, amigos, confianzas y lealtades. La novela, *El cuarto poder* (GRIJALBO, 1996), inicia con una nota del autor: “En mayo de 1789, Luis XVI convocó en Versalles a una reunión plenaria de los Estados Generales. “El Primer Estado estaba compuesto por trescientos nobles. El Segundo Estado, por trescientos clérigos. El Tercer Estado, por seiscientos plebeyos o Estado llano. Unos años más tarde, tras la Revolución Francesa, Edmundo Burke levantó la mirada hacia la galería de la prensa de la Cámara de los Comunes y comentó: ‘Ahí se sienta el Cuarto Poder, y sus miembros son más importantes que los demás’” (p. 9).

Desde entonces, el periodismo honesto y profesional es sinónimo de la fuerza y la influencia que tiene en la sociedad y en el gobierno.

Pero Archer lo que desea en su libro es develar que ese cuarto poder se mueve más que por el profesionalismo

y la integridad, por el chantaje, la mentira y los golpes bajos. Los dos personajes principales de *El cuarto poder* son la ambición misma y el cinismo pleno. Lo que les interesa, más que servir con la información, es acrecentar poder, medios e influir. Lo hacen con crueldad si la información representa ventas y mayor presencia para sus periódicos. En esto no distinguen ni a sus amigos. Los dos magnates de la prensa de *El cuarto poder* funcionan con la misma lógica, aunque hayan tenido orígenes distintos. Armstrong provenía de judíos pobres, mientras que Townsend de una rancia familia inglesa, asentada en Australia, y con negocios periódicos en decadencia.

Cuando el padre de Townsend decide enseñarle los rudimentos del periodismo, lo comisiona al lado de un periodista de viejo cuño, Barry Evans, quien lo envía a cubrir noticias sobre juicios celebrados en las audiencias: delitos menores, robos, hurtos en las tiendas, casos de infidelidades. “Busca nombres que puedan ser reconocidos”, le decía su maestro; “mejor aún, aquellos que puedan ser relacionados con personas muy conocidas. Y, lo mejor de todo, nombres de personas que sean muy conocidas” (p. 221). Aunque se esforzaba por cumplir con las órdenes de trabajo, Keith se daba cuenta que sus notas habían sido recortadas sin piedad. “No quiero saber tus opiniones. Únicamente los hechos”, le decía Evans, quien se había formado en el tradicional periódico *Manchester Guardian*, y que no se cansaba de repetir las palabras de G. P. Scott: “Los comentarios son libres, pero los hechos son sagrados”.

Rebelde, Keith Towsend pensaba que si llegaba a heredar el periódico de su padre, jamás contrataría a alguien que hubiera trabajado para el *Manchester Guardian*. Para forjar su imperio tienen que recurrir al periodismo sensacionalista, al escarnio y la calumnia: “Cuando hay una noticia demasiado buena, para qué dedicarse a comprobarla”. *El cuarto poder* es una entretenida lectura que intenta mostrar cómo funcionan y qué valores posee la mayoría de empresas periodísticas, sean radiofónicas, televisivas o de prensa, de Europa, Estados Unidos, México o Tuxtla. Tal parece que en estos tiempos de modernidad, un mismo molde forma a las empresas de la comunicación que consideran que su negocio principal es vender.

Chiapas Paralelo

8 DE MARZO DE 2017

TODOS LOS HOMBRES DEL PRESIDENTE

Pese a su ya lejana publicación, *Todos los hombres del presidente* (ORIGEN PLANETA, 1974) no deja de ser un libro vivo, instructivo y que levanta suspicacias en quienes se dedican al trabajo informativo. A través de sus páginas, las figuras del periodismo, Carl Bernstein y Bob Woodward, muestran las técnicas que utilizaron para desentrañar las más absurdas formas de espionaje en la que estaba involucrado casi todo el personal de la Casa Blanca y que al final llevaría a la renuncia del presidente de los Estados Unidos, Richard Nixon.

Cuando ningún periodista sospechaba la avalancha que se precipitaba sobre la Casa Blanca, Woodward, a quien le había sido encomendado cubrir un robo simple perpetrado en la oficina del Partido Demócrata, realizó una labor verdadera e inquisitiva al abogado del caso.

Si los reporteros no hubiesen consultado otras fuentes sobre aquel robo llano, quizá nunca se habría conocido el escándalo del Watergate. Berstein y Woodward preguntaron a muchas personas, las trataban con respeto, las buscaban a todas horas y en todas partes, les pedían que colaboraran para poder armar el rompecabezas del famoso caso de espionaje. Aun cuando gran parte de la información que publicaron sobre el Watergate provenía de fuentes extraofi-

ciales, porque no deseaban aparecer en los periódicos, los dos reporteros aportaron una regla de oro en el periodismo: “salvo en el caso de que hubiera dos fuentes distintas que confirmasen una acusación relativa a una actividad que pudiera ser considerada criminal, esa sospecha específica no se publicaría en el periódico” (p. 132).

Bernstein y Woodward tuvieron la suerte de estar al lado del legendario director del *Washington Post*, Ben Bradlee, quien decía a los reporteros que “era mejor aplazar la publicación de una historia o, en caso necesario, retirarla en el último momento si existían dudas. No me importa que sea una frase, una palabra, un párrafo, todo el reportaje o incluso una serie de reportaje. En caso de duda, no publicarlo” (p. 133). Los periodistas tuvieron que superar pistas falsas, presiones y amenazas para desanudar los hilos que ataban al Watergate. Si hubiesen fracasado en su tarea, serían ejemplo hoy del periodismo amarillista que golpea sin bases, que calumnia y difama para vender. Afortunadamente no sucedió así, su labor informativa fortaleció más al periodismo crítico, y ellos son sinónimo, desde entonces, del buen quehacer informativo.

Chiapas Paralelo

18 DE ABRIL DE 2017

EL FACTOR PERSUASIVO EN LA COMUNICACIÓN AUDIOVISUAL

El éxito de una campaña publicitaria está en la capacidad de vincularse a las aspiraciones axiológicas de las personas, a sus deseos de seguridad, poder, justicia, libertad, salud o estabilidad económica. José Luis Hernández Olmedo, autor de *El factor persuasivo en la comunicación audiovisual* (EDITORIAL UOC, 2017), explora de forma muy creativa la relación existente entre la publicidad política y los deseos de los ciudadanos. Si el fin de la publicidad es convencer a las personas para que consuman tal o cual producto, a tal o cual candidato, la pregunta que se plantea es ¿cómo se hace? Aparte, por supuesto, del performance audiovisual, en la publicidad subyace un discurso fincado en valores que los políticos desean transmitir y prometer a sus electores.

Tanto la publicidad comercial como la política convergen en este punto: transmitir valores en sus mensajes publicitarios, a veces de forma explícita o implícita, y a veces de las dos a un tiempo. Los valores, al ser creencias y cualidades que nos permiten transitar la vida y darle sentido, son muy apetecibles, buscados y anhelados porque posibilitan la realización individual. Si alguien desea la felicidad —que es tan difusa, heterogénea y volátil— y cree que se la propor-

cionan unos zapatos de determinada marca, se las ingeniará para adquirirlos. Esos valores mueven al mundo, construyen mercados, dan sentido a la vida, ganan candidaturas, encarecen productos y tienden puentes que unen países y acercan a compañías a sus consumidores.

Esa relación entre productores y consumidores se teje con base en la persuasión, porque la mentira, si bien puede ser efectiva momentáneamente, a la larga resulta inútil y contraproducente. En esa búsqueda de mensajes efectivos los publicistas encontraron la piedra filosofal el deseo permanente de los consumidores por los valores. Eso es lo que analiza José Luis Hernández, con base en Shalom Schwarz, sobre los valores que transmiten la publicidad política: autodirección, estimulación, hedonismo, logro, poder, seguridad, conformidad, tradición, benevolencia y universalidad.

Estos valores se multiplican en otros más. Por ejemplo, el valor de *autodirección* contempla los de creatividad, libertad, elección de metas, curiosidad e independencia, mientras que el de *hedonismo* los de placer, disfrute de la vida y comprensión. Así, el de *logro* conlleva ambición, capacidad, éxito, influencia, inteligencia y reconocimiento social, y el de *seguridad*, armonía, estabilidad social, salud, moderación y sentido de pertenencia. Nadie está ajeno a deseos aspiracionales porque eso hace la vida más soportable: “La publicidad y la propaganda, mediante la persuasión, invitan al individuo a que se apropie de valores y formas de pensamiento generadas por las campañas políticas y publicitarias”. Por eso dice el autor de este libro, “los anuncios que vemos por la televisión no son imposiciones que obligan a consumir, son invita-

ciones que muestran a la audiencia la variedad de productos, servicios y partidos políticos que siempre proponen alternativas de elección” (p. 17).

Sucede, por supuesto, que los publicistas apunten hacia unos valores, pero que el consumidor, en esas lecturas arbitrarias y contrainsurgentes a las que tiene derecho, perciba valores contrarios a los que originalmente le plantearon. Los receptores efectúan lecturas diferentes de un mensaje; un solo producto de los medios puede satisfacer múltiples necesidades del público porque, al fin y al cabo, la audiencia hace lo que quiere con el mensaje. “Una misma palabra —afirma el teórico italiano Umberto Eco—, comprendida por todos en su significativo denotativo más difuso, puede connotar para unos una cosa y para los demás otra [...] mientras el emisor organiza el mensaje televisado sobre la base de un código propio, coincidente con la cultura dominante, los destinatarios lo llenan de significados aberrantes según sus particulares códigos naturales” (p. 72). Esto demuestra que el receptor estructura el mensaje de acuerdo a sus deseos axiológicos.

En el libro, formado por cuatro capítulos y doscientos veinte páginas imprescindibles, subyacen muchas horas de trabajo, de visualización de comerciales de las elecciones generales de España en 2008, 2011, 2015 y 2016, analizadas a detalle. Todo un reto que el autor logra superar, con un texto de claridad expositiva destacada.

Chiapas Paralelo

7 DE JUNIO DE 2017

EN BUSCA DE VOLPI

En busca de Klingsor (SEIX BARRA, 2022) es muestra de la mejor literatura mexicana actual, que tiene como característica el alejamiento de temáticas y escenarios locales para sumergirse en terrenos tradicionalmente ajenos: la Segunda Guerra Mundial, Alemania, Estados Unidos y el mundo científico. La estructura de la novela, tiene razón Susana Fortes, rememora *El nombre de la rosa*, pero también presenta recursos, como lo ha escrito Basilio Baltasar, de “deslumbrante sobriedad literaria en uno de los teatros de la condición humana —el perturbador dilema de lo incierto— y consume la esperada presencia de las ideas en la novela: ideas fuertes sobre el mundo, el hombre, el alma”.

Jorge Volpi (1968), autor de esta novela premiada con el Biblioteca Breve de Seix Barral, es miembro de la generación *crack*, a la que pertenecen también Ignacio Padilla, Ricardo Chávez, Eloy Urroz y Pedro Ángel Palou. La temática de estos escritores se encuentra fuera del localismo mexicano, de lo abordado por Fuentes, Laura Esquivel o Ángeles Mastretta. Al aferrarse a la literatura como única forma de vida, sin salpicar temas políticos o sociológicos, “La nuestra —confiesa Volpi—, es una generación cuya única influencia está en los libros: todos nos dedicamos únicamente a la lectura y la escritura”.

Para Guillermo Cabrera Infante esta novela es una muestra ejemplar del arte llamado *ciencia-fusión*, “Fusión de la ciencia con la historia, la política y la literatura para conformar eso que llamamos cultura. Esta es una novela alemana escrita en español. Jorge Volpi no falla nunca en la creación de los personajes —algunos históricos, otros de ficción— y todo está unido por la cohesión de ese elemento que es esencial al cine y a muchas novelas y dramas: el suspense”.

En busca de Klingsor no tiene antecedente en la literatura mexicana, su escenario primordial es la destruida Alemania nazi y las mil intrigas que se registran por la construcción de la bomba atómica. Einstein, Heisenberg, Schrödinger, Bohr son los personajes centrales y, por supuesto, Klingsor, el fantasma nazi que controló las investigaciones científicas del Tercer Reich.

Chiapas Paralelo

1 DE OCTUBRE DE 2017

LAS ILUSIONES PERDIDAS

Quizá tengan razón quienes afirman que a Honorato de Balzac habría que leerlo más como sociólogo de su época que como literato, y es que su vida de juerguista y sus prisas en la escritura lo llevaron a la redacción rápida y, a veces, desaliñada. Sin embargo, facturó obras maestras, como *Eugenia Grandet*, *Papá Goriot* y *La piel de zapa*. Ahora voy a ocuparme de *Las ilusiones perdidas* (PENGUIN CLÁSICOS, 2016), una obra más bien sociológica que retrata fielmente la actividad periodística del siglo pasado, con sus terribles vicios y su patente de corso para desbaratar reputaciones y vidas.

Aunque a los europeos y norteamericanos les parezcan tan distantes esos años de periodismo servil y filibustero, los chiapanecos sentimos que *Las ilusiones* es un dibujo a calca de nuestro periodismo. Revisemos: “Veremos primero los periódicos dirigidos por hombres honorables, escribe Balzac, caer más adelante bajo la dirección de los más mediocres, que tendrán la paciencia y la ruindad de goma elástica de la que carecen los genios verdaderos, o tenderos que tendrán dinero para comprar plumas. ¡Ya veremos esas cosas! Dentro de diez años, el primer pilluelo salido del

colegio se creará un hombre importante, se subirá a la columna de un periódico para abofetear a sus antecesores, les tirará de los pies para ocupar su puesto” (p. 462).

Más adelante, vuelve con una descripción de este oficio, en el que navegó gran parte de su existencia, “el periódico, en lugar de convertirse en sacerdocio, se ha convertido en un medio para los partidos, de medio ha pasado a ser un comercio y, como comercio, como todos los comercios, no tienen ni fe ni ley. Todo periódico es una tienda en la que se venden al público palabras del color que se pidan. Si existiera un periódico para los gibosos, probaría mañana y tarde la belleza, la bondad y la necesidad de los jorobados. Un periódico ya no está hecho para ilustrar, sino para halagar las opiniones. De este modo, dentro de algún tiempo, todos los periódicos serán ruines, hipócritas, infames, mentirosos, asesinos, matarán las ideas, los sistemas y los hombres, y perecerán por ese motivo. Tendrán el beneficio de todos los seres de razón, el mal será hecho sin que nadie sea culpable por ello [...] Napoleón ha dado la razón de este fenómeno moral o inmoral, como más os guste”. En una frase sublime que le han dictado sus estudios sobre la Convención, “los crímenes colectivos no comprometen a nadie”. El periódico se puede permitir la más atroz conducta y nadie se cree personalmente mancillado” (p. 460).

Casi al final de *Las ilusiones perdidas*, Balzac escribe una frase memorable, “si la prensa no se hubiese creado, sería preciso no inventarla, pero aquí vivimos en medio de ella” (p. 49). Sí, vivimos en medio de la prensa y, algunos de la prensa. ¿A quién le es más indispensable la prensa, a los

lectores o a los hacedores? Balzac decía que sin periódicos nuestra vida sería un poco más tranquila.

Chiapas Paralelo

15 DE OCTUBRE DE 2017

PAZ, O EL MUNDO NACE CUANDO DOS SE BESAN

Tiene razón Elena Poniatowska al ver en Octavio Paz un árbol frondoso y de raíces inmensas. Paz sigue siendo sombra buena para pensar en la vida, mirar el amor y escuchar bajito al “sauce de cristal”, al “chopo de agua”, al “alto surtidor que el viento arquea” y al “árbol bien plantado más danzante”. Paz es la voz y el destino sin tropiezos. Por eso, uno gustaría repetir la pregunta de Regis Debray, cuando fue recibido por el Nobel en la biblioteca de su departamento en la calle Guadalquivir, “Octavio, dígame el secreto. Usted es el único que no se ha equivocado”.

Lo que más se repitió en los homenajes que le prodigaron en México y en el mundo fue su coherencia moral y su visión profética. También su entusiasmo casi infantil por el conocimiento. Sobre esta pasión habló Enrique Krauze en una entrevista publicada en *El País*, el 19 de abril de 1999, “vivía en continua exaltación, como un león de gran melena y la fuente secreta de su combatividad fue la Revolución vuelta sobre sí misma y una imaginación abierta al mundo. Paz se enamoró de la idea de Revolución, pero su desencanto fue paulatino e irreversible, a diferencia de la mayoría de intelectuales”.

Calificado a veces de reaccionario y conservador, miope y catastrofista, Paz vivió para saber que no se había equivocado. Cuando cayó el Muro de Berlín, simplemente dijo que la historia le había dado la razón. Ya enfermo, con esa enfermedad que lo acabaría a los 82 años, ofreció una lúcida conferencia. No había envejecido, era el mismo apasionado de la palabra y de las ideas, quien cincuenta años antes, había participado en la resistencia española, debatido, defendido y finalmente se había desilusionado del socialismo. Años antes de que se desintegrara la URSS entrevistó el futuro, “pienso que el último estalinista no morirá en la Unión Soviética, sino en el aula de una universidad latinoamericana”.

Paz siempre estuvo en el debate, pero pocos estuvieron a su altura. Quizá el único que le brindó buenos *rounds*, no sin salir mal parado del combate, fue Monsiváis. Paz creía en la argumentación y en la crítica. Alguna vez escribió que el espíritu crítico “es la gran conquista de la edad moderna. Nuestra civilización se ha fundado precisamente sobre la noción de crítica, nada hay más sagrado o intocable para el pensamiento excepto la libertad de pensar. Un pensamiento que renuncia a la crítica, especialmente a la crítica de sí mismo, no es un pensamiento. Sin crítica, es decir, sin rigor y sin experimentación, no hay ciencia; sin ella tampoco hay arte ni literatura. En nuestro tiempo, creación y crítica son una y la misma cosa”.

Un domingo escuchó la despedida de su asistenta:

“—Me voy a misa, señor.

“—Felisa, de todos modos te vas a condenar”.

Ese era Octavio Paz, un hombre que hasta el final creyó en la razón de las personas y en su capacidad de encontrarle coherencia y sentido a la vida.

Chiapas Paralelo

21 DE OCTUBRE DE 2017.

VIAJES AL DESIERTO DE LA LACANDONIA

Después de leer *Viajes al Desierto de la Soledad* (MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, 2002), de Jan de Vos, queda la sensación de lo inevitablemente terrible: la desaparición de la Selva Lacandona. Por lo pronto, está herida de muerte. A través de testimonios de viajeros, aventureros, sacerdotes, antropólogos, periodistas, pobladores y madereros de diferentes épocas, el investigador belga presenta un collage de veinte miradas sobre la selva y sus habitantes.

El primer testimonio, de finales del siglo XVII, es de un cura que logra establecer contacto con los caribes, pertenecientes “a la última nación indígena libre de Chiapas”, la Lacandonia. Sorprendido por este hallazgo, el funcionario José Farrera escribe en 1793 un informe al gobernador, en el que señala que los caribes son “de ingenio agudo, semblante blanco, y regulares proporciones de estaturas. No viven en forma de población, sino en donde hacían sus milpas, sin más ajuar que una galerita a los cuatro vientos, sin cerco, unas hamacas por camas, unas ollas, piedras de moler y abundancia de flechas, que se ejercitan en su manejo desde su niñez”.

Lacandonia, Lacandona, Lacam-Tun, Piedra Grande, se transforma con los primeros monteros en el siglo XVIII en *Desierto de la Soledad*, un nombre bello para De Vos.

Con los aserraderos empieza el drama. En 1822 un capitán solicita autorización para cortar y comercializar maderas preciosas de la Selva. En 1880, hay tres importantes compañías —Bulnes Hermanos, Valenzuela e Hijos y Jamet y Sastré— las que derriban caobas y cedros; pero que, de acuerdo con De Vos, no dañan seriamente al bosque. La verdadera destrucción inicia en la década de 1950 cuando una oleada de invasores, amparados por el gobierno federal, practican la roza-tumba-quema para sembrar milpas caminantes por la Selva. Durante esos años, los pobladores son apenas un centenar. En 1971, se incrementan a tres mil 582; en 1976 llegan a setenta mil, y en 2010 a trescientos setenta y ocho mil. El problema, dice Sergio Mastretta, es que los ojos y los sueños de estos hombres y mujeres miran hacia la selva y hacia la milpa.

Los textos reunidos por De Vos en *Viajes al Desierto de la Soledad* fueron escritos por el explorador John Lloyd Stephens, el ingeniero Edwin Rockstroh, el escritor Pablo Montañez, el antropólogo Jacques Soustelle, el zoólogo Miguel Álvarez del Toro, la periodista Gertrude Duby y los aventureros Harry y Rebeca Little, entre otros. En estos escritos se percibe la admiración que despierta la selva entre los viajeros, pero quizá ninguno de ellos se compara a la pasión de Harry y Jan Little. Durante doce años esta pareja vivió a orillas del río Jataté, en donde cultivaron frutas y verduras, “se ha dicho —dejan constancia en artículo

periodístico— que la colonización de la selva tropical sólo tendría éxito si fuera llevada a cabo por refugiados políticos o por gente con mística religiosa. No pertenecemos a la primera categoría. ¿Cuál es entonces nuestra mística? Creemos en la vida familiar, vivida en el campo. Creemos en el reino de las plantas y de los árboles, otorgado al hombre para que él lo administre cultivándolo. Creemos en la vida en medio de la naturaleza, en el canto alegre de los pájaros, en el silencio espiritual de las profundidades selváticas, en los corales que los saraguatos cantan a la luna naciente”.

El idilio concluyó con la llegada de los pobladores de Marqués de Comillas. Decidieron entonces trasladarse al Amazonas, pero ahí contrajeron una misteriosa enfermedad que mató a Harry y a Rebecca. Ciega y casi sorda, la hija de esta pareja, Jan Little, regresa a California, en donde cuenta su vida a John Man, quien escribió el libro *The survival of Jan Little*. “No cabe duda, —afirma De Vos—, que la Selva Lacandona está herida de muerte. Podemos decir que su estado es crítico. Parece que una intervención quirúrgica ya es inevitable. ¿Todavía es posible salvar a la enferma? ¿Aguantaría una intervención drástica? ¿Quién se atreve a operarla? ¿No es demasiado tarde?”.

Han pasado más de treinta años desde que Jan de Vos se planteó estas preguntas y las respuestas siguen, como entonces, “*blowing in the wind*”.

Chiapas Paralelo

8 DE NOVIEMBRE DE 2017

CON EL AGUA HASTA LOS APAREJOS

Para conocer a Chiapas es necesario leer, ver, apreciar y valorar los trabajos que abordan nuestra compleja región. Graciela Alcalá Moya, en su libro *Con el agua hasta los aparejos, pescadores y pesquerías en El Soconusco* (CIESAS, 1999) aporta datos para comprender una actividad poco estudiada, pero vital en la entidad: los pescadores artesanales, esos hombres dedicados a la captura de camarón y pescados de escama, principalmente. “Identifico —dice la autora— al pescador artesanal como aquel que utiliza artes de pesca no automatizadas y embarcaciones de pequeño calado (cayucos, pangas, lanchas de fibra de vidrio), que captura en aguas ribereñas patrimoniales y cuyo volumen de captura se destina a la subsistencia y/o la venta en un mercado local, regional o nacional.

El pescador industrial, por el contrario, es el que trabaja en embarcaciones de mediano o gran calado “equipadas con tecnología pesquera y sistemas de orientación imprescindibles en mar abierto, y cuyo producto se destina mayoritariamente a la venta en un mercado más amplio (nacional y/o internacional”. Las diferencias se establecen más por cuestiones metodológicas y para comprender mejor el panorama de la pesca en Chiapas, porque en la práctica ambos tipos de pescadores conviven y padecen proble-

mas similares. En la pesca chiapaneca figuran por lo menos tres actores: los pescadores apatronados o cooperativistas, empresarios pesqueros, y funcionarios, que tratan “de poner en práctica los planes de desarrollo del sector emitidos por el Ejecutivo federal”.

Graciela Alcalá estudia a los tiburoneros de Puerto Madero con sus largas y peligrosas jornadas de más de veinticuatro horas. Aborda también una empresa de la que ya me había olvidado, pero a la que en su momento se dio una importante difusión: “Pescados de Chiapas”, la cual pretendía procesar y enlatar atún mexicano, pero que fue un fracaso porque el pescador chiapaneco desconoce el comportamiento de la especie y sólo la captura de forma accidental. La investigación registra la disputa existente entre el camaronero de aguas protegidas (manglares, lagunas costeras y desembocaduras de ríos) y el camaronero de alta mar. El primero captura el camarón cuando es joven y el segundo cuando es adulto y ha cumplido su etapa de reproducción. Ambos capturan la misma especie, pero en diferentes momentos del desarrollo del crustáceo y en ambientes distintos. De ahí que la lucha entre ambos sea hasta encarnizada. Estos pescadores suelen experimentar un odio feroz hacia los camaroneros de altura pues consideran que son ellos quienes acaban con el camarón al pescar cerca del litoral en embarcaciones medianas y mayores con enormes redes arrastreras durante la temporada en que se levanta la veda de la especie en alta mar. Al capturar el crustáceo masivamente con redes de arrastre los pescadores industriales impiden que éste regrese a re-

producirse y a crecer en las aguas de las lagunas costeras —escribe la autora.

Este libro es sumamente valioso e instructivo sobre Chiapas. En él descubrí, por ejemplo, la existencia en nuestro estado de las “pampas de agua dulce”, que son amplias y extensas planadas o zonas bajas de inundación “por agua salada que entra del mar, y por agua dulce que escurre desde riachuelos crecidos en épocas de lluvias. Es como una pampa, pero de agua. Los pescadores de pampas son generalmente de Huehuetán, Mazatán y Tapachula.

Graciela Alcalá no pasa por alto la presencia cotidiana de indocumentados centroamericanos en la actividad pesquera, que se refleja en una buena convivencia y solidaridad: “La gente de Guatemala y la de acá se parecen, hablamos el mismo idioma, tenemos las mismas costumbres, la misma sangre, somos el mismo pueblo... sólo nos separa el río”. A treinta años de su publicación, *Con el agua hasta los aparejos* sigue siendo un texto brillante, muy bien documentado y excelentemente escrito que se hace imprescindible para construir la memoria y el ajedrez social y económico de Chiapas. Ojalá lleguen nuevos trabajos que nos permitan conocer los derroteros que han seguido los pescadores en este escenario de globalización y ruda competencia transnacional de la pesca.

Chiapas Paralelo

21 DE NOVIEMBRE DE 2017

EL PODER SOBRENATURAL DE MARÍA ESTHER HERMITTE

María Esther Álvarez de Hermitte (1921-1990) debería ser más conocida en Chiapas. Su trabajo, *Poder sobrenatural y control social en un pueblo maya contemporáneo* (INSTITUTO INDIGENISTA INTERAMERICANO, 2004), es un acercamiento apasionado, deslumbrante y agradable a la población tseltal de Pinola, hoy Villa Las Rosas. La antropóloga argentina realizó durante veinticuatro meses su trabajo de campo en esa comunidad. Su primera estancia fue de julio a diciembre de 1959, y la segunda, de julio de 1960 a diciembre de 1961. Después organizó su material y presentó su tesis doctoral en 1964. En 1970, circuló la primera edición de su obra traducida al español.

Formada en la corriente estructural funcionalista, María Esther Hermitte se planteó como preguntas rectoras de su trabajo de investigación las siguientes: ¿cómo es que la sociedad indígena continuó ejerciendo su control sobre la comunidad teniendo en cuenta que sus representantes en el gobierno fueron dejados sin poder por los ladinos? ¿De qué manera se producían las órdenes en una jerarquía indígena civil y religiosa que se había movido a la esfera de lo sobrenatural a medida que los últimos miembros de la

jerarquía se morían? ¿Qué tipo de ideología daba a estos ancianos legitimidad durante sus vidas a pesar de su fracaso político? (p. 7).

En las ciento ochenta páginas de esta obra la autora se encarga de responder dichas interrogantes. Para ello vivió, se compenetró y comprendió al mundo tseltal de Pinola, a sus brujos, a sus enfermos, a las mujeres y a nahuales y chuleles. El poder sobrenatural, los sueños y el mundo casi insondable de la brujería permiten controlar a los indígenas de Pinola, cercados, ya en aquellos años, por el mundo ladino. Hermitte encuentra que ese poder sobrenatural que juega un papel fundamental en la comunidad, permite también la organización y cohesión de los habitantes.

Hermitte sabe que sus observaciones y conclusiones son válidas sólo para Pinola, y se cuida de dejarlas expresas: “no queremos decir que el papel del rayo en Pinola tenga que ser exactamente igual al de otros pueblos mayas. Los resultados del proceso de cambio cultural varían en muchos casos de una comunidad a otra. En nuestra opinión el Rayo aparece como un agente sobrenatural formidable en las publicaciones antropológicas, aunque los datos en la mayoría de los casos se reducen a unos párrafos” (p. 9).

Llegó a Chiapas apoyada por el Instituto Lingüístico de Verano, una organización que envió a un grupo de antropólogos a estudiar a comunidades indígenas del continente. Trabajó bajo la dirección de Norman Anthony McQuown, director del Proyecto de Estudios de Chiapas de la Universidad de Chicago. Radicó en San Cristóbal de Las Casas en donde asistía semanalmente a un seminario para discutir

sus resultados con otros antropólogos; pero la mayor parte del tiempo vivió en Pinola.

Los resultados de sus observaciones, en donde tiene un lugar prominente el nahual, merecieron el premio Roy D. Albert para su tesis de maestría, y el Bobbs Meryll Award para la de doctorado. Se esperaba que continuara su trabajo académico en Estados Unidos; pero decidió regresar a Argentina en donde siguió con sus tareas de antropóloga social. Los párrafos iniciales del capítulo dos de *Poder sobrenatural*, nos permite conocer el estilo de Hermitte: “En un principio no había sol. Los hombres eran diferentes a los tseltales de hoy. No había maíz. No se conocían todos los animales y algunos tenían formas diferentes a las que ahora tienen. Hace mucho, ni los brazos ni las piernas de los hombres tenían articulaciones. Trabajaban la piedra con los pies. Para descansar tenían que dejarse caer en la cama, ya que no podían doblarse. Pero un día el sol los miró, las piedras que estaban vivas hirvieron y todos esos hombres se murieron. No queda ya ninguno. Fue un santo el que cambió a los hombres dándoles articulaciones, para que pudieran caminar y trabajar como lo hacen ahora los pinoltecos (p. 41).

Su objetivo fue conocer la naturaleza del nahual. Escribe, “cada persona viva tiene su nahual. Sin él no se puede vivir, no tendría energía. Pero un solo nahual no es bastante para sobrevivir. Incluso los hombres y las mujeres que sólo tienen dos nahuales no son muy fuertes, ni muy listos. Tres nahuales constituyen el mínimo que debe tener una persona, y el máximo, trece. Las personas que poseen trece nahuales son las que tienen buen espíritu (p. 59).

A partir de ahí inicia la investigación sobre la importancia del nahual y las características que presenta en una comunidad maya de la década de 1960. El trabajo de Hermite debe ser conocido y disfrutado. Afortunadamente está disponible en línea (en <http://cas.ides.org.ar/files/2013/03/Poder-Sobrenatural-y-Control-Social.pdf>) para quien desee saber de Pinola en la década de 1960.

Chiapas Paralelo

28 DE NOVIEMBRE DE 2017

EL ROCK DE FIN DE SIGLO

El rock de fin de siglo (AGYS ALEVÍN, 2011), es el recorrido arqueológico de Juan Pablo Zebadúa Carbonell por sus gustos —y disgustos— en este género musical que lo atrapó desde niño, cuando sus hermanos Luis Ignacio y Miguel Ángel escuchaban bandas inglesas y gringas en su natal Tuxtla Gutiérrez (1967).

Aparte de ser fan, documentalista acucioso e investigador del rock, Juan Pablo es músico; en sus años de estudiante de Antropología en Jalapa, Veracruz, fue conocido por haber fundado con Homero Ávila Landa, Andrés Brizuela y Ariel García Martínez, el grupo El Poema Psicótico, que después fue bautizado como Los Hijos de la Lagartija, y al final, simplemente como Los Lagartijos. Juan Pablo está en contra del rock comercial, aquel pensado sólo para ser vendido, porque defiende que el sentido del rock es la rebeldía, lo contestatario, la renovación de propuesta ante el Estado, la familia y la Iglesia. El rock abrió otros abanicos y sensibilidades. Empujó a la tolerancia, a la visibilidad de los *outsiders*, a otras formas de vida y de pensares. Critica la descalificación fácil y el adjetivo visceral para los seguidores del rock como pústulas de la sociedad, personas peligrosas, consumidoras de drogas, destructoras y rebeldes sin causa. Es cierto que ser “rockero era

estar en pugna con todo, hasta con uno mismo. Era simular ser Dios y al mismo tiempo paria” (p. 67).

Registra el tránsito del rock, de ser patrimonio de los marginales comprometidos, a su apropiación por los clase-medieros y ricos, en una absorción donde se decafeinaron las letras y se perdió lo corrosivo que identificó al movimiento. El “Rock en tu Idioma”, ese eslogan creado por Televisa, llevó los acordes, cada vez más pops y más suaves, a otros públicos, que nada tenían de rebeldes ante el sistema. Eran hijos de papi y de mami, sin mayores tragedias que elegir entre Nike o Adidas, hamburguesa o hot dog. Hay evolución en los planteamientos de Juan Pablo, porque en esa evolución del rock en la conquista de otros públicos también se ganaron seguidores, gente contestataria hecha en la burguesía. Por supuesto que el rock se aplacó, porque tenía que seducir a otras audiencias, pero no todos comulgaron con el rock más comercial, más acá, más televisivo, más valemadrasta.

Este libro es un diario de pasiones. Juan Pablo escribe con entusiasmo acerca de varios grupos mexicanos, de Santa Sabina, El Juguete Rabioso, Splash, Los Espectros y El Personal. De El Tri —el otrora Three Soul in my Mind— le reconoce su aportación en la primera etapa, la del Álex Lora cabal, combativo y solidario, “la del rock más naco del mundo” (p. 78), pero no la de Álex Lora ajeno a las causas sociales, hijo de las televisoras, del PRI y del *merchandising*. Refiere también a Caifanes, que conquistó espacios, pero banalizó los contenidos, y los Café Tacuba, que se vestían de indito para decir que rock y mexicanidad podían hibridarse. “De pronto, dice, el rock en México adquirió fuerza nunca antes vista. De España, Los Hombres G, Duncan Dhu y La Unión. De Argentina, Ena-

nitos Verdes, Soda Estéreo y Miguel Mateos, hicieron que millares de chavitas nacionales se soltaran el pelo y dejaran de usar fondo bajo el vestido. Al mismo tiempo, todos eran ya los ‘grandes concedores del rock’ y nos criticaban diciéndonos que éramos unos ignorantes. Obviamente los mandamos mucho a la chingada” (p. 28).

Los otros grupos, venidos de fuera, están en su agenda. Aparecen Led Zeppelin, The Police, AC/DC, Ted Nugent, Grand Funk, Vangelis, Tangerine Dream, Pink Floyd, Nirvana, Black Sabbath y muchos más.

Juan Pablo ha apreciado todo, y nada le es ajeno del rock; *new wave*, *punk*, *heavy metal*, *pop*, *grunge*, *progresivo*, *industrial*, *post punk*... Ahora disfruta de otras propuestas musicales. Ya no es el estudiante de Antropología de la Veracruzana casado sólo con una corriente, pero en sus gustos impera el rock. Como crítico cultural, le importan los consumos, las propuestas y las estrategias de lo contracultural, que al final cede a las pasiones del capitalismo devorador, hasta convertir al rock en un producto de élite, sólo para privilegiados. “Los que sostuvieron el rock mexicano, le dice José Agustín en una entrevista, y los que han sostenido fundamentalmente este movimiento rocanrolero han sido los chavos más marginados, más pobres, más vilipendiados. Los más madreados” (p. 83).

Juan Pablo asiste a conciertos, descubre nuevos grupos, compone, toca la batería (por eso es un lagartijo), rastrea en la memoria histórica para encontrar Avándaro, y se desplaza a Abbey Road para mirar el cruce de cebras de la célebre foto de The Beatles, y se va a la Ciudad de México

para disfrutar de un concierto de Los Ramones, y sin saberlo queda en medio de un enfrentamiento, en donde recibe una pedrada. “En ese instante, justo cuando un fierro lanzado desde quién sabe dónde cayó cerca de mi hermano, me levantaron entre los dos, a horcajadas, como herido en Vietnam dirigiéndonos al helicóptero, me llevaron a la puerta del concierto a tratar de entrar lo más rápido posible. Yo, aullando de dolor, pensaba que mi rodilla estaba hecha pedazos; “pendejo, ya quedé inválido”, decía para mis adentros, mientras mis hermanos me atropellaban con mil preguntas sobre mi estado de salud” (p. 125).

Este libro, gozoso y entretenido como su autor, es una exploración arqueológica y una confesión de los gustos musicales del gran Juan Pablo Zebadúa Carbonell, mi amigo desde la preparatoria, mi amigo de siempre.

Chiapas Paralelo

2 DE AGOSTO DE 2018

CLAMAR EN EL VERDE DESIERTO

El tema de las mujeres manifiesta urgencia de estudio en el sureste de México, desde todas las perspectivas y disciplinas posibles. Este es uno de los propósitos de *Clamar en el verde desierto* (CIMSUR-UNAM, 2017), libro coordinado por Miguel Lisbona Guillén y Patricia de los Santos Chandomí.

Clamar en el verde desierto, aparte de ser un título atractivo, que mezcla la metáfora poética con la inquietud científica, es una propuesta de frontera interdisciplinar, en donde se entrecruzan aspectos de género, sociología, historia y comunicación. Reúne estudios sobre la participación de la mujer en la religión, la política, la vida cotidiana, la administración pública, el periodismo y la prostitución. El texto, construido con diez colaboraciones de investigadores de Chiapas, Tabasco, Campeche, Yucatán y la Ciudad de México, analiza también los celos patriarcales por la incorporación de la mujer a la vida pública y a las escuelas, “porque mujer que sabe latín, ni encuentra marido, ni tiene buen fin”.

La conversión al protestantismo colocó a la mujer en una situación diferente, adquiere mayor presencia; participa en la escena pública, salió de su casa en busca de nuevas conversas, estudia y se dedica a alfabetizar a niños y a sus compañeras. “La experiencia religiosa”, dice Carlos Garma (cita-

do por Karla Lizbeth Somosa), “ofrece nuevos sentimientos, nuevos significados, valores y modelos de comportamiento en un esfuerzo por alcanzar niveles de vida distintos”.

Hace más de un siglo, las mujeres de estas tierras empezaron a luchar por iguales derechos a los de los hombres, y para ello se valieron de periódicos y debatieron sus ideas en foros diversos. Es significativo que el Primer Congreso Feminista realizado en el país haya sido organizado en Mérida, Yucatán, en 1916, y que en Chiapas se haya fundado un periódico desde esa mirada, *Altruista*, de Fidelia Brindis, en 1919, de lo cual nos dan amplia cuenta Lisbona y De los Santos en el capítulo “Mujer y posrevolución en Chiapas”. Aquella histórica reunión, que congregó a más de setecientas mujeres, fue descalificada con furia por los hombres. “Y aseveraron que cuando las mujeres tengan voto, habrá una que llegue a ser gobernador y entonces los departamentos todos serán desempeñados por mujeres”, escribió con acritud un reportero de *La Voz de la Revolución*, el 26 de octubre de 1916. La sorna y la burla hoy siguen repitiéndose como hace más de cien años, y también las discusiones. Candelaria Ruz expone que la palabra *feminismo* no aparecía en los diccionarios, pero que ella la definía como la defensa de los derechos de la mujer y que, en ese sentido, los hombres pueden también ser feministas.

Las mujeres, en esos albores del siglo xx, a menudo emplearon los periódicos para difundir sus ideas. Esta participación trajo nuevas sensibilidades y otras preocupaciones en la agenda informativa. Además, en esta parte de México, como lo recuerdan los colaboradores del libro, fue electa

la primera mujer diputada: Elvia Carrillo Puerto, hermana de Felipe Carrillo Puerto, el gobernador de Yucatán trágicamente asesinado junto a tres de sus hermanos. Chiapas ocupa en este trazo histórico una posición de primera línea en la propuesta por otorgar el voto a la mujer. San Luis Potosí lo planteó en 1923, y el Congreso chiapaneco, dos años después. Esa propuesta no se concretó sino hasta 1955, en el gobierno de Adolfo Ruiz Cortines.

Clamar en el desierto es, en esa invitación por ampliar la bibliografía sobre la mujer en el sureste de México, una contribución fundamental en la lucha en zig zag por los derechos de la mujer.

FUIMOS LOS HÉROES QUE NADIE NUNCA QUISO

Fuimos los héroes que nadie nunca quiso (EDITORIAL HERENCIA MEXICANA-UNACH, 2018), de Luis Antonio Vásquez Henestrosa, es un viaje a la infancia, a la patria maravillosa de sorpresas y de magia. Más que la reivindicación de los días épicos, *Fuimos los héroes* es el canto por la vida sencilla, pero emocionada. Una infancia de estrecheces, de compartir la cama con otros tres hermanos, la experiencia de no cenar a diario, los balones hechos de trapo, los pantalones con remiendos y las camisas sin botones.

Una infancia que, para Luis Antonio Vásquez Henestrosa, inició a los tres años con las clases matutinas de su madre junto al fogón. Ahí, con una tiza negra de carbón, empezó a trazar palabras infinitas; primero en papel para envolver tortillas y en paredes encaladas, después en cuadernos escolares y ahora en libros, como éste de héroes anónimos de su infancia, que los encarnó él mismo y sus hermanos, salvadores de gatos y perros callejeros, y de algún niño expuesto a ser atropellado por caballos desbocados.

Para que los héroes existan debe haber espectadores valientes que propalen las hazañas; de lo contrario se pierden en el ignorado calor istmeño. *Fuimos los héroes que nadie nunca quiso* es testimonio de aquel niño que apren-

día poemas del *Declamador sin maestro*, libro que le regaló su profesora de segundo año de primaria, Marina Morales López, quien también lo alentó a plasmar sus experiencias en letras titubeantes en cuadernos de doble raya. En el último año de su educación primaria, el maestro César Matus López le mostró otro mundo de poetas y escritores violentos y atrevidos. Carlos Pellicer, José Gorostiza, Manuel José Othón, César Vallejo, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa y Julio Cortázar comenzaron a ser parte de sus lecturas cotidianas. No faltaron tampoco los tradicionales, los Nervo, los Santos Chocano, los Díaz Mirón.

Niño al fin, cuando estudió el CBTIS en Coatzacoalcos, con especialidad en Contabilidad, le entraba la desazón con los números y se volcaba a la escritura. Era su refugio, su País del Nunca Jamás. No variaron sus gustos, ni siquiera cuando estudiaba la licenciatura en Derecho en Oaxaca. Lo suyo no eran las leyes obtusas, sino pasar horas en la biblioteca para leer libros de historia, de poesía y de seres mitológicos. Descubrió que pertenecía al territorio de la literatura y planeó ingresar a los estudios de Filosofía y Letras que ofrecía la UNAM. Tenía una influencia decisiva para optar por este camino: su tío abuelo Andrés Henestrosa, autor de *Los hombres que dispersó la danza*, era miembro entonces de la Academia Mexicana de la Lengua.

Una enfermedad repentina lo regresó de la Ciudad de México a Oaxaca, y ahí se enroló con un grupo de soñadores que apoyaban a comunidades indígenas, dispuestos a meterse en la avalancha zapatista. En San Cristóbal descubrió que insertarse en las filas rebeldes era muy compli-

cado. Viajó a Tuxtla, conoció la ciudad y una convocatoria para estudiar Ciencias de la Comunicación. Decidió presentar examen de ingreso, aunque sin muchas esperanzas de aprobar, porque el examen incluía muchos datos de la historia de Chiapas. No obstante sus titubeos, fue aceptado en la Universidad, antes de que resolviera cómo obtener el dinero para su ingreso. Ricardo Vera, un hombre generoso quien por muchos años estuvo a cargo de la Biblioteca de la Facultad de Humanidades, se enteró de sus penurias e intercedió para que le concedieran un mes más para liquidar su matrícula de inscripción. Al mes exacto cubrió la cuota, pero no sus necesidades, porque si bien sus hermanos se habían comprometido a apoyarlo, no siempre podían enviarle dinero. Para sobrevivir se ocupó en todos los trabajos posibles, como afanador, lavacoches, cargador, pintor de brocha gorda, jardinero y hasta vendedor de hamburguesas en un carrito puesto en la calle.

En Humanidades se apasionó de nueva cuenta por la escritura y la lectura de poetas enormes. Se interesó por Rosario Castellanos, Jaime Sabines y por Joaquín Vázquez Aguilar, con quien lo une el magresal y las palabras agitadas como el mar. Participó en un taller de poesía. Se disciplinó. Escribió, ya no con tiza de carbón de lumbre en las paredes del fogón, pero sí con la misma pasión. Ahora Luis Antonio, con la misma alegría de los días de la infancia, escribe y arma sus libros. Los diseña al son de su corazón de niño libre, travieso, fresco y heroico como el mar. Sigue siendo niño, un niño que canta el pasado, niño que se acompaña de otros niños; voz de niño, poderosa y diáfana; voz de niño transpa-

rente, a ratos triste, como niño, a ratos alegre, como todos los habitantes de la infancia.

No es una voz adulta adusta. Es, por el contrario, una voz de magresal recién amanecida, de salitre renovado, que canta lo más sagrado, la casa, el fogón, la madre, los hermanos, las hijas, el abuelo, sus héroes de verdad.

Chiapas Paralelo

24 DE ABRIL DE 2019

ANTIQUIMERA

La muerte, el vacío pestilente, la espesa negrura del sin-sentido, la sensación de no ser más que andrajos, vísceras perforadas, bilis derramada, sangre negruzca y engusana-da. *Antiquimera* (UNACH, 2018) de Derly Recinos de León es eso, pero es también el tránsito final de la conciencia, los últimos pensamientos, las sensaciones finales antes de de-rretirse en sombra opaca, en nada. Con sus nueve veladas, *Antiquimera* es el novenario de los muertos, es un poema largo sin porosidades, de unidad sin fracturas, que exhala los reclamos postreros, la amargura de saberse cosa inútil, pedazo de piel en la disolución total. No es una persona que habla en este poema de unidad sorprendente, es el quejido anónimo de la vaciedad final de la vida.

En el primer novenario, la primera velada del cuerpo y la piel ennegrecida, lo que sorprende es la voz de “cruji-do enfermo”, “hinchado de gérmenes”, que quiere contar su historia, no obstante que sus manos, “porosas, no sos-tienen la caricia” y “no pueden contar otras manos” para anidar un abrazo. Ese cuerpo, que poco tiene de corpóreo, palpa, en la segunda velada, que su carne se contrae, que se

achica en medio de la soledad, en el anonimato más terrible, sin testigos, “acaso las moscas”, pero ni siquiera ellas, quieran alimentarse de la sarna inoportuna y abundante.

Si la segunda velada está dedicada a la carne, putrefacta y contraída, pasto de parásitos, en la tercera velada están los huesos, la columna vertebral, los húmeros, “el laberinto fósil”, el “esqueleto pesado de estacas calcificadas”. Los jugos de la carne fétida, la grasa, el néctar, “el licor repugnante”, en fin, el veneno, llenan la cuarta velada, y la quinta, es la destrucción, la autodestrucción, los gusanos que absorben tuétanos, las moscas que revolotean, y la autofagia de rasgarse las propias entrañas. El despojo, pese a su insignificancia total y a su abandono y repelencia a las moscas, en la sexta velada, es capaz de incendiar árboles y de acabar con bosques; pero de eso nadie se entera, es silencio envolvente. Se duele y se ríe de sus despojos. Pero en la séptima velada sabe que es incapaz de acabar siquiera en la sombra, que su único destino es el polvo infértil. La octava velada es la más luminosa; ahí asoma el guiño que todo rescata del olvido, el amor, el amar, “como debe ser, mal, sin tregua”.

Esa poción de vida,
ese dejo débil
imperdonable en los monstruos
sacudió mi cuerpo
y ya nada, nada me salvó:
enfermé de mi propia muerte.

La novena velada es de la derrota definitiva, del despojo putrefacto, que pierde su carne, que pierde sus huesos y sus humores, que no es nada más que polvo, pero no un polvo enamorado, sino silenciado, pétreo, incapaz de alentar vida. *Antiquimera* es, repito, un poema de una unidad sin porosidades, sólido, con algunos deslices remediables, como “chirria” y “para esta carne/mi carne”. Es, además, una obra rara en la literatura chiapaneca. Nadie ha escrito con tanta fuerza, con tanta pesadumbre el tema eterno de la nada.

Otros poemas graves, aunque refieren la temática de la nada más allá de la muerte, romperían la unidad de *Antiquimera*, por eso fue buen tino agregarlos como un *bonus track* y, por supuesto, con aciertos formidables, como “Derrumbe”, un poema para ser enmarcado.

Caí,
se derrumbó mi brazo,
mis pies tropezaron,
mi cabello,
mi edad cayó.
El horizonte de mi mirada
se vino abajo,
se dobló hasta el suelo mi voz
y no se dio cuenta de su derrumbe.
Con la voz se desplomó mi palabra,
y aunque intento levantarla,
aunque intento levantarme,
la conmoción de la caída me hizo polvo.

Hay que agradecer a Derly Recinos por estos poemas que van más allá de la muerte, y que aúllan violencia y rebeldía.

Chiapas Paralelo
12 de junio de 2019

LA VIDA RIAL DE MARCO ANTONIO BESARES ESCOBAR

Mi vida rial en las palabras (RIAL EDICIONES, 2019) es un viaje por las muchas vidas de Marco Antonio Besares Escobar, por sus vuelos de pájaro infantil en Tuxtla Chico, por su regreso a Villaflores y el descubrimiento embelesado y gustoso de la vida cotidiana de la Frailesca, por sus años de doble estudiante de licenciatura en San Cristóbal, y por su quehacer como versificador y ensayista, en donde pierde la compostura risueña para enfocarse con ánimo serio a los vericuetos del pensamiento profundo. El texto compendia el registro notarial, picaresco y alegre del impulsor principal de la Rial Academia de la Lengua Fraileskana, referente cultural en Nambiyugú y más allá de las fronteras invisibles del Chiapas jacarandoso.

En *Mi vida rial* vamos a encontrar una retajila de personajes deslumbrantes. Vamos a saludar a don Tércilo, centenario, y como tal, próximo candidato al panteón municipal, que no quiere que lleven su cadáver en carroza, porque el carro lo marea y vomita. También podemos dar la mano a Crescencio Torija, quien para su entierro ha escogido un estuche sonoro de hormiguillo pa' que pueda interpretar bien *Las golondrinas*. Ai lo ven, cajón de hormiguillo para

que nos vayamos de este mundo escuchando *Xelajú*, aunque sea canción guatemalteca, que el buen gusto todo lo expropia, o *El triste*, del encaminador de bolos, muy festejado por su cuerpo extraviado y su sepelio infinito.

Don Crescencio era un hábil expropiador de frases ajenas; de José Moscoso, poeta desmadroso de la Frailesca, repetía unos versos que se hicieron célebres entre la mapachada allá por la década de 1920.

Morir es punto penoso,
y no morir es mejor,
porque ha de ser doloroso
morir y dejar su amor
en brazos de otro baboso
y de ribete hablador.

En mi libro *Santiago Serrano* escribo de José Moscoso, quien para no sufrir por la provisión de alcoholes inventó su propio elíxir al que puso por nombre *Drake*. En una ocasión, cuando a Chanti, todo crudo, después de una noche de copiteos, atravesaba la cañada de Villaflores con rumbo a Suchiapa, se le aparejó José Moscoso, quien le ofreció una garrafa de trago, le dijo que era vino que él mismo había inventado, que no dejaba cruda, y que a los poetas los hacía más sentimentales. José Moscoso, aparte de poeta era cantante, y por esos rumbos antes solitarios de La Palma, frontera invisible de Suchiapa con Villaflores, se puso a cantar los siguientes versos alusivos al vino olvidado.

Este es un tónico extra
el que te voy a obsequiar.
Procura el codo empinar,
por supuesto, el de la diestra.
Que el gañote no te atraque
al libar este licor,
pues su excelente sabor
no te ha de saber a draque.

Don Crescencio recogía frases de aquí y de allá, y las adoptaba y repetía con gran gusto. “No hay sinvergüenza que no sea desconfiado” decía, y decía bien. En este libro, festivo como su autor, nos topamos con Tomás el descoyolado, quien para no estropear su pantalón nuevo que le apretaba, decidió arrancarse las partes nobles que, según él, le estorbaban. Con esta “operación capativa, de hacerlo vos mismo”, se convirtió en el chiclanazo más célebre y célibe de la Frailesca. Vamos a encontrarnos también, con tío Memo, quien después de que se voló el dedo en un accidente con el cigüeñal de su carro, para que nadie se le adelantara en la *maldá*, decidió rebautizarse como tío Momo, en lugar de tío Memo.

En la escritura notarial chispeante, que es *Mi vida rial en las palabras*, Marco Antonio Besares Escobar da fe de su padre, Guillermo Besares Camacho, marimbista, sastre, recaudador de hacienda, bohemio y componecarro —tanto no que “no le ve ía gracia” comprarse uno nuevo, porque no se descomponían, y así no le levantaban el ánimo—. En los últimos años de su vida sucumbió a la mercadotecnia y se

compró un carrote negro solemne de ocho cilindros; era un carrazo bestial, capaz de transportar a toda la Rial con butaque numerado. Su madre, doña Gloria Escobar Torija, a sus 93 años, es la fedataria mayor de este monumental e imprescindible libro de los admiradores del mágico Nambiyugá.

Vamos a saludar a Baldemar Ortega, reconocido empresario del caite de suela de llanta, quien fabricó unos zapatos “primorosos” para los complicados pies de Shalom, que con aquellos magníficos pares, dignos de una exposición, fue capaz de caminar casi derecho y aventarse los mejores sonidos surgidos de la marimba del maestro Humberto Moreno Penagos.

—¡Qué bien bailás, vos Shalom!, ¿quién lo iba decí, así como estás, no? —le dijo una muchacha.

A lo que Shalom, contestó:

—Sí pué y cojo.

De nuevo la muchacha lo interrumpió:

—En serio te lo digo, qué bien te movés.

Y este le volvió a contestá:

—Y así cojo.

A lo que ella toda azariada le dijo:

—Yo también, pero no lo digás tan fuerte por donde está tía Moncha, se pueden enterá (p. 37).

En este libro maravilloso, con diseño agradable y atractivo de mi amigo Edgar Lara Morales, nos vamos a encontrar con gringos angustiados y enamorados, con chuchos pastores ejidales, con poemas enamorados del bolopoeta, que a

diferencia de su registro notarial, son desgarradores, surgidos quizá de una noche de desvelos y de cruda, después de haber olido —que no bebido—, los mejores tequilas y la mejor taberna de los alrededores, porque para embriagarse le bastan al bolopoeta las palabras de su tierra, vecina de Macondo y sus mariposas amarillas.

Todo esto pasa por el libro notarial más sorprendente de Chiapas, cuyo autor es este escritor somético, de capacidad *oyética* mayúscula, versificador sensible, bolopoeta genial, apapachador y abrillantador de amigos, funcionario sobresaliente y estupendo organizador de ferias de libros sin butaque numerado. Marco Antonio Besares es el arquetipo del encaminador de almas por lo nuestro, por lo propio, ante el apabullante e incierto mundo globalizado. Nos muestra, desde hace muchos años, los asideros para encontrarle sentido a la vida: “ser local y ser universal”, nos receta, y a su aderezo le agrega cucharadas de especias de alegría, porque el humor es la demostración de contentura en este paso por el mundo picaresco y *surrealista* que se presenta a diario, si queremos *riamente* descubrirlo.

Chiapas Paralelo

13 DE OCTUBRE DE 2019

“LA PERSEVERANCIA”, EL PUEBLO QUE QUEDÓ BAJO EL AGUA

Hay dos protagonistas en *La Perseverancia* (EDICIONES ATENEON DE CIENCIAS Y ARTES DE CHIAPAS, 2019), la más reciente y magnífica novela de Alfredo Palacios Espinosa: el pueblo y el río. El pueblo no es nada sin las aventuras y desventuras de los habitantes, y el Río Grande, domado con diques y esclusas por la construcción de la presa hidroeléctrica La Angostura, es apenas agua sin la vida del pueblo. La novela es coral. No es sólo el narrador omnisciente y omnipotente que cuenta, los protagonistas también relatan sus historias. El pueblo no habla, ese recurso lo agotó con astucia Elena Garro en *Recuerdos del porvenir*. Por eso el autor se apoya en el discurrir de los habitantes y de la memoria de un perro, viejo, triste y abandonado, para cerrar la novela.

El arco del tiempo es amplio: desde el nacimiento de “La Perseverancia” en la década de 1930, hasta finales de la de 1970. Los primeros veintisiete pobladores partieron de La Concordia en busca de un pedazo de tierra en donde cultivar maíz y en donde asentarse con la familia. Entre ellos marcha Adelaido, el abuelo exrevolucionario, originario de Jalisco, remolcado a Chiapas por la Brigada 21, al mando del general Jesús Agustín Castro. La conquista de la tierra es complica-

da, los rancheros se resisten a tener como vecinos a ejidatarios, y contra ellos lanzan sus ataques: toros cerreros que destruyen sus chozas, matones que acechan y traspiés que surgen en las oficinas de gobierno para que no les entreguen terrenos nacionales. Deben luchar con muchos flancos: la insidia, la furia de los hacendados y la naturaleza apocada.

Rozan árboles. Amansan la tierra con arados trompa de cochi, sacan buenas cosechas, multiplican vacas y caballos, chuchos y nuevos pobladores. Algunos se especializan en carpintería; otros en talabartería y herrería. Herón se convierte en tejero, y de viejo, enamorado con suerte que conquista a la muchacha más deseada del pueblo. El día de la boda es incapaz de revivir su miembro muerto. “Nunca pensó, enjuicia el narrador, que todo por servir se acaba y que a todo cerdo le llega su madrugada”. Los refranes salpican el libro. Es la sabiduría de “La Perseverancia”: “Lo que los padres hacen riendo, los hijos lo pagan llorando” o ¡andando y orinando pa’ no hacer hoyitos!. Hay palabras recuperadas por la memoria prodigiosa de Alfredo Palacios. Hay bajaderos de ganado, tecomates llenos de aguardiente, niños almuerjeros, camillas de cañamaíz y pituti, casas con caedizos, hombres tempraneros en el trabajo, fuereños violentos, muchachitos giritos y envalentonados, abundan los nances, las chincuyas, los caulotes y los totomoxtles.

Hay personajes heroicos, como la maestra rural que alfabetiza al pueblo, menos a uno, rebelde y huraño; la mujer, Raymunda, que visibiliza el machismo asfixiante y defiende con coraje su hectárea cerril; el hombre enamorado, Argenis, que protege con su vida la dignidad de su enamo-

rada; los evangélicos que confían en la Constitución y construyen iglesias, aunque sean descuartizados; la cuxculeadora de rastros, Braulia, y Cuca, la iniciadora de los jóvenes primerizos en los secretos arrebatados del amor, si es que antes no habían experimentado con burras, una práctica harto frecuente, dicen, en aquellos tiempos remotos y rurales. Hay tragedias: del muchacho que muere por salvar del remolino del río a su hermano pequeño; “el abrazo del ahogado mata”, le previenen, pero él no escucha; de mujeres, viudas, solteras o casadas con fuereños, que no tienen derecho a poseer una parte de tierra; de jóvenes, con alguna discapacidad, que son víctimas de las lenguas buleadoras; de cocodrilos devoradores de niñas y de becerros; de guatemaltecos asesinados en su huida a ninguna parte; hay “ánimos chingativos” de hijos de hacendados, acostumbrados a mandar más allá de la casa grande.

Pocos habrán visto desaparecer el pueblo en donde crecieron; eso sólo ocurre por ciclones, desbordamiento de ríos, terremotos o despertares furiosos de volcanes, como fue el caso de Francisco León, enterrado por el volcán El Chichón. Esas son protestas de la naturaleza, pero en “La Perseverancia” es el proyecto artificial de domesticar el río. Alfredo Palacios es un escritor que sabe contar con emoción, que conoce los secretos de unir historias para dejarnos con los párpados abiertos. La Perseverancia es una novela que nos absorbe como una buena serie y que tiene el agregado de abordar un tema que nos resulta cercano, aunque desconocido, como es la construcción de una presa hidroeléctrica.

Con *Laco Zepeda* palpamos el lado noble del humor, cuando una ballena encalla frente al pueblo y la pestilencia de su cuerpo, pesado y muerto, imposibilita a los habitantes devolverlo al mar. “Si no podemos sacar la ballena del pueblo, pues saquemos al pueblo de la ballena”, dice el abuelo. “Y entonces nos venimos a hacer el pueblo a esta Caleta de San Simón”. Algo así sucedió con “La Providencia”, aquel pueblo que fue racimos de historias que debía desaparecer. Así lo señala un enviado del gobierno en noviembre del año 1962. Sus pobladores migraron entonces para Estados Unidos, otros se fueron a la Lacandonia y los que permanecieron fueron reubicados en pedregales, adquirieron lanchas y se convirtieron en pescadores.

Para disfrutar esta apasionante novela se antoja de una buena botella de taberna o una jarra de café, y de fondo escuchar *Adiós Concordia querida*, del maestro Cliserio Molina, el marimbero ambulante de Chiapas.

Chiapas Paralelo

22 DE OCTUBRE DE 2019

LOS ENEMIGOS DE DIOS

Allá por octubre de 1911 se enfrentaron las élites más representativas de Chiapas, la asentada en Tuxtla Gutiérrez, más liberal y masona, y la de San Cristóbal, más conservadora y católica. Entre otros enrevesados propósitos, la disputa fue por la sede de los poderes políticos locales. Sobre este acontecimiento singular, confuso, cruel y oscuro trata *Los enemigos de Dios*, una tragedia oculta por dos ciudades (UNICH, 2019), la obra literaria más reciente de Alfredo Palacios Espinosa.

Una virtud del texto, y que es una característica en la extensa producción del escritor originario de “La Providencia”, municipio de La Concordia, es su capacidad fascinadora. Alfredo Palacios sabe que su labor como escritor es llenar los vacíos dejados por los historiadores, crear hipótesis y otras lecturas sobre el pasado. El fin de los historiadores es contar “la historia verdadera”, el “así fue”, pero en esa ruta hay también intereses, miradas de soslayo e imaginación. Al escribir de esas zonas de claroscuros, propone, “es posible que así haya sido”. Nos convence, nos lleva a las intrigas eclesiásticas, a los quereres prohibidos y amorosos en las iglesias, y al refocile de curas y superiores.

El novelista, a diferencia del historiador, puede mezclar libremente personajes y escenas; pero Alfredo Palacios

decide apegarse a la realidad, a personas de las que se ha probado su existencia. Al final, más que con los coletos o con los tuxtlecos, con quienes simpatizamos y nos solidarizamos, son con los pueblos zoques, tsotsiles, tseltales, con Jacinto Pérez Ch'ixtoj, "Pajarito", quien pierde a su familia y, después, la vida. En este enfrentamiento, parece decirnos Alfredo Palacios, los perdedores fueron los de siempre, los ignorados, los más pobres, los más golpeados. Los líderes coletos del movimiento, que deberían haber sido los derrotados, posicionaron sus demandas, y si bien no lograron el propósito del retorno de poderes a San Cristóbal, conservaron las prebendas.

El autor de *El heredero del miedo* no es sólo un gran contador de historias, y el más grande del "así pudo ser" de nuestra memoria chiapaneca, sino un provocador de relojería. En el "así pudo haber sido", refiere la entrega pasional del sacerdote minorista Belisario Trejo al obispo Francisco Orozco y Jiménez y, también la ruptura, el silencio y el ocultamiento de ese amor prohibido. El obispo, en sí, es un personaje de novela, sumamente complejo, atractivo, enamorado de sí mismo, de su obra, vestido de sotana y de deseos mundanales, mezcla de ángel y demonio, de espíritu innovador y conservador, de ternura y de violencia, de intriga y despropósitos.

Alfredo Palacios es un maestro en el arte de crear atmósferas. Construye un rico contexto que permite entender el conflicto, con personajes que aparecen y se desvanecen en sus comercios, en sus parroquias, en sus casas acotadas,

en los cerros de los Altos, en el río Grande o en la sala de redacción de los periódicos.

Está el ambiente de San Cristóbal, de Tuxtla, de Chiapas en general; de mitrados visitantes de alcobas ajenas, de guayines trazadores de nuevos destinos, de plantas de luz innovadoras, del run-rún de obispos envenenados por jicarazos de chocolate, de temblores —de ese memorable y terrible terremoto que causó entre los chiapanecos angustia primero, y fiesta y lluvia de ceniza después—, de intrigas y de campañas políticas y trato injusto a los pueblos indígenas. Al final del enfrentamiento, que más que entre coletos y tuxtlecos, fue entre indígenas pobres, mal armados y engañados, la victoria estaba anunciada, y así lo reconoce uno de los protagonistas derrotados al término de la contienda: “Todo estaba acabado. La solidaridad y los rangos militares desaparecidos” —de los coletos—. Todo, dice con frase precisa y literaria, se lo había llevado la chingada.

Hoy, 118 años después de aquel conflicto, los enfrentamientos no se registran entre pueblos mestizos e indígenas, ni entre dos ciudades, y aunque hay pugnas internas, no alcanzan, y esperamos que no alcancen el nivel de violencia que plasma y registra de forma magistral el novelista, dramaturgo y maestro de generaciones, Alfredo Palacios, en eso que fue el cruel y violento choque de dos pueblos, el indígena y el *cashlán*, un conflicto alentado por el mitrado y la élite coleta.

Chiapas Paralelo

27 DE ENERO DE 2020

LA DIVINIDAD DEL MONSTRUO

“Cuando en el Evangelio según los egipcios, Shelom preguntó al Señor: ¿Durante cuánto tiempo prevalecerá la muerte? Él respondió: Mientras vosotros tengáis hijos... Y cuando ella preguntó: Entonces, ¿he hecho bien no pariendo hijos? Él dijo: “Comed de todas las plantas menos de las que son amargas.

Robert Graves

La divinidad del monstruo

Una voz se escucha en la oscuridad de la sala. Habla de los egipcios, habla de la muerte y del sentido de la vida, habla de los hijos nacidos del dolor y hechos para el dolor. Con la luz, reflejada por espejos, se descubre al monstruo de rostro blanco y gastado por el tiempo, y a una persona (Él), vestido de beige como recluso de penal, y como recluso de esta vida está lleno de dudas, de incertidumbres, de deseos de encontrar respuestas certeras para su confortable existencia.

Pero el monstruo no está ahí para entretenerlo a Él, no es su bufón, es un provocador que tiene respuesta para todo, para la muerte, para la amistad, para la eternidad, una respuesta incompleta, que debe ser rellenada por Él. El monstruo está ahí porque es parte de nosotros, porque es parte de nuestra divinidad y de nuestra maldad, nuestro Ello, nuestro ser alado y nuestro ser terrenal, nuestra realidad y nuestra ficción; el que nos invita a caminar, a imaginar y a avanzar en contra de nuestro enemigo permanente, el tiempo, “el único animal que se alimenta de sí mismo”, pero que es incapaz de devorarse. El monstruo obliga a agazaparnos, a dejarnos morir, a negarnos a la vida, a pensar en ella. Dualidad pura. Nuestra parte monstruosa dice que no hay hombres ni mujeres libres, que todos estamos atados a un nombre, “a una familia, a una nacionalidad, a una vestimenta, a una posición, a unas ideas”. La servidumbre, dice Héctor Cortés Mandujano en su papel de Ello, de Monstruo, es infinita “y a eso le llaman identidad, individualidad, un sinnúmero de estupideces”. Tampoco la vida tiene sentido, a menos que alguien se la otorgue: “No existe la vida en un sentido general, no existe la vida viviéndose y no hay la gran vida, sino viditas, en diminutivo, gente que transita en el tiempo”, susurra el Monstruo.

La divinidad del monstruo, de Héctor Cortés, es una obra compleja. Es implacable con el público que se reúne en Telar Teatro, ese proyecto que debería contar con todos los apoyos, por el esfuerzo de proponer algo diferente, más allá de los musicales comerciales, y sobre todo ofrecer un foro a los creadores chiapanecos. Héctor Cortés Mandujano es un

creador de una obra consolidada, que será referente en la narrativa y la dramaturgia mexicana. Confío en que llegará el momento en que este escritor, el más valioso que tenemos, reciba el reconocimiento nacional que se merece. Por lo pronto, es respetado, leído y seguido por una cofradía de admiradores que asiste a sus obras de teatro y a las presentaciones de sus libros.

Este escritor se ha rodeado de un equipo creativo para la puesta en escena de sus obras de teatro y para la permanente publicación de sus obras literarias, que está integrado por Juventino Sánchez, quien arma las ediciones atractivas con su Tifón Editorial, por el Grupo Marabunta, de Telar Teatro, por Alfredo Espinoza, quien interpreta con coraje, con un desdoblamiento impresionante a Él, por Nadia Carolina Cortés Vázquez, maquillista y diseñadora del vestuario; por Dalí Saldaña, responsable de la iluminación, y por el grupo Octavo Garage, que se encarga de la musicalización.

Chiapas Paralelo

9 DE FEBRERO DE 2020

LA MUERTE ABRE LOS OJOS

“Los niños son como las flores que nacen en la pared terrosa de los abismos: no necesitan condiciones especiales para crecer, para florecer, para ser felices”.

La muerte abre los ojos.

Héctor Cortés

En *La muerte abre los ojos* (GRUPO EDITORIAL AZUL, 2019), Héctor Cortés Mandujano y Raúl Ortega juegan a armar el rompecabezas de la sangre, del suspenso y del amor, con las palabras del primero y las fotografías del segundo. Por acuerdo de ambos, Raúl empezó a enviar una fotografía tras otra a Héctor. Con la primera, de un gato siamés en la penumbra, arrancó la vertiginosa novela a orillas del mar, en un hotel abandonado, que pronto se llenó de balazos y muertos y huérfanos.

Es un juego de imágenes, un tributo a la convivencia inquebrantable. “Esta novela nació de la amistad”, lo dejan claro desde el principio. Una fotonovela, me había dicho Héctor hace algunos meses, cuando me habló de este experimento lúdico y creativo. Por eso no falta la intriga, la

mujer guapa, el engaño, el fraude. Es un homenaje a ese género menor, la fotonovela, muy enraizado en el México de la segunda mitad del siglo xx. En su momento, Mario Vargas Llosa evocó con *La tía Julia y el escribidor* la época de oro de las radionovelas. Es algo parecido. Un homenaje.

El título, sin embargo, no está pensado para recordar la fotonovela, sino la fugacidad y la violencia. Nuestra violencia diaria. Los títulos fotonoveleros eran ramplones, exagerados, intrigantes, picarescos, llama eterna, Un marido poco serio, Buscando hogar, El juramento, Pacto de amor... *La muerte abre los ojos* se lee con rapidez contagiosa. Está escrita con sencillez, “El tiempo cerró los ojos anoche, hoy los abre: amanece” (p. 109). Aquí y allá aparecen interrogantes, se barajan respuestas, hay una atmósfera de thriller rocambolesco y divertido, con frases para subrayar, “La negrura es casi física, constata él; uno podría estirar la mano y tomar un pedazo de noche como si se pudieran repartir así las maravillas del universo” (p. 65). Desde el epígrafe inicial —una cita de la serie *Chef’s Table*: “El menú que tiene en Arpège es único. Todos los días cocina sólo con lo que le llega de la huerta” (p. 1)—, hasta el final, con la fotografía de otro gato, no abandoné esta extraordinaria novela escrita a dos manos, cuatro ojos y una amistad duradera y memorable. Es un homenaje mutuo de dos amigos, con imágenes —visuales y literarias— que se abrazan para trazar el camino de sangre y suspenso.

Aparecen personajes reales, Juana Bacallao, la mujer que inspiró la famosa canción *Juana la cubana*; la prodigiosa fotógrafa Graciela Iturbide; Paula, Paulita, la hija de Raúl

Ortega y de María Espinosa, y la mano de la Poniatowska, de mil frases literarias y certeras, que escribe una dedicatoria con caligrafía antigua y exquisita. Ahí está *La muerte abre los ojos*, de la fértil escritura de Héctor Cortés Mandujano y del ojo avisador de Raúl Ortega, para el disfrute de todo lector, lectora.

Chiapas Paralelo

1 DE MARZO DE 2020

MIS TRES NOVELAS SOBRE PANDEMIAS

De tres novelas que he leído sobre pandemias, la que me dejó una sensación de terror y angustia fue *El diario del año de la peste*, de Daniel Defoe. A través de esa crónica puntual de la devastación, el autor de *Robinson Crusoe* nos lleva por escenarios llenos de tristeza y dolor causados por la peste que asoló a Londres entre 1665 y 1666 y que acabó con el veinticinco por ciento de su población. Daniel Defoe, quien nació entre 1659 y 1661, estaba muy pequeño para recordar con precisión este acontecimiento, así que entrevistó a sobrevivientes y consultó archivos parroquiales de aquella devastación. Ese texto podría ser considerado uno de los primeros reportajes apoyados en la crónica, aunque bien sabemos que Defoe, como novelista, inventó personajes que no debieron estar muy alejados de la realidad. Cuando leí *El diario del año de la peste* (KINDLE 2020) sentí, desde un principio, la zozobra por la fragilidad de la vida, y ahora con el COVID, al recordarlo, me sigue transmitiendo incertidumbre, pero también esperanza por rehacer la vida y recuperar la alegría, después del dolor.

La peste (PENGUIN, 2012), de Albert Camus, tiene como propósito llevarnos al padecimiento diario de la desgracia a través de la crónica en Orán, Argelia. El deber del cronista,

dice, es escribir “esto pasó, cuando sabe en efecto que pasó, lo que interesó la vida de todo un pueblo y, por lo tanto, hay miles de testigos que en el fondo de su corazón podrán estimar la verdad de lo que se dice” (p. 7). La gran duda que se plantean las autoridades es en qué momento declarar la peste, porque eso significa aislar la ciudad, aislarse del mundo, para no propagar la enfermedad. Algo que si hubiera hecho China nos habría ahorrado estas amarguras que estamos viviendo. Los gobernantes de Orán, apoyados por los médicos, deciden que la ciudad debe quedar cercada para proteger al mundo. Es en esa cuarentena de la peste donde quedan atrapados turistas y visitantes ocasionales, entre ellos Rampert, un periodista que decide no escribir sobre la peste, sino regresar a París al lado de su esposa. “Yo no he venido al mundo para hacer reportajes. A lo mejor he venido solo para vivir con una mujer. ¿Es que no está permitido?” (p. 5).

Al principio de la cuarentena, escribe Camus, nadie se sentía cesante, “sino de vacaciones”, y muchos esperaban que la epidemia se detuviera y que quedaran a salvo ellos y sus familias. “La gente había aceptado primero estar aislada del exterior como hubiera aceptado cualquier molestia temporal que no afectase más que alguna de sus costumbres. Pero de pronto, de estar en una especie de secuestro, bajo la cobertura del cielo donde ya empezaba a retostarse el verano, sentían confusamente que esta reclusión amenazaba toda su vida y, cuando llega la noche, la energía que recobraban con la frescura de la atmósfera les llevaba a veces a cometer actos desesperados” (p. 64), escribe Camus, como si hablara de nuestra pandemia. Al final, las personas

doman la plaga, vuelven los festejos y los trenes con sus mercancías de otras ciudades. Pero no puede ser, dice el escritor, una victoria definitiva. “No puede ser más que el testimonio de lo que fue necesario hacer y que sin duda deberían seguir haciendo contra el terror y su arma infatigable, a pesar de sus desgarramientos personales, todos los hombres que, no pudiendo ser santos, se niegan a admitir las plagas y se esfuerzan, no obstante, en ser médicos” (p. 357).

La otra epidemia, retratada por una novela, aparece de fondo, sin ser el tema principal. Se trata de *El amor en los tiempos del cólera* (DIANA, 2015), de Gabriel García Márquez. Esa epidemia grande, dice, cobró sus primeras víctimas en los mercados, y en dos semanas los cementerios de las iglesias fueron insuficientes para enterrar a tantos caídos en la batalla, sobre todo de los negros, que eran los más pobres y que vivían en condiciones de hacinamiento. El cólera se hizo endémico en la región del Caribe, y los barcos, con pasajeros infectados, debían izar la bandera amarilla del cólera morbo, lo cual los convertía en barcos fantasmas sin posibilidad de atracar en ningún puerto. A los amantes otoñales, víctimas del amor, tan parecido al cólera, porque “los síntomas del amor, dice, son los mismos que del cólera morbo”, deciden navegar con la bandera de la peste, para llevar la reclusión estricta a la que tienen derecho los enamorados. Por eso, cuando el capitán pregunta al octogenario enamorado:

“—¿Y hasta cuándo cree usted que podemos seguir en este ir y venir del carajo?

“Florentino Ariza tenía la respuesta preparada desde hacía cincuenta y tres años, siete meses y once días con sus noches.

“—Toda la vida— dijo” (p. 461).

La literatura nos permite vivir otras vidas, otras cuarentenas, otros miedos y experiencias, y estas tres novelas nos muestran otras épicas de la gente alzándose contra el destino.

Chiapas Nuevo

11 DE MAYO DE 2020

EL CAMINO DEL FUEGO,
LA OBRA MAGISTRAL SOBRE LA CAÍDA
DE TENOCHTITLAN

El camino del fuego (PLANETA, 2020), de Celia del Palacio Montiel, es una novela magistral y apasionante sobre la Conquista, muy recomendable en estas fechas para evocar la caída de la gran Tenochtitlan. En ese reto del “así pudo haber sido”, la autora narra los hechos desde los ojos asombrados de Xtaaku, una princesa y sacerdotisa totonaca, quien al ser casada con un soldado español, se incorpora a ese pueblo en movimiento, crisol de lenguas y de culturas, que marcha con Hernán Cortés para derrotar a los mexicas. Desde el mar, la larga caravana asciende al altiplano. Recibe, en ese trayecto serpenteado, regalos costosos que alimentaban la codicia de los conquistadores, pero que en realidad buscaban hacerlos desistir de sus propósitos:

“Aquellos embajadores y aquellos regalos de Moctezuma, cada vez más espléndidos, querían detener la caravana, amedrentarla: ‘¿No ves acaso mi poder? ¿No concibes mis riquezas? Nada que tú puedas darme podrá igualar mis suntuosos regalos. Piensa bien con quién vas a enfrentarte. ¡Ay de ti si sigues adelante!’” (p. 156).

A través de Xtaaku, quien es bautizada por un sacerdote español como Magdalena, sabemos de los conflictos internos de los conquistadores, de sus habilidades para armar alianzas y de la crueldad de la que eran capaces con sus arcabuces que vomitaban fuego y muerte. En esa narrativa envolvente, descubrimos a Moctezuma y vislumbramos, con el lamento de Xtaaku, la fatalidad del antiguo habitante ante el surgimiento de una nueva sociedad. La autora no enjuicia ese encuentro violento entre unos hábiles conquistadores y unos gobernantes locales, víctimas de sus profecías y de sus dioses. Se limita a narrar, a transmitirnos emociones, dudas, bajezas y heroicidades. Celia del Palacio es de nuestras grandes escritoras mexicanas. Una autora imprescindible para entender diversos pasajes históricos, la mayoría fincados en el siglo XIX, pero que en esta ocasión se ubican en 1521. Con genialidad, la novelista nos convence de cómo pudo haber sido aquel derrumbe de culturas, aquel choque que hizo trastabillar y caer a Moctezuma, el poderoso gobernante mexicana.

La también autora de *Leona* arma el relato desde la complejidad de ser mujer. Los libros y novelas se han limitado a la Malinche, pero era necesario rescatar otras vidas, porque ya no es posible comprender los episodios históricos sin la participación de la mujer como traductora, enfermera y combatiente. *El camino del fuego*, a su vez, visibiliza la participación de la mujer en ese paisaje con actos cotidianos llegados a los españoles en forma de consejos sensatos para enfrentarse a los mexicas, para no caer en sus trampas, para acordar una buena negociación; incluso para salvarlos de la muerte. Xtaaku no es nuestra contemporánea,

tampoco es mestiza ni española, es una totonaca. El reto fue armarla con sus sueños y sus amores, con la profundidad de haber sido mujer en ese acontecimiento en donde han sido repetidamente ignoradas. La protagonista es el eslabón entre el viejo y el mundo nuevo, cruel y devastador.

Chiapas Paralelo

5 DE JULIO DE 2021

LA VIDA EN EL ARCHIVO

Lo saben bien los historiadores, sobre todo el investigador que ha hurgado en archivos particulares y públicos, la emoción que se desata cuando se ha encontrado un documento que alumbra las hipótesis y torna comprensibles los hallazgos. Hay euforia, hay alegría, hay dicha. Lila Caimari, la destacada historiadora y politóloga argentina, es autora de *La vida en el archivo* (SIGLO XXI, 2017), un libro en donde describe los goces que viven los investigadores cuando esculcan documentos, pero también las horas muertas y los desvíos que se experimentan entre montañas de papeles que alguna vez fueron actualidad y vida.

El libro inicia con una cita de Michel de Certeau, contenida en *La escritura de la historia*: “Cada verdadero historiador sigue siendo un poeta del detalle, y hace sonar sin cesar, como el esteta [...] las mil armonías que una pieza rara despierta en un campo de conocimientos” (p. 7). Esos hallazgos —una carta que describe una situación, un artículo que se vincula con perfección a nuestras conjeturas o un comentario al margen que desbarata nuestras hipótesis— exalta nuestras emociones y no es raro que dejemos de escribir, que demos una caminata mientras nuestros ojos se abrigantan

y sonríen como si ese texto lo hubiesen redactado especialmente para nosotros. También hay tedio, angustia y fastidio en los archivos. Hay muchas horas muertas, mucha lectura descartada, mucho trabajo de exploración y de excavación necesario para encontrar una pequeña lágrima de oro y, cuando hay suerte, un filón que ha pasado inadvertido para otros esculcadores del pasado, como esos legajos que halló Carlo Ginzburg y que le permitieron trazar la vida de un molinero del siglo XVI y su entramado en la cultura popular.

Los investigadores a menudo se pierden en los datos. Los disfrutan. Se desvían del tema. A mí, por ejemplo, me ha sucedido que a veces termino leyendo sobre fiestas, asesinatos y encuentros deportivos que sucedieron hace cincuenta o cien años y que no tienen ninguna relación con el tema que investigo.

Al tiempo que reflexiona sobre esos goces y desvíos en los archivos, Caimari también comenta sobre la importancia de caerle bien al archivista, para tener acceso pleno a su reino, del que es dios y guardian. Afortunadamente, en los archivos públicos se ha cuidado de no caer en las veleidades de los encargados, mediante la publicación de los documentos que posee la institución y normas claras para su consulta. Pero hay espacios en donde se debe poner mucho empeño para seducir al dios guardián, como son los archivos particulares. El investigador, nos recuerda Caimari, se refugia en el archivo “para estar solo y para estar en casa”; pero esa vieja costumbre queda cada vez más obsoleta por las otras formas de consulta, con servidores informáticos

que proveen cantidad ingente de documentos. Ahora el investigador viaja al pasado desde su computadora.

La autora se detiene a analizar la ley del mínimo esfuerzo en el desciframiento de textos, cuando se priorizan los manuscritos que pueden rescatarse con mayor facilidad, es decir, los más legibles o los que más llenan nuestras expectativas. Analiza la costumbre reciente de fotografiarlo casi todo, para seguir el hilo de la especulación en casa, o para evitar la sensación de que algo importante ha quedado atrapado en los archivos polvorientos. Refiere también la posibilidad del investigador de contratar a jóvenes estudiantes para que esculquen archivos por nosotros, pero tiene razón Caimari de que no es lo mismo, siempre importa la sumersión para comprender mejor el contexto. *La vida en el archivo*, libro conformado por nueve capítulos, es una reflexión-paseo agradable y aleccionadora sobre las horas que consume el investigador en los archivos, los cuales ha convertido en su casa, amplia de vericuetos, alegrías y desvíos.

Chiapas Paralelo

15 DE AGOSTO DE 2021

JUVENTUDES E INTERCULTURALIDAD

El libro *Juventudes, cuerpos e interculturalidad, procesos divergentes desde Chiapas* (UNIVERSIDAD INTERCULTURAL DE CHIAPAS, 2020), coordinado por Luis Adrián Miranda Pérez y María Gabriela López Suárez, compendia los nuevos rumbos de la investigación de las Ciencias Sociales en nuestro estado. En sus nueve capítulos, aparte del prólogo puntual escrito por Marta Rizo y la introducción de los coordinadores, se abordan cinco ejes temáticos que otorgan coherencia al texto: las juventudes, la mirada local, las corporalidades, la interculturalidad y el tránsito cartográfico.

Ana Laura Castillo y Xitlally Flecha Macías, en un texto académico y conmovedor, lo cual es difícil de lograr, muestran los caminos que debe recorrer Dora en su agenda para visitar médicos y hospitales en busca de atención para su salud, en un viaje anunciado, como indican sus autoras, sin regreso. Valdemar López también se centra en los jóvenes desde las políticas públicas. En esas microculturas alternativas de los jóvenes, se inscribe el capítulo de Luis Fernando Bolaños en un texto revelador sobre el oscuro mundo del satanismo que territorializa las redes sociales, con perfiles en Facebook como Belcebú o Tío Satanás, repelentes para muchos de los internautas:

“En Facebook existen infinidad de perfiles y comunidades satanistas o luciferinas, donde los jóvenes se relacionan entre sí de manera selectiva para compartir información, música, literatura o ligas de páginas relacionadas con el ámbito oscuro en el que prevalece un deslinde de personas y grupos que siguen a pie juntillas los preceptos religiosos tradicionales. El satanismo se visibiliza en las redes sociales como una forma de racionalismo individualista que cuestiona a la sociedad poniendo en tela de juicio los valores básicos cristianos, la existencia de Dios o temas relacionados con el sentido de autoridad de la parte instituyente” (p. 144).

El libro se construye desde lo local, lo hiperlocal. Jefferson Uribe, Juan Pablo Zebadúa y Héctor Chaparro escriben sobre la juventud metalera en Tuxtla Gutiérrez. La actitud de los metaleros es una posición política, una toma de partido, de resistencia, de negación; con edificación de zonas de refugio, espacios *underground*, dicen los autores, que se convierten en escenarios de encarnación en donde se gesta la rebeldía; pero también en donde se purifica y exalta el alma. El templo metalero es el paraíso recuperado y que se completa con la coronación mística del baile. Aquí, lo que justamente tiene relevancia es que quien lo ejecuta pasa a un estado de trance, en el que se olvida de lo que pasa en el mundo, en su vida, y se convierte en un cuerpo/experiencia. Hace una reclamación inmediata por espacios institucionalizados como el trabajo, la escuela, en donde se pierde o aparta de su propio ser y sentir, aunque esto no pase en todos.

En esta mirada hiperlocal está también el texto de Carolina Martínez, Paola Pérez y Beatriz Rodríguez, quienes analizan la representación del feminicidio en la prensa chia-

paneca y sus estrategias de invisibilización y subordinación de la mujer. También hay matices, reconocen el esfuerzo de algunos periodistas, de algunos medios, por desarrollar un tratamiento diferente sobre feminicidios. Sin embargo, predominan los viejos moldes.

“El manejo mediático del feminicidio depende también de la clase social, edad y etnia. No es lo mismo ser una mujer de clase alta a una mujer de clase baja. Además, si se suman los otros ejes antes mencionados, nos encontraremos con una situación de triple subordinación. El manejo de feminicidios sobre jóvenes es más amarillista, porque sus cuerpos son exhibidos y la redacción más despectiva en comparación de las mujeres mayores, en donde el manejo de la nota es condescendiente e incluso no registramos ninguna fotografía. Igualmente, cuando la diferencia es étnica identificamos un trato con carga racista y clasista” (p. 116)

En el libro está el cuerpo viajero, el cuerpo maltratado, el cuerpo como rescoldo de creencias, como territorio de exploración. La pedagogía del cuerpo migrante, el cuerpo que se desdobra, que muta, que vive lo transfronterizo como experiencia de la ruta. Es una mirada novedosa, y en la que trabajan Karla Chacón Reynosa, investigadora que con sus aportes ha permitido repensar las Ciencias Sociales desde el cuerpo en Chiapas, y Karla Sarmiento, en el éxodo de jóvenes hondureños y sus narrativas de viaje.

“El tránsito como una experiencia vivida, se relaciona no sólo con un sinfín de emociones primarias —miedo, tristeza, ira, sorpresa, alegría— que estos jóvenes migrantes experimentan, sino también a partir de una incipiente pedagogía corporal migrante, es decir, una pedagogía del

cuerpo que lo conduce y orienta a una práctica de reconfiguración de sí mismo en el tránsito migratorio” (p. 59).

Hay rutas, cartografías por recorrer, mapeos. El viaje transforma, enriquece, construye. Así, vemos a los jóvenes hondureños que avanzan, trazan un camino de sueños, que muchas veces se convierte en pesadilla. Tienen el teléfono como dispositivo de esperanza para dibujar su cartografía hacia el sueño americano. El trabajo de Ramón Mena y Angélica Evangelista aborda la violencia que sufren los estudiantes en el tránsito a las escuelas, o en los alrededores. De esto hablamos poco, se ha documentado poco, porque pertenece a la ciberviolencia, que se asocia al uso de celulares con acceso a internet, pero está el tránsito y el caminar sembrado de violencia. Del viaje, del que hablan Verónica Trujillo y Carlos Morón, es una ruta que va del pueblo a las aulas de una universidad intercultural, de ese caminar que es el mundo, porque al fin y al cabo somos exploradores y exploradoras constantes.

Este libro es también la cartografía de la investigación sobre estudios culturales en Chiapas, de una generación que ha decidido crear comunidad de investigación en donde caben todas las certezas, pero sobre todo las incertidumbres, las que permiten emprender el viaje de la experiencia académica.

Chiapas Paralelo

6 DE DICIEMBRE DE 2021

EL FISCAL DE HIERRO EN SUS PROPIAS PALABRAS

Las memorias de Javier Coello Trejo, tituladas *El fiscal de hierro* (PLANETA, 2021), despiertan el interés por la historia inmediata, narrada desde el personalísimo punto de vista del protagonista. Es un libro de fácil lectura, bien surtido de chismes políticos, locales y nacionales. Gravita, sobre todo, en el entresijo político de la justicia, que ejerció al desempeñarse como ministro público, subprocurador y mano ejecutora del presidente de la República para casos delicados que, en su momento, cimbraron el paisaje público: la detención de *La Quina*, el poderoso líder petrolero que acumuló más poder que algunos mandatarios, y la lucha inicial contra el narcotráfico a finales de la década de 1980. Los comentarios sobre Chiapas, en donde se desempeñó por tres años como secretario de Gobierno, dan cuenta del particular estilo de gobernar de Absalón Castellanos Domínguez, a quien le fascinaba el oropel del poder, más que el poder en sí mismo.

Aunque nació en la Ciudad de México (22 de octubre de 1948), sus antecedentes están en Chiapas. Su padre, Roberto Coello Lescieur, se inició en el periodismo en San

Cristóbal de Las Casas. En 1949, fundó *La Voz de Chiapas y Oaxaca*, que a la postre cambió por *La Voz del Sureste*, y que tuvo amplia circulación desde el Distrito Federal hasta Campeche, pasando por Oaxaca, Chiapas y Tabasco. Su padre, recuerda con amargura, “era mala copa”, “cabrón”, pero leal, quien al perder la gubernatura en 1970, “dejó la política y se dedicó a escribir y a beber”, hasta que lo mató un infarto el 28 de octubre de 1974, cuando había cumplido 55 años. A su madre, Rosa del Carmen Trejo Quevedo, le tocó la responsabilidad de encargarse de los hijos: Roberto, Jorge, Javier, Flor de María, María del Carmen, María Guadalupe, Beatriz Eugenia, Arturo Enrique y Blanca Margarita. De niño, cuando su familia radicaba en la Ciudad de México, fue cantor en la Basílica de Guadalupe, en donde conoció a Guillermo Schulenburg, el abad, quien después de treinta años en el cargo, dijo que Juan Diego no había existido. Al terminar la primaria ya tenía una estatura de 1.85 metros. “Mi problema es que siempre fui muy alto y muy gordo” (p. 21).

Después de sus estudios de preparatoria, se trasladó a Chiapas, la tierra de sus padres, en donde ingresó en la Escuela de Derecho de San Cristóbal. Cuando cursaba el segundo año, el gobernador José Castillo Tielemans lo nombró agente del ministerio público en Chiapa de Corzo, así que repartió sus obligaciones entre la escuela y el aparato de justicia. Por esos años, encabezó la investigación sobre la falsificación de títulos de profesores, un mecanismo que permitió a personas sin estudios desempeñarse como maes-

tros de primaria. La pesquisa arrojó más de cuatrocientos involucrados y detenidos, entre otros, el oficial mayor del Congreso de Chiapas, Jesús Flores Meléndez. Por esos tiempos, se casó con Jovita Zuarth Corzo, pese a la oposición inicial de la familia porque le encantaba “el pedo, la bohemia y los amigos; declamaba y cantaba” (p. 37).

Volvió a la Ciudad de México, cobijado por Pedro Ojeda Paullada, quien lo convirtió en agente del Ministerio Público Federal, y posteriormente, al lado del procurador Óscar Flores Sánchez, registraría sus mayores logros. No buscó Javier Coello escribir una obra maestra, sino un texto que reflejara su personalidad, y que también permitiera explicar y justificar su vida como servidor público. Desde esa óptica, tiene sus propios intereses y es normal que se trate con benevolencia, al fin, las memorias buscan explicar pero también reivindicar las acciones en el nebuloso territorio de la política. Leerlo es como escucharlo, directo y bronco: “Apenas le rascamos tantito por aquí y por allá y encontramos un pinche robadero de la chingada” (p. 40). “El ministro me ofreció un cargo de actuario interino y don Salomón me mandó olímpicamente a la chingada” (p. 44). “La delincuencia se combate con “güevos, decisión, y no con abrazos ni con sacerdotes” (p. 100). “Era una hija de la chingada, cuando se emborrachaba sacaba la pistola como quien saca un Kleenex” (p. 102). Su frase, “Justicia sin reo no es justicia”, la aprendió del procurador Óscar Flores Sánchez, exgobernador de Chihuahua, quien se hiciera célebre porque al detener a unos delincuentes, informó, “fijese, señor secretario, que los asaltabancos se ahorcaron...” (p. 85).

Se exhibe en su particular filosofía: “Cuidate de las malas pasiones, no de las buenas pasiones” (p. 103). “Yo prefiero un funcionario ratero a un funcionario pendejo, porque si es pendejo es pendejo esférico. Al ratero nomás hay que cuidarle las manos. Si es un funcionario ratero nomás cuídele las manos, pero al pendejo cómo lo cuida” (p. 107). “Militar sin gorra vale una chingada” (p. 171). “Dicen que soy un cabrón; sí lo he sido; he tenido que matar en defensa propia y en cumplimiento de mi deber, sirviendo a mi país, y lo hice porque siempre entendí que yo soy un soldado del gobierno” (p. 200). “Segundos que parecían horas, la eternidad reflejada en el pinche reloj” (p. 265). “De pronto comenzamos a percibir que los delincuentes usaban el argumento del respeto a los derechos humanos para evadir la justicia. Para mí lo fundamental, lo verdaderamente importante, era defender los derechos humanos de la gente honesta, de la que sale a trabajar, de la que paga sus impuestos y respeta la ley. A los criminales, a chingar a su madre porque lastimaban —lo siguen haciendo— a la sociedad y, era obligación del Estado proteger a los buenos mexicanos” (p. 282).

Termina su libro con un párrafo que bien podría ser empleado en los cursos de autoayuda: “Para mí la vida es una carretera que tiene desviaciones, curvas, derrumbes, hoyos, baches. El éxito del ser humano es recorrerla, sin volver atrás, pasando por esos baches, tomando las curvas, evadiendo los derrumbes, sin detenernos, pero tampoco sin apresurarnos. Y en ese camino uno tiene que sembrar. Si sembramos odio, cosecharemos odio, si sembramos afec-

to, cosecharemos afecto. Ese ha sido y va a ser mi bastión hasta que muera” (p. 329). Es un libro entretenido, incluso revelador de los resortes internos que se mueven en la política chiapaneca y mexicana.

Chiapas Paralelo

26 DE DICIEMBRE DE 2021

LOS EUROPEOS

Aunque es una investigación histórica, *Los europeos, tres vidas y el nacimiento de la cultura europea* (TAURUS, 2020) parece una novela con muchas similitudes a *Guerra y paz*, de León Tolstói, pero en lugar de narrar una historia de amor en el contexto de un conflicto armado, su autor, el historiador inglés Orlando Figes, cuenta la relación amorosa de la renombrada cantante Pauline Viardot y el escritor ruso Iván Turguénev en un contexto de cambios vertiginosos que conllevarían a la uniformidad de los productos culturales europeos. Esta creación de un canon, que se reflejó en la estandarización de los gustos, fue producto de la invención y expansión del ferrocarril, que permitió llevar vinos franceses a diversas partes de Europa, así como quesos, embutidos, frutas, libros, pinturas, diversas obras de arte y personas que consolidaron el turismo como una nueva vía de esparcimiento y de actividad económica.

Aparte del ferrocarril, dos inventos aceleraron la comunicación: la rotativa y el telégrafo. Por vez primera, con estos artilugios técnicos, los hombres y mujeres empezaron a escuchar a los mismos cantantes, a leer a los mismos novelistas y a entusiasmarse con los mismos pintores. Había ediciones originales y piratas. Lo mismo libros que par-

tituras y una reproducción casi infinita de cuadros, lo que Benjamin llamó, la “pérdida del aura” en la época de su reproductibilidad técnica. Orlando Figes encarna todos estos cambios en Pauline y Turguénev, porque la primera aprovecha los beneficios del ferrocarril para ampliar sus presentaciones operísticas por Rusia, Inglaterra, Italia, Alemania y Francia y, el segundo, en lugar de quedarse aislado en su país de estepas, se embarca en un peregrinaje por toda Europa, para perseguir a Pauline, que se convierte en el amor de su vida.

Turguénev entendió las virtudes de los nuevos cambios registrados en la imprenta para publicar sus obras fuera de Rusia y dar a conocer en su país a escritores europeos. El intercambio cultural se intensificó en todos los planos de la creación artística. El libro, que busca ser testimonio de los cambios en el gusto y la distinción europea, termina por convertirse en una espléndida novela de amor apasionado y atormentado, pero siempre dispuesto y leal, entre Turguénev y Pauline, dos artistas que fueron protagonistas de ese remolino del canon europeo. Turguénev se enamoró de ella cuando la escuchó cantar en un teatro moscovita. Para entonces ella ya estaba casada y envuelta en giras descomunales por todo el continente, gracias a la invención del ferrocarril. Rusia, contagiada del gusto francés, acogió a los principales cantantes y, Pauline, conocedora de estrategias mediáticas, construyó su fama en Berlín, San Petersburgo y Viena, para preparar su desembarco en París. Figes habla de la fealdad de Pauline. Es posible que exagere, pero no de la pasión intensa que despertó la cantante en el rico y popular escritor

ruso, que continúa siendo un autor obligado en las escuelas básicas de su país.

Turguénev se enamoró de la voz de Pauline. Quedó hechizado, le enviaba flores, le escribía cartas; la empezó a seguir por diversas ciudades, hasta que la cantante aceptó tomar un café con él. Las dos almas, nacidas quizá para estar juntas, se reconocieron y se enamoraron. El problema es que Pauline no estaba dispuesta a abandonar a su esposo. A Turguénev no le importó. Por el contrario, se hizo amigo de su esposo y se sumó a la caravana de músicos. Se especula que vivieron su pasión amorosa, un tanto oculta y un tanto pública, y hasta es posible que hayan procreado un hijo, reconocido sin problemas por el esposo de la cantante. Si habían disimulado su amor en Londres, en Baden-Baden, ya no fue así en París. Cuando ella tenía 54 años y él 53, empezaron a vivir en la misma casa, bajo la mirada tolerante de Louis Viardot, el esposo, quien diez años mayor, aceptaba la relación de los dos artistas, que quizá para entonces habían apagado sus deseos sexuales por el padecimiento constante en la vejiga de él y la asexualidad de ella. El esposo también padecía achaques. Turguénev y Viardot murieron en 1883, con una diferencia de días. Pauline falleció, a los 90 años, en 1910.

Para Figes, estos personajes ejemplifican, aparte de una relación amorosa extraordinaria, la encarnación del proceso de masificación y uniformidad de los productos culturales, lo que él llama el establecimiento de un canon de la cultura europea. Esa uniformidad de los productos culturales, lo propiciaron, como ya vimos, varios inventos que

crearon una ecología de los medios: “Se abriría un mercado internacional para las reproducciones baratas de cuadros, libros y partituras. Daría comienzo la era moderna de los viajes por el extranjero, lo que permitiría a un número considerable de europeos reconocer sus rasgos comunes. Les permitió descubrir, en estas obras de arte, su propia ‘euro-peidad’, los valores e ideales que compartían con otros pueblos de Europa, por encima de su nacionalidad particular” (p. 13). Aparecieron entonces las estrellas fulgurantes de lo que sería la constelación de artistas de la industria mediática, Rossini, en primer lugar, el Napoleón de la música, que triunfó en Viena, París, Londres, en todo Europa; pero también la luminosidad de Víctor Hugo, Zola, y del propio Turguénev que se convirtió en el escritor ruso más conocido en Francia y en Inglaterra. “No sólo las mercancías, escribe Figes, circularon con más rapidez y alcance geográfico, sino también las personas, las cartas, las noticias y la información, lo que, en todos los países con tendido férreo, produjo un mayor sentido general de pertenencia a Europa” (p. 60).

Los europeos es un libro que, a través de la trayectoria de Pauline, Iván y Louis, nos permite conocer el proceso mediante el cual las obras musicales, teatrales y literarias empezaron a identificarse con el gusto y a integrar rasgos de uniformidad de la cultura occidental.

Chiapas Paralelo

22 DE FEBRERO DE 2022

ROSSANA REGUILLO,
CUANDO MORIR NO ES SUFICIENTE

Rossana Reguillo recoge en su libro más reciente, *Necromáquina* (NED EDICIONES, 2021), cinco trabajos sobre las violencias en México, analizadas desde el *horrorismo* como categoría de investigación. Aunque son textos publicados en revistas, el libro tiene como eje el estudio de las violencias. Por esa razón está el ensayo, la crónica, la investigación y, sobre todo, el compromiso de la investigación situada: “Es un esfuerzo, dice su autora, por analizar y narrar los males-tares, los horrores y los síntomas de un tiempo de colapso en el paradigma civilizatorio de la modernidad. Buscar relatar el tránsito del biopoder (el poder de hacer vivir), a su devenir necropoder, un dispositivo de muerte que avanza engullendo territorio, cuerpos y futuros” (p. 8).

Para Reguillo, como comentó en alguna ocasión Mon-siváis, todos somos matables, cuerpos desechables, “vidas no lloradas”. El asunto es que no se trata sólo de que seamos cuerpos desechables y matables, sino destrozados, los cuales deben causar horror, expresar desmesura, una violencia expresiva que deja atrás la violencia utilitaria. “La narcomáquina remite a un cálculo racional de riesgo y ga-

nancia. La necromáquina es la disolución absoluta de la vida en un estado de urgencia constante” (p. 20). Se registra un “aumento de la violencia expresiva en detrimento de la violencia utilitaria. Es decir, se trata de violencias que no parecen perseguir un ‘fin instrumental’, sino constituirse como un lenguaje que busca afirmar, exhibir los símbolos de su poder total” (p. 29). No se trata de matar por matar. Se trata de que los cuerpos inermes sigan expresando horror, sigan infundiendo terror, sigan amedrentando.

Un texto de Michael Löwy ha sido el causante de que Reguillo haya pensado en la *Necromáquina*: “El dispositivo no existe ahí para ejecutar al hombre, sino que éste está precisamente ahí por el dispositivo, para proveer un cuerpo sobre el cual pueda escribir su obra maestra estética, su registro ilustrado sangriento lleno de florilegios y adornos. El propio oficial no es más que un criado de la Máquina” (p. 47).

La narcomáquina, agrega, ha incrementado su acción expresiva, “es decir, el ejercicio de aquellas violencias cuyo sentido parece centrado en la exhibición de un poder total e incuestionable, que apela a las más brutales y, al mismo tiempo, sofisticadas formas de violencia sobre el cuerpo ya despojado de su humanidad (los decapitados, los colgados en los puentes, los cuerpos desmembrados y tirados en la calle), en detrimento de la violencia utilitaria, cuyos fines son legibles o aprehensibles para la experiencia (te mato para robarte, te aniquilo porque tu presencia estorba mis planes, etcétera), donde la muerte del otro es suficiente” (p. 54).

Es un libro con muchas voces. Es también encuentro y bifurcación de caminos, de búsquedas de soluciones en un

México que se cubre de sangre, aunque no esté en guerra. En las guerras, y lo vemos en Ucrania, la muerte es utilitaria, se mata para inutilizar, no para exhibir, o para causar horror.

Chiapas Paralelo

27 DE FEBRERO DE 2022

LUIS ANTONIO RINCÓN, EL ESCRITOR PRÓDIGO

Luis Antonio Rincón García es el escritor pródigo que vuelve con su gente, con sus amigos y familiares para recibir el Premio Estatal de Literatura Infantil y Juvenil Elva Macías 2022. Pese a que ha recibido múltiples reconocimientos, es la primera vez que es homenajeado en su tierra. Lo escuchamos, y sus lectores también recibimos como nuestro el premio que viene acompañado con treinta mil pesos. Es poco dinero. Un escritor como Luis Antonio debería ser becario perpetuo para endulzarnos los oídos infantiles con sus cuentos, sus novelas y sus historias que miran al cielo.

Cuando le toca participar, habla de Laco Zepeda y las marimbas combatientes de Corazón Borraz, habla del solitario trabajo del escritor y esa dura tarea de arar rastrojos con las letras sobre desiertos ágrafos, y habla de amigos y familiares marchados a los cielos infinitos, entre otros el sonriente y genial Hugo Montaña. La ceremonia es breve. Matza Zepeda, directora de CONECULTA, ha explicado el proceso de selección de los textos del concurso, y el escritor Fabián Rivera, ha recordado los pasos de Luis Antonio Rincón en su natal Tuxtla, de su licenciatura y maestría, vinculado a la comunicación, de sus más de veinte libros y de sus diferentes reconocimientos: Premio Nacional Ignacio Manuel Altamirano, Premio Bellas Artes de Obra de Teatro

para Niñas, Niños y Jóvenes, Premio Nacional de Novela Juvenil Fenal Norma y Premio Nacional de Cuento Porrúa, entre otros.

Momentos antes, cuando lo he saludado, ha sacado de la chistera, como mago de mi infancia, un libro de su autoría. Es *La nana Concepción* (EDICIONES DEL LIRIO, 2022), su obra ganadora del Premio Nacional de Novela Breve Amado Nervo. Agradezco el enorme detalle, y después de la premiación, realizada en la antigua Casa de Gobierno, que ahora alberga la música de Corazón Borraz, me adentro en la historia de esa mujer descomunal que se nutre de los espíritus de la Tierra. *Nana Concepción* está perfilada con el carácter resuelto de su autor. Pocos escritores han decidido apartar su tiempo y dedicarlo a la creación. Tantos reconocimientos son producto de su trabajo y su talento. Estoy seguro de que sus horas a destajo como obrero de las palabras, lo colocarán en algún momento en la marquesina de nuestros mejores escritores mexicanos. Con una determinación similar a Nana Concepción, Luis Antonio ha luchado con cocodrilos de agua dulce, con ríos furibundos, con vecinos de lengua bífida, para enmarcar su territorio y defenderlo del desgano y las desilusiones.

Nana Concepción es una mujer que no encaja en los tiempos de celulares y de internet. Sin embargo, ha sido alcanzada por la modernidad con la ruptura familiar por la narcoviolencia y la migración. El personaje está en un traslape de épocas, en donde lo viejo no termina de esfumarse y lo nuevo no alcanza a verse con nitidez. Aliada de la tierra, su enemigo es el río, ese “pinche riíto traicionero”

que le estropea la cosecha, que le inunda la casa, pero que no le doblega el alma ni el deseo de reencontrarse con los otros, de firmar la paz con los enemigos, y en ese proceso de aceptación y reconciliación, tender nuevas alianzas y sentido por la vida.

Es una mujer que para mantenerse viva debe estar de pie y debe luchar y ganar. Pelea por conservar su maíz, pelea con un perro ladrón de gallinas, con ese “pinche riíto crecido de repente”, con serpientes, alacranes, con la indolencia y con cocodrilos, pero sobre todo lucha consigo misma, con su hambre no domada y también con su orgullo. “Es una veterana de innumerables batallas en la vida”, que “no muy” tiene ganas de morirse todavía. Eso es *La Nana Concepción*, una extraordinaria novela, y su autor, el escritor pródigo, reconocido también por los suyos.

Chiapas Paralelo

12 DE SEPTIEMBRE DE 2022

FLORENTINO PÉREZ,
EL CAMINANTE DE LAS PALABRAS
EN *EL MUNDO HERIDO*

En mi lista de deseos tenía presentar algún texto de Florentino Pérez. En la novena edición de la Feria Internacional del Libro de la UNACH cumplí mi propósito, al comentar *El mundo herido. La subjetividad en tiempos del coronavirus* (UNACH, 2022). El caminante tranquilo, que es su autor, dejó de transitar por lugares públicos por la pandemia, y debió encerrarse en su casa, con sus pasos circulares para disfrutar de su jardín, tal y como quería el sabio Voltaire. Ahí entre la sombra del flamboyán, de su enorme araucaria, de un árbol de mango y la compañía colorida de buganvilias, tomaba café chiapaneco y escribía. Peripatético, como es, no dejó de caminar, pero durante la pandemia sus rutas se volvieron más cortas y reflexivas en ese andar hacia adentro del alma, donde anidan en bipolaridad el dolor y la alegría.

Escribir de esa inmediata realidad es caminar por las orillas, y en este Chiapas, pocos escriben sobre estos pasos. En ese mundo, la voz de Florentino es única, con un estilo que es conjunción de poesía y de certeza. Es un hombre que camina, que pasea, decían los griegos de los peripatéticos, y no es porque los demás nos desplazemos de otra manera,

sino porque su caminar marca ruta, traza veredas y mapas, caminos en la lectura, que se reflejan en el libro con epígrafes que muestran un estado de ánimo, una paradoja, un momento de luminosidad y de ironía. Por aquí, por las páginas de este libro, el caminante saluda a Merleau Ponty, a Paz, Byung-Chul Han, a Conrad, a Borges, a Sabines, a poetas y a escritores que admira y nos invita a conocerlos. Su caminar, a paso firme, es un encuentro con la lectura y la escritura. Sobre el ejercicio de escribir dice, en una frase para enmarcar, porque “la escritura mantiene viva la esperanza de gozar la vida” (p. 20). Esta expresión la podemos completar con la cita que viene pocas páginas después. “Leer nos abre horizontes insospechados, horizontes de realidades por conocer” (p. 22).

La vida, para Florentino, es gozo. Entiendo que gozar no significa sólo disfrutar de la felicidad, porque al fin y al cabo la felicidad es una feria ambulante. Veo el gozo florentino en la posibilidad de vivir la experiencia profunda de ser humano, con sus bienaventuranzas y sus desgracias, con sus errores y sus posibilidades de acierto. Florentino es una rareza en Chiapas porque su escritura, poética las más de las veces, nos lleva a pensar en nosotros como habitantes del sur contradictorio y profundo. Es un pensador, un ensayista, en esta tierra en donde faltan ensayistas, en donde nos arrinconaron el virus, el de la pandemia, y el virus digital, de vivir pegados a internet.

Diagnostica, analiza y propone. “Pienso que debemos repensar nuestra historia evolutiva y las formas de organización social modernas, empezar a cambiar nuestras con-

cepciones y hábitos hacia el mundo y entender que también es un ser vivo. Aprender de los labradores que la cuidan y protegen y producen paisajes esperanzadores para volver a reencontrarnos en y con ella” (p. 38). Nos trae una cita de Yam Lianke: “Si no podemos alzar la voz, susurremos, si no podemos susurrar, guardemos silencio y conservemos la memoria y los recuerdos” (p. 55).

A ese caminar le dedica un poema.

Las incertidumbres duelen,
porque son como un parto que alumbra
y orienta el andar por el mundo (p. 104).

El mundo herido es un caminar en ese sendero infinito por las letras, tomados de la mano de Florentino Pérez, del nuestro, no el futbolero ese que es presidente del Real Madrid.

Chiapas Paralelo

10 DE OCTUBRE DE 2022

PUNGARABATO, DE FÁTIMA SOTO

A Fátima Soto, autora de *Pungarabato* (EL NIDO DEL FÉNIX-ESCRITORAS MEXICANAS, 2019), un libro que presentamos en la Librería del Fondo de Cultura Económica de la UNACH, la conocí en la Escuela de Periodismo Carlos Septién García. Fuimos parte de un grupo de chiapanecos que suspiraba por su tierra y que lo encabezaba el organizador de fiestas y comidas con cochito, Moisés Arriola Christie. Ahí se congregaban Fredy Martín Pérez, María Luisa Aguilar, Maricarmen Camacho y Vicky Zebadúa. Con Fátima, pertenecemos a la misma generación, la del temblor, la llamamos, porque nos bautizó el sismo del 19 de septiembre de 1985, que reunió a más de cien aspirantes a periodistas, repartidos en los turnos matutino y vespertino. Al concluir la carrera, cada uno construyó su camino, marcado por sus gustos por las letras. Algunos lo han consolidado con la publicación de libros de cuentos, ensayos o crónicas, como Fátima Soto, que ha escrito *Pungarabato*, una novela extraordinaria.

En *Pungarabato* el lector debe agregar su punto de vista, ante la aparición de versiones contradictorias sobre el personaje principal. ¿Es Adelaido un padre protector, como lo cuenta Alicia, o uno desalmado como lo recuerda Iluminada? Nuestros recuerdos se solapan, se superponen, se contradicen. Akutagawa escribió su célebre cuento, *En el*

bosque, con estos elementos traidores de la memoria. Tres personajes se confiesan culpables de un crimen. ¿En dónde está la verdad de las mentiras? Fátima plantea su propia jugada de ajedrez, con elementos poéticos, con escenas que abren y que cierran como cuentos, que se superponen para construir una historia de sobrevivencia, muerte, perdón, rencor y olvido.

Pungarabato es el compendio de un pueblo y de un país roto, que ha trazado su historia en medio de las violencias, las desapariciones y contradicciones. La fama de los poetas chiapanecos ha opacado la calidad de los narradores. Chiapas ha sido también territorio de novelistas. Los hay, y muy buenos, por supuesto; pero tal parece que la poesía tuviera el campo fértil para florecer y marcar nuestro paisaje. Nuestros poetas son reconocidos por sus propuestas y sus voces singulares: Jaime Sabines, Óscar Oliva, Juan Bañuelos, Efraín Bartolomé, Luis Daniel Pulido, Marisa Trejo, y por supuesto, Rosario Castellanos, una creadora todoterreno que destacó en la poesía, la novela y el ensayo.

Chiapas es menos conocido en la narrativa, sin embargo, tenemos a grandes escritores como Héctor Cortés Mandujano, Leonardo Da Jandra, Jorge Zúñiga, Marco Aurelio Carballo, Nadia Villafuerte y Luis Antonio Rincón García. Falta promoción, desde luego. El estar alejado de la Ciudad de México, en donde todo se focaliza, no permite que se promuevan escritores de este sur prodigioso.

Fátima Soto se suma a estos creadores con una novela que se adentra en el dolor; pero no de forma gratuita,

sino para vislumbrar una esperanza. Es un trabajo que insta al lector a completar la historia que tiene sus raíces reales en Pungarabato, ese pueblo guerrerense que alguna vez fue parte de Michoacán. *Pungarabato*, el espacio recreado por Fátima Soto, es más la constelación de una familia golpeada por la desintegración, la violencia y el sufrimiento que, no obstante esos marcajes de desaliento, ha logrado reconstruirse.

Chiapas Paralelo

1 DE NOVIEMBRE DE 2022

LA REVUELTA DE “LOS POLLINOS”

En 1955 se vivió en Chiapas la revuelta llamada “de los pollinos”, por haber sido encabezada por Artemio Rojas Mandujano, quien en su etapa de boxeador profesional fue conocido como “El Pollino”. Este movimiento intentó finiquitar la administración de Efraín Aranda Osorio, “El Perfumado”. Ante esas protestas, los periódicos chiapanecos hicieron causa común en la defensa del gobernador. El *Diario de Chiapas* respondió a los *pollinos* con una huelga de diarios chiapanecos por “la situación de anarquía” que privaba en Tuxtla Gutiérrez y en defensa de las “instituciones gubernamentales”.

En ese tenor, Eliseo Mellanes decía que la prensa debía hacer crítica, pero crítica constructiva, sin deformar la verdad, sin festinar los hechos y sin lanzar infundios que pudieran sembrar incertidumbre y desorientar al pueblo. Fidel Solís reforzaba la idea en el sentido de que el periodismo no podía ser combativo, “porque no hay nada que entorpezca el trabajo remunerador y la actividad creciente del gobierno” de Aranda Osorio.

Con una prensa maniatada, la represión que sufrieron “los pollinos”, en diciembre de 1955, pasó inadvertida en los periódicos. Por eso, Artemio Rojas fundó en 1956 su propia

publicación, *Chiapas Libre*, que circuló una vez. Sólo *La Voz del Sureste*, de Roberto Coello Lescieur, que se editaba en la ciudad de México desde 1949, simpatizó con este movimiento y le brindó amplia cobertura. Previamente, en 1955, Noé Díaz Hernández fundó *Prensa Libre*, que imprimía Eustaquio Sánchez. Ambos, periodista e impresor, fueron encarcelados el 1 de diciembre junto con Artemio Rojas cuando se desató la persecución en contra de “los pollinos”. Hasta el pintor Carlos Mérida fue encerrado en el campo militar, acusado de haber diseñado los carteles antiarandistas. Permanecieron en la cárcel hasta febrero de 1956, cuando les fue perdonado el delito de haberse manifestado en contra de Aranda Osorio. Sólo Artemio Rojas Mandujano siguió encarcelado, pero en esa segunda etapa de reclusión estuvo en la antigua penitenciaría de Tuxtla.

En su declaración, recogida por Oliverio Ichín Santiesteban en el libro *¡Mátenme, pero no me rindo!*, novela histórica sobre los sucesos de 1955 (INSTITUTO TUXTLECO DE ARTE Y CULTURA, 2022), Noé Díaz criticó la postura de sus colegas ante el movimiento: “Nosotros no vivimos del erario sino del pueblo, nos encarcelan porque los esbirros quieren defender el hueso, ¡el subsidio! El *Es!* se vendía por cuartilla y escribía sin dignidad, el *Diario de Chiapas*, gran lambiscón. El *Heraldo* era otro pulpo. El *Ahuizote* no era otra cosa que calumnias en papelote” (p. 142). Prosiguió el mismo periodista:

“En atención a que no nos unimos a la conjura en contra de la rebelión de los pollinos, vino la clausura de los periódicos opositores y el decomiso de las publicaciones e implementos de impresión, además de la ejecución de laudos

y encarcelamientos, persecuciones y atropellos en contra de los periodistas independientes que cometimos la osadía de señalar errores y que no quisimos doblegarnos a los deseos de Aranda Osorio” (2022, p. 145).

Oliverio Ichín refleja en su libro la postura de los periódicos y la rebelión que encabezó Artemio Rojas Mandujano y que fue homenajeado el fin de semana por la actual presidencia municipal de Tuxtla Gutiérrez, en un acto póstumo.

Chiapas Paralelo

11 DE NOVIEMBRE DE 2022

ORIGAMIS PARA VOS

En su poemario más reciente, *Origamis para vos* (TALLERES CONEJO BLANCO, 2022), Antonio Henestrosa se introduce en los terrenos de la poesía amorosa, un espacio movedizo en donde es fácil derrapar porque del amor romántico a la cursilería hay un breve paso, si no es que todo amor romántico es territorio del despropósito y la exageración. Pero el poeta acierta, logra tejer su obra, ensamblar sus instrumentos musicales y afinar su voz que canta una melodía sin tropiezos. La poesía debió ser en sus inicios un canto de amor a la pareja amada; pero hoy los poetas prefieren alejarse de esta temática por temor a suicidarse en las ecuaciones del amor.

Henestrosa, decía, se ha metido en estas aguas turbulentas del amor romántico, unas aguas que tienen sus complicaciones, sus flujos interiores, en donde un mal paso puede desvanecer la figura de origami. Sin embargo, el poeta ha llegado a la orilla con el ramo de rosas de origami a salvo. Y uno como lector disfruta de esta voz madura y enamorada, que rapsoda al fin, cante con acompañamiento de marimba istmeña su aventura amorosa del encuentro con una mujer para construir el mundo en cada abrazo.

Origamis para vos es un libro de amor pluvial, de lluvias, de ríos fecundos, de huracanes galopantes, de mares y playas sin naufragios. Un libro de “cadencias del mar”, de “palabras en la costa”, de islas y archipiélagos literarios.

sólo falta tu cuerpo
a esta isla que soy sin Robinson Crusoe
a estas tablas que soy sin Moisés
a este Ítaca que soy sin Odiseo
a este mar que soy sin Alfonsina
a este país de las maravillas que soy sin Alicia

Ese juego de solos —con tilde y sin tilde— en la poesía de Henestrosa.

(solo)
te extraño sólo
porque hace falta tu cuerpo en mi ciudad

La lluvia que guarece, que da cobijo, que hace fluir, que bendice besos y encuentros:

somos
el canto del ave después de la lluvia
el arcoíris después de la lluvia
la sonrisa del niño chapoteando después de la lluvia
la fresca brisa que nos arropa después de la lluvia
el sabor de café en los labios después de la lluvia

el abrazo [...]
después de la lluvia

Hay ríos que se curvan por los pliegues del origami, que nacen y crecen debajo de las sábanas de esta poesía emparentada con el mar, con las playas, las islas, los animales marinos y las lluvias amorosas. Me entusiasma este libro artesanal, decorado con un corazón de origami verde esperanza. No es para menos. El amor romántico es exaltación y búsqueda de comunión.

El amor mismo es un origami de variadas y múltiples formas. Hay que doblarlo, desdoblarlo y armar la obra de arte como resistencia al infinito y a la muerte. En este arte de doblar el papel, se necesitan cuatro manos con deseos de construir los castillos de papel, porque un mal trazo, y el origami se vuelve basura.

Antonio Henestrosa ha logrado un origami sin lados equivocados, sin fisuras, en el deslumbramiento poético y amoroso de verse a través de los ojos de la persona amada.

Chiapas Paralelo,

FEBRERO DE 2023

TIEMPOS RECIOS, DE VARGAS LLOSA

En *Tiempos recios* (ALFAGUARA, 2019), su más reciente novela, Mario Vargas Llosa resalta los modismos del habla guatemalteca, que es muy cercana a la chiapaneca, por el empleo del “vos” y la conjugación de verbos acentuados en agudas. Esto se debe a la larga historia que recorrimos juntos, al ser parte de la misma capitanía en los tiempos de la Colonia.

Los personajes de la novela hablan con el dejo chiapaneco-guatemalteco. “¿Te pasa a ti lo mismo, vos?”. “¿Sabés qué es bueno para calmar los nervios, vos?”. “Así que más respeto cuando abrás la boca, vos”. “La verdad es que sos un poco raro, vos”. “Es malo mezclar el trabajo y el placer, vos”. “A mí me facilitaría mucho las cosas, compa”. “Seguí tu camino, muchacha. Andate a dormir, te podés resfriar con esta lluvia”. “Vení conmigo”. El propio presidente Carlos Castillo Armas habla con esa tonada: “Sentate, estarás cansada; vení por aquí”. “Contámelo todo, desde el principio”. “Qué cándida sos. ¿Sabés lo que más me gusta de vos?”. Y esa combinación del “tú” y el “vos”: “Tú me respondés, vos”. “Te equivocás”. “Tenés que tener la cabeza muy fría si no querés que te maten”. “Una hija mía, de puta de un coronelito de mala muerte. Y, encima, un bastardo. ¿Te das cuenta, vos?”.

No es la mejor novela de Mario Vargas Llosa, sin embargo, logra ser entretenida. Material había de sobra, dos presidentes de Guatemala derrocados, el primero, Jacobo Arbenz, más que comunista fue un político que buscó democratizar a su país. El segundo, Carlos Castillo Armas, un golpista, asesinado por un soldado raso, en lo que pareció ser una conjura internacional comandada por el presidente de República Dominicana, Rafael Leónidas Trujillo. En medio de esos presidentes latinoamericanos está el contexto histórico con la abusiva United Fruit Company, el intervencionismo del gobierno norteamericano y los grupos emergentes de estudiantes, afines al comunismo, que empezaban a ocupar las plazas públicas.

La United Fruit extendió sus tentáculos por Centroamérica, con una ola de injusticias en contra de los obreros y comunidades indígenas, sin abonar un quetzal como impuesto a las arcas guatemaltecas. Cuando a Jacobo Arbenz le preguntaron la razón por la cual estaba en contra de dicha empresa, respondió que no era así, que lo único que buscaba es que pagara impuestos como lo hacía en Estados Unidos. En esta historia de gobiernos fallidos destacan dos personajes enigmáticos, por un lado, el dominicano Johnny Abbes García, matón de Trujillo, y por otro, Martha Borrero Parra, amante de Castillo Armas, quien figura como Miss Guatemala. En estos dos personajes descansa la trama de esta novela histórica que podría verse como la segunda parte de *La fiesta del Chivo*, en donde Vargas Llosa hizo el trazo del sangriento gobierno de Leónidas Trujillo, de su hijo Ranfis y del propio Abbes García, quien se encargaba de sembrar terror entre los

dominicanos y apagar cualquier posible protesta en contra del dictador. Martha Borrero, quien al final de la novela es entrevistada por el nobel peruano, se desliza en ese ambiente de caos y desgobierno de los días finales de Castillo Armas, quien fue víctima de su propia ineptitud y de sus ambiciones. Vargas Llosa explora una de las causas del asesinato del presidente guatemalteco. Cuando combatió para derrocar a Jacobo Arbenz, aparte de recibir apoyo y asesoría de la CIA, también aceptó armas de Leónidas Trujillo. El acuerdo era muy simple, al llegar a la presidencia de Guatemala debía condecorar con la Orden del Quetzal en el máximo grado al dictador dominicano. Una vez en el poder, olvidó la promesa. Trujillo se sintió ofendido y mandó a asesinarlo. La mano homicida fue la de su matón favorito, Johnny Abbes, quien terminaría masacrado con sus hijas y su esposa en Haití, acusado de traicionar al dictador François Duvalier.

Como sucede en casi todas las novelas del escritor peruano, están presentes periodistas. Miss Guatemala, por ejemplo, después de la huida precipitada de su país natal, se dedica en República Dominicana al periodismo de opinión, en la radiodifusora *La Voz Dominicana*. *Tiempos recios* es una novela que reivindica al gobierno democrático de Jacobo Arbenz y que condena a la injerencia política de Estados Unidos, porque desde el punto de vista de Vargas Llosa, el golpe de estado en Guatemala aceleró las simpatías de los jóvenes latinoamericanos por gobiernos socialistas y la radicalización de Cuba y su vínculo posterior con la Unión Soviética.

Chiapas Paralelo

27 DE MARZO DE 2023

EN DEFENSA DE LA LIBERTAD DE EXPRESIÓN

A Diego Noel Ramos Rojas lo conocí en las aulas de la Universidad Autónoma de Chiapas cuando cursaba la Licenciatura en Comunicación. Destacaba, entre sus compañeros, por su responsabilidad, madurez y compromiso. Cuando me buscó para dirigirle la tesis de licenciatura, acepté con gusto. Realizó, desde luego, una extraordinaria investigación sobre una revista ya extinguida, llamada *Ferronales*, que era editada por Ferrocarriles Nacionales de México.

Diego Noel se interesó por esa revista porque la había conocido de niño, cuando su abuelo, que era ferrocarrilero, la compartía con su familia. Empezó la investigación con los ejemplares que se habían conservado en el archivo de su casa, pero eran insuficientes, por lo que debió acudir a las oficinas de Ferrocarriles en la Ciudad de México para consultar la colección completa que abarcaba sesenta y un años, de 1930 a 1991. Me percaté, entonces, de que tenía vocación y disposición para la investigación. Por eso lo invité a participar en un encuentro de la Red de Historiadores de la Prensa y el Periodismo en Iberoamérica, en donde se reúnen desde hace

muchos años distinguidos investigadores para discutir asuntos relacionados con la historia del periodismo.

Siguió con su formación académica. Estudió la maestría en el ITESO y el doctorado en la Universidad de Guadalajara, en donde es docente e investigador de tiempo completo. Su trabajo doctoral mereció la mención honorífica del concurso a la Mejor Tesis en Ciencias Sociales 2022. Hace unos meses, como producto de su tesis doctoral, Diego Noel publicó *En defensa de la libertad de expresión* (CÁTEDRA JORGE ALONSO, 2022), un libro en el que reflexiona sobre los colectivos de periodistas en México. Estos colectivos, lo deja claro desde el principio, han surgido en un contexto de debilidades institucionales, inseguridad, acoso y ataque a periodistas, además de pauperización de la profesión, que se refleja en sueldos bajos y pocas prestaciones laborales.

Este siglo ha estado marcado por el asesinato a periodistas, con una cifra —ciento cincuenta y siete informadores caídos en su labor cotidiana— lo cual nos coloca como el segundo país más peligroso para ejercer el periodismo. Y eso que no estamos en guerra. En el catálogo de agresores están funcionarios de todos los niveles, legisladores, empresarios, políticos y grupos criminales. La geografía del crimen en contra de informadores se centra en Veracruz, Tamaulipas, Guerrero, Chihuahua, Oaxaca y Coahuila. Pero estados como el nuestro tampoco quedan exentos, al sumar dos periodistas chiapanecos asesinados. Por otro lado, este siglo ha vivido una mayor falta de protección laboral a los periodistas. Están abandonados de las instituciones, que los afrenta, y de las empresas periodísticas, que les paga bajos sueldos y no les

ofrece condiciones óptimas para su desempeño profesional. Desde el lado oficial, hay una política de estigmatización y difamación en contra de periodistas incómodos, que ha sido patentada por el presidente Andrés Manuel López Obrador. Intimida a los periodistas cuando considera que las preguntas son inadecuadas, con el cuestionamiento, “¿Y tú de qué medio eres?”

Diego Noel Ramos se centra en analizar los colectivos de periodistas que surgieron entre 2006 y 2018. Lo novedoso de esos colectivos es que buscaban, sobre todo, la superación académica y no aspectos gremialistas, como había sucedido con organizaciones predecesoras de periodistas. El mejor ejemplo de ese nuevo accionar es el colectivo Periodistas de a Pie, formado mayormente por mujeres, que buscó autocapacitarse. Sin embargo, ante la ola de asesinatos de informadores, mutó su agenda. Se convirtió en una central de denuncias y protección a comunicadores. Aparecieron otros colectivos como Red de Periodistas de Juárez, Red Libre de Periodismo, Colectivo Voz Alterna, Red Periodistas Jalisco, Grupo Prensa Oaxaca, Fotorreporteros MX, Reporteros Defendiendo Reporteros, Consejo de Periodistas de la Cuenca Papaloapan, Ojos de Perro Versus Impunidad, Red Veracruzana de Periodistas, Derecho a Informar, Red Puebla de Periodistas, Red de Periodistas Colimenses.

En el periodo de análisis, de 2006 a 2018, Diego Noel Ramos analiza las tácticas y estrategias de veintiun colectivos de periodistas, los cuales tienen como agenda principal la defensa de la libertad de expresión. Por supuesto, cada colectivo tiene sus particularidades; pero todos están preocupados

por ejercer una actividad informativa en mejores condiciones laborales y profesionales para lo cual han construido redes solidarias y estratégicas. Después de leer este magnífico libro, excelentemente documentado y argumentado, se tiene la certeza de que estos colectivos han sido fundamentales para hacer posible el ejercicio de la libertad de expresión en un país hostil para los comunicadores profesionales.

Chiapas Paralelo

14 DE AGOSTO DE 2023

EL BALLETO VIOLENTO

Un ballet violento (CONECULTA CHIAPAS, 2016), de Jorge Zúñiga, es un libro de derribes, llaves, empujones, ironías y genialidades. El humor como recurso literario y la mirada desquiciante sobre una realidad sangrienta y huidiza. Ha sido para mí un grato descubrimiento encontrarme con este autor que ha construido una voz propia marcada por la alegría de contar historias, que nos dobla el brazo, nos hace volteretas, nos palanquea, y ya de plano nos quita la máscara o nos corta la poca y diminuta cabellera.

Egresado de la Licenciatura en Letras Hispanoamericanas, Jorge Zúñiga juega con personajes desolados y marcados por la pasión desbocada y los destinos caprichosos. No sólo eso, juega también con el lector, que pronto se ha metido en la penumbra de los cuadriláteros, entre rudos y técnicos, en giras interminables por arenas y bares de mala muerte. Este escritor fascinante, que apenas rebasaba los veintiseis años cuando publicó *Un ballet violento*, escribe con desparpajo e irreverencia. El pretexto es la lucha libre, que describe con agilidad reporteril, y a sus protagonistas, rotos en los desbarajustes de la vida, el alcohol y las violencias. No encuentro antecedente alguno entre los escritores

chiapanecos, quizá Marco Aurelio Carballo. Sus influencias deben estar en otro lado, en Ibargüengoitia, en Monsreal, en *Monsi*, en revistas de comics, en películas y en series. Iniciar con un libro de esta calidad, no hace más que confirmar que estamos ante un escritor que dejará sus palabras tatuadas para señalar nuevas rutas en la literatura. *Un ballet* podría convertirse en una serie o una película, porque es de inicio un texto literario bello y entretenido.

Jorge Zúñiga sabe contar y sabe entretener. Sabe encajar las piezas y zurcir la historia con frescura, mostrar llaves de la lucha libre, sus viradas, sus jalones, giros y enganches, y también las historias en penumbra de los vestidores sucios y malolientes. Rudeza y técnica para manejar las palabras y construir una historia fascinante, con toda la actualidad de la música norteña y de los narcos que había que encontrarlos antes en los estados de occidente y del norte del país, y no como ahora cuando conviven en nuestro espacio cotidiano. “Furia” es, en *El ballet violento*, el luchador arquetípico que goza del furor del triunfo y de la derrota constante. Desde la voz de la “Torre” escudriñamos el cuadrilátero, los vestuarios, los gimnasios y las cantinas en donde conviven los luchadores. La “Torre” se abre paso en el cartel que anuncia los combates de “Furia”, “Dr. Miedo”, “Gato Pardo”, “Cien Manos” y el “Cavernícola”.

La “Torre” viaja y combate en todas las arenas del país, pero va detrás del rastro de “Furia”, su mentor, y detrás de sus propios deseos de autodescubrimiento de una sexualidad subrepticia que no se atreve a dar el rostro. Aunque la “Torre” lucha sin máscara, debe ser el más incógnito de los lu-

chadores. No se descubre ante nadie. Calculador, sabe que un pequeño desliz y sería colgado en la picota de los mampos y los inadaptados. Las historias reunidas se entrecruzan, se superponen para armar un rompecabezas literario. Jorge Zúñiga juega al prestidigitador, y logra una obra fresca, ingeniosa y brillante. Después de leer *Un ballet violento*, he tratado de conseguir otras obras de este autor. Pude comprar *Los días animales*, me falta *Pulps*, texto que ganó el Premio Nacional de Novela Negra Una Vuelta de Tuerca 2019. No sé cuántos libros ha escrito Jorge Zúñiga, pero ojalá se aferre a su vocación con disciplina y coraje.

Chiapas Paralelo

21 DE AGOSTO DE 2023

PARQUE MÉXICO,
DE SAÚL LÓPEZ DE LA TORRE

Parque México (CAL Y ARENA, 2019) es la exploración de un combatiente por montañas, cárceles, oficinas gubernamentales y pozos petroleros. Es el viaje a los orígenes de Saúl López de la Torre al Soconusco exuberante y a la pérdida de la magia. Es el recuerdo de su abuelo Faustino y de su corazón renovado en una operación maratónica y, es sobre todo, el testimonio de un escritor insurgente resuelto a mantenerse firme en el combate cotidiano.

No hay que confundirse, Saúl no es el escritor vago del mítico Parque México de La Condesa. Saúl es el escritor guerrero, guerrillero, que encuentra en la realidad insultante el pretexto para convertirse en pólvora, en complot, en contrapoder, en recuerdos y motivos de insurgencia. Si bien relata sus trabajos como mandadero, bolero, jardinero, redactor de cartas, mecanógrafo en una LC Smith, líder estudiantil, gestor cultural, funcionario y petrolero, su vocación es la de combatiente perpetuo. *Parque México* es, así, el compendio de sus guerras secretas y públicas; esas que lo llevaron a formarse en Corea del Norte, a unirse a Lucio Cabañas, a caer prisionero ante la Brigada Blanca y de ahí a la legendaria cárcel de Lecumberri y a estrenar el Reclusorio

Norte y luego a Santa Martha Acatitla, “cuatro años en ese mundo de barrotes, bardas, marxismo, literatura”.

En este libro de crónicas, de ensayo y de memoria reunida, pasa lista a su tropa leal. Su cómplice mayor, su madre Esther, discreta en la insurgencia y solidaria en la cárcel, quien se viste de protesta para reclamar la aparición de su hijo Joel —también poeta, también insurgente, desaparecido por el Ejército—, y quien a sus 80 años estudia la primaria y presenta exámenes con nerviosismo infantil en una escuela para adultos. Raquel, su esposa, y sus hijos, René y Saúl, le sirven de asidero a este mundo para no desbocarse en guerras inútiles e infinitas.

Parque México es también un ajuste de cuentas con su padre, con los funcionarios corruptos, con los pésimos guerrilleros y con uno que otro presidente de la República. De su padre, diestro ejecutante en marimba de Las bodas de Luis Alonso, lo condena por desobligado, parrandero, borracho y por romper una cazuela de mole con conejo que era para la prole hambrienta. Saúl es un guerrillero en constante velación de armas. Cuando su corazón lo traiciona, se prepara para el combate con ensaladas de berro, nueces, pan integral y frutas. Después de la cirugía a corazón abierto y la emboscada de una infección, que está a punto de empujarlo al paredón, afila su cuerpo en el campo de entrenamiento del Parque México, con dos horas de ejercicio furioso, para que su corazón palpite por más de dos décadas.

PEMEX es su cuartel abarrotado. Se decepciona, sólo en el centro administrativo revolotean ocho mil empleados, “de éstos, mil desempeñan una labor productiva, cuatro mil

estorban a los que sí trabajan y el resto sabotea cualquier iniciativa”. Para barrer un pasillo, dice, se requieren docenas de brazos, y otro ejército igual de numeroso para regar macetas, cambiar focos o abrir puertas. En PEMEX emprende los combates por la eficiencia y el desarrollo integral de comunidades petroleras. Pero el presidente no quiere a un guerrillero al mando de la gerencia social, pide que deserte, y Saúl se va a emprender otras guerras, “¡no se agüite!”, le dice como despedida un compañero, “¡a usted le va a ir a toda madre! En la universidad de la vida aprendí que a un chingón cualquier culito le pela el chile”.

Su próxima batalla es con la terquedad de las palabras para ser domadas. Se dedica cuatro, seis, hasta doce horas, a esculpir frases, a construir párrafos, a armar el libro todo. De ahí surge *La casa de bambú*, la novela que lo convenció de que era un guerrero definitivo de la pluma, y *Parque México*, ahora, que lo retorna a lo que siempre ha sido: escritor combatiente. Desde su catalejo insurgente explora a los habitantes insomnes del Parque México, a José Pascual, exasesor político encumbrado, hoy fantasma que predica contra el materialismo. A Sebastián, el presidente municipal que tenía votos, pero no dinero ni pandilleros, y esos se los proporcionaron los verdaderos dueños de las plazas de Tabasco; al comandante Remigio, combatiente imbatible de La Condesa y anexas. Al Gordo, derrotado en la guerra de corazones con la Flaca. A Macario, lechero, ingeniero petrolero y rehén liberado con sesenta mil pesos. A colibríes, a vagabundos, a jubilados y a anarquistas expulsados del mundo uniformador. Ahí, entre ellos, es poeta, soldado y miembro de un complot

onírico para ensartarle una bala al “espurio” presidente. Ese ejército invisible del *Parque México*, que se alimenta con discusiones, con lecturas marxistas y anarquistas, planea el golpe letal al poder presidencial y globalizador, total, para sus milicianos no hay límite alguno. Hay ironía, hay humor. La sacralidad y la seriedad quedan olvidadas. Por las letras de Saúl — “armas cargadas de futuro expansivo”, como diría Celaya—, hay mucho Andric, mucho García Márquez, Canetti, Grossman, Hemingway, Neruda y, por supuesto, Revueltas, comandantes tutelares de las letras latinoamericanas.

Saúl López de la Torre es el combatiente que ha sobrevivido al hielo, al encierro, a la burocracia, y que sigue en la insurgencia sin tregua, en su “terco perdurar” en ese transitar no sólo “para mirar las cosas por venir”, sino para armar la Revolución, esta vez definitiva, para vencer la indolencia, fomentar la tenacidad y el ingenio. Eso es *Parque México*, historias de petroleros y vagabundos anarquistas.

Nexos

19 DE OCTUBRE DE 2019

CRÓNICA DE UN FEMINICIDIO

El silencio inundó a Temaca (ACENTO, 2023), de Miguel Ángel Casillas Báez, es la crónica sobre un feminicidio, pero es también la recreación de la cotidianidad de un pueblo enclavado en Los Altos de Jalisco. El relato, de deslumbrante calidad literaria, inicia con el comportamiento errático y llamativo de Efrencito, hijo de Efrén, cuyas coordenadas de residencia cambian de manera caprichosa por diversas ciudades de occidente.

El autor, cronista de Temacapulín, que es el nombre completo de Temaca, ha relatado la gesta de estos habitantes, que con terquedad insurgente no permitieron que el pueblo desapareciera bajo las aguas de la presa El Zapotillo. Protestaron, se organizaron, marcharon, argumentaron, hasta que el presidente Andrés Manuel López Obrador los escuchó y les dio la razón a través de un decreto firmado en noviembre de 2021. Pero esa es otra historia, de la que ya se ha encargado este cronista, formado en el periodismo y la antropología.

El silencio inundó a Temaca cuenta, desde las vivencias y el caminar de su autor, un hecho criminal y vergonzoso: un feminicidio o, mejor dicho, el hallazgo de sangre,

entre líquida y coagulada, que se escapa de la casa de Efrencito. El cronista piensa que es la sangre de un animal, de un gato quizá, de un pollo tal vez. Pero en el pueblo se instala el rumor, las voces que dicen que Efrencito ha matado a su novia. Se confirma con la llegada de policías, que esta vez no buscan reprimir las protestas en contra de la presa, sino investigar el paradero de una mujer joven, desaparecida un mes antes, a inicios de diciembre. Pronto se sabe que Efrencito ha matado a su novia, y Temaca vuelve a aparecer en los periódicos, no como el pueblo que se ha insurreccionado para no quedar inundado por una presa, sino como el escenario de un hecho criminal. Desde el principio sabemos que en Temaca ha habido una muerte, un feminicidio, pero lo que importa, como en *Crónica de una muerte anunciada*, es saber las implicaciones del asesinato.

Casillas Báez hilvana datos de Temaca, de sus riesgosos caminos en el siglo xx, y el refugio que es, ahora, para personas jubiladas, sin importancia para carteles ni para transacciones comerciales. Es un pueblo que se mueve con lentitud, espoleado, eso sí, por la presa amenazante de “El Zapotillo”. Conocemos a Temaca y a sus protagonistas, al albañil, con agenda repleta de obras para dos años, al carnicero que llega los jueves, al vendedor de pollos que arriba los lunes, y a los vendedores de gas, frutas y verduras y pescado, que aparecen sin horario fijo. Está Temaca con sus balnearios, con sus mezquites y su río cada vez más contaminado, con peces que vomitan gusanos, con sus aguas termales y sus nopales chaveños que sirven para condimentar

las barbacoas. Están Temaca y el saqueo de arena y grava del río Verde y el paso constante de camiones de volteo y la protesta de las mujeres por cuidar su territorio.

Temaca y sus hijos ausentes y sus hijos residentes. Los que han quedado entre sus cerros y los que se han ido para el otro lado, y el beisbol como cordón umbilical para sentirse temacas, y aderezarlo con música de banda sinaloense y zacatecana, un ritmo que atraviesa las calles y taladra el templo, las causas, y se queda en los balnearios y las aguas termales. Hay frases bien cinceladas que permiten conocer las tierras de Temaca. “Desde el aire descienden serpientes de luz, relampaguean al paso de las nubes anchas, negras, densas, pesadas; que ni se mueven de tan panzonas. Los campesinos les dicen ‘vacas echadas’ a las nubes grandes, tanto que ni se mueven; hasta que sueltan toda la panza” (p. 18). En Temacapulín están los hombres “jurados”, que no toman trago durante 40 días, pero que rompen “la gloria con cerveza bien fría”. Hay juego de palabras, metáforas bien cinceladas: “Todos los días nos buscamos con la vista para saber que estamos” (p. 7), dice de sus vecinos. “Te va siguiendo el destino, pensando al verle correr, despavorido. Eres tú quien te persigue, por eso nadie te alcanza” (p. 71). “Vende fácilmente la miel, de la mejor. Compra alcohol más fácilmente que encontrar su miel” (p. 89).

El silencio inundó a Temaca es una muestra de que la crónica se puede llevar a las fronteras de la literatura y adentrarse en ella. Es narrar y crear, armar una obra de arte. El periodismo, dicen los norteamericanos, es literatura bajo presión, y Miguel Ángel aporta un documento literario y periodístico que enriquece los terrenos de la literatura, y que

incomoda y espolea la conciencia de una sociedad, que muchas veces guarda silencio ante los atropellos y violencias que sufren las mujeres. “En las formas de violencia, particularmente contra la mujer, las agresiones están sustanciadas por razón de género porque, como quedó demostrado, esa violencia se vive culturalmente y las mujeres llevan desventaja; nuestros oídos sordos han construido monumentales catedrales del tamaño de este silencio que inundó Temaca” (p. 112).

El periodismo es también toma de partido y así lo asume el autor. “El periodismo es una actividad que me forjó como un observador con el reto permanente de encontrar lo extraordinario en lo ordinario, para ver antes que los demás una novedad en las relaciones, un hecho interesante, oportuno y trascendente, con veracidad. De cualquier manera, este intento no va solo, porque en las letras sembradas atrás está la sangre de mi vena como antropólogo, en la descripción de las formas de vida y en la crítica a los sistemas por sus consecuencias”. Hay ritmo y hay música. No es el relato chato, sino literario sobre los temacas. Miguel Ángel Casillas es un gran escritor. Sabe pulsar la vida del pueblo y recrearla, con frases precisas y enmarcables, que convierte a *El silencio inundó a Temaca* en un texto literario y periodístico de calidad sobresaliente.

Chiapas Paralelo

12 DE OCTUBRE DE 2023

LOS CUATRO ROSTROS

Jorge Eliécer Roths Schuh Villanueva es un celebrador y cantor y poeta y médico de vacas y maestro y amigo. Esa figura poliédrica es Jorge Eliécer, a quien conocemos como Roths Schuh, el nicaragüense que ha hecho de Chiapas su casa y de la herencia maya una celebración perpetua de palabras. Animoso siempre, como su poesía; Roths Schuh es un adolescente eterno que se sorprende con todo, que se ríe de todo y quiere participar de todas las maravillas esparcidas en este rincón del sur profundo.

Cuatro rostros del universo (en prensa) es una crónica, un libro de poemas, un agradecimiento —todo a un tiempo— del legado de la belleza mexicana y maya y zoque. Roths Schuh observa, con mirada fina y sorprendida, lo que hay en un escalón, en un glifo, en una estela, en una pirámide o un templo, y nos lo cuenta alegre y sorprendido y agradecido. Su pluma de cronista palpa aquí, abre un códice, saluda a la Coyolxauhqui, a Ahpo He, a Huitzilopochtli, al fiero Tláloc, y camina por las veredas de Tizapan, de Popotla, de Chapultepic, de Palenque y de Bonampak.

Roths Schuh es de pies inquietos, “un pata de chucho” sin descanso, de viajar constante al pasado, al mundo de obsi-

diana, de guerras floridas y de paredes pintadas por tlacuilos. Viaja a los cuatro rostros del universo, explora el inframundo, descifra muros teñidos, habla con tamboreros y sacerdotes, bendice las casas y las habita, se enamora de doncellas, les acaricia los cabellos y los senos. No niega el saludo al conquistador Pedro de Alvarado, el tormentoso acobardador de indios y temprano para mandarlos al infierno, al cielo. En la celebración de este escriba, en esa crónica agradecida, hay espacios para la pasión, o todo el texto es una pasión bien zurcida.

Vivo para nombrarte.
Veo a lo lejos
Otro tiempo
Sin tocarlo.
Toda piel cubre,
Descubre un cuerpo.
Tu desnudez,
Mis ojos
Pueden salvarla.

En esos cuatro rostros del universo está México, está Chiapas, está el Soconusco y, por supuesto, Nicaragua, esa patria de Rothschuh, cercana, distante, aguerrida, sangrienta y terrible. Y está también el poeta de sus sentimientos y sus preferencias, el gran Rubén Darío. “Ahora que tenemos nuestra palabra”, se pregunta Rothschuh en el poema

“Cumbre del maíz”, “¿Qué diremos?”. Él lo tiene muy claro, quiere decirlo todo, celebrarlo todo, mirarlo todo, porque es como uno de sus versos, un hombre a quien “debajo de sus pies camina la verdad”.

Chiapas Paralelo

22 DE OCTUBRE DE 2023

Un lector agradecido,
de Sarelly Martínez Mendoza,
se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos de la
Universidad Autónoma de Chiapas en mayo de 2024. El
tiraje se hizo en papel bond de 90 gr para interiores y
cartulina couché de 110 gr para los forros. En su com-
posición se utilizaron las familias tipográficas
Sarabun y Ubuntu.

